



**RÍO
AL
CAUCE**



J. R. La Cruz

Río al Cauce

Autor:

J.R. La Cruz

Copyright 2018 J.R La Cruz

Ilustración de la portada: J.R La Cruz

Edición: 1ra.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el consentimiento del autor.

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[AGRADECIMIENTO](#)

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[LA CARTA](#)

[OCHO DÍAS ANTES: VIERNES 3 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[EN LA ACTUALIDAD: LUNES 13 DE NOVIEMBRE](#)

[CINCO DÍAS ANTES: LUNES 6 DE NOVIEMBRE](#)

[EN LA ACTUALIDAD: MARTES 14 DE NOVIEMBRE](#)

[CUATRO DÍAS ANTES: MARTES 7 DE NOVIEMBRE](#)

[EN LA ACTUALIDAD: MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE](#)

[TRES DÍAS ANTES: MIÉRCOLES 8 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[EN LA ACTUALIDAD: JUEVES 16 DE NOVIEMBRE](#)

[DOS DÍAS ANTES: JUEVES 9 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[EN LA ACTUALIDAD: DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE](#)

[UN DÍA ANTES: VIERNES 10 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[EN LA ACTUALIDAD: DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE](#)

[DÍA DEL ASESINATO: SÁBADO 11 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[EN LA ACTUALIDAD: LUNES 20 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[DOS SEMANAS ANTES DEL ASESINATO DE LA SEÑORITA JOSEPHINE](#)

[CUATRO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DE JOSEPHINE CALLAHAN: MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[JUEVES 16 DE NOVIEMBRE DE 1995](#)

[VIERNES 17 DE NOVIEMBRE](#)

[SÁBADO 18 DE NOVIEMBRE](#)

[LUNES 27 DE NOVIEMBRE](#)

[MARTES 28 DE NOVIEMBRE](#)

[MIÉRCOLES 29 DE NOVIEMBRE](#)

[JUEVES 30 DE NOVIEMBRE](#)

[VIERNES 1 DE DICIEMBRE](#)

[SÁBADO 2 DE DICIEMBRE](#)

[DOMINGO 3 DE DICIEMBRE](#)

[LUNES 4 DE DICIEMBRE](#)

[VIERNES 8 DE DICIEMBRE](#)

[HORAS ANTES](#)

[PÁGINAS DE AUTOR](#)

AGRADECIMIENTO

Tengo la obligación moral de corresponder en gratitud con las mejores personas con las que he compartido mi vida. Mis experiencias y recuerdos junto a ellos están marcados en mi alma como la yerra en el ganado.

Gracias, Elena Gómez, madre abnegada y amorosa que en todo momento estuvo a mi lado, ofreciéndome apoyo y alentándome aun cuando su horizonte era más oscuro que el mío.

Gracias, Gustavo La Cruz, María La Cruz y Lourdes La Cruz, por la desprendida colaboración que me han brindado. Ustedes son los hermanos que cualquiera desearía tener, honestos, leales y amorosos.

De igual forma, expreso mi infinito agradecimiento a quien no solo creyó en mí desde un principio, sino que de alguna manera logró que esto sucediera: Zoraida Villanueva.

Sin ustedes no sería posible.

SINOPSIS

Río al cauce se consagra como una auténtica novela policíaca en la cual se mezcla el misterio, la incertidumbre y la sed de más. El poder de la vanidad convierte a las personas en monstruos irreconocibles y las lleva a cometer las peores acciones con tal de lograr su fin, es el vivo ejemplo de cuanto más tienes, más quieres pero, ¿a cambio de qué? No sabrás cuál será el destino de sus personajes hasta que llegues a la última página, pero ¡cuidado! Nada es lo que parece.

PRÓLOGO

Cuando se cruza la delgada línea entre lo que significa para un ser humano “cubrir sus necesidades” y “tener más riquezas a cualquier costo”, aparece la codicia. Y esta suele pasar por encima de todo aquel que se le ponga enfrente, sean hijos, hermanos, un amigo íntimo, un padre o una madre.

Por eso el viejo refrán: El avaro, cuanto más tiene, más quiere.

LA CARTA

Sé que para muchos esto será difícil de comprender, pero hoy he decidido poner fin a mi vida, y lo hago siendo plenamente consciente de lo que ello implica, por eso pido perdón a mis seres queridos.

Atte. Joseph

11/11/1995

Vaya manera que tienen algunas personas para poner fin a sus vidas. Lo más sensato que podemos hacer los seres humanos es vivirla tal cual se nos presenta, sin filtro alguno y con el garantizado cansancio que genera el solo hecho de intentarlo. Desde mi punto de vista, es necesario enfrentarnos a ella como David enfrentó a Goliat, con valentía, firmeza y seguridad. Aun así, quién soy yo para juzgar a alguien. Si la vida fuese una historia escrita, cada quien tendría su propio lápiz y papel.

Evidentemente lo más significativo de una muerte, sea cual sea la causa, es la muerte misma, una desafortunada y lamentable despedida que no suele dar aviso. Sin embargo, lo que atrajo la atención de los efectivos policiales en cuanto pudieron leer la misiva encontrada a un lado del cadáver, fue su mala ortografía (tomando en cuenta el título de Doctorado en Contabilidad y Finanzas que colgaba en una de las habitaciones del departamento).

Si yo estuviera en los zapatos de los familiares, me habría gustado que, por lo menos, se hubiera revelado alguna de las razones del porqué llegó a esa decisión, o por el contrario, que hubiese hecho como otros, que simplemente no dejan constancia de nada. No obstante, esa inescrutable carta que aparentemente escribió Joseph antes de quitarse la vida aquella tarde, no solo sirvió como evidencia, sino que también fue el punto de partida para la investigación que, por meras cosas del “azar”, encabezaría el Capitán y jefe del Departamento de Homicidio de la Policía del Distrito, Jim Doggett, junto con el sereno detective Eric Valentine, más el jocoso pero sabio detective Jeremy Scott, conocido también como “el novato”.

El incidente ocurrió en el tercer edificio, específicamente en el sexto piso, departamento 1—a, el día domingo 12 de noviembre de 1995, alrededor de las ocho de la noche, en un conjunto residencial medianamente amplio cuyo nombre era Green Valley, ubicado en el centro de la ciudad. Era acogedor por los grandes árboles que lo rodeaban y que, desinteresadamente le regalaban una refrescante sombra a los residentes, además de las variadas flores que por cualquier lugar se podían apreciar. Tenía un estacionamiento subterráneo y solo tres edificios, cada uno de ellos con seis pisos, dos departamentos en cada uno, casi todos con jardines en sus balcones.

No fue sino uno de los residentes del edificio quien notó algo extraño cuando se disponía a entrar a su departamento. Venía llegando de pasar un día entre amigos y jamás pensó que se encontraría con semejante sorpresa. El sujeto se paró enfrente de su entrada y justo cuando se encontraba sacando las llaves de su bolsillo, sintió un olor inusual, ligero y medianamente repulsivo. Así que rápidamente abrió la puerta pensando que provenía del interior de su propiedad. Entró olfateando como sabueso entrenado, intentando encontrar el origen de dicho olor. Automáticamente y por descarte, supo que no provenía de adentro, sino de afuera, por lo que siguió tras ese sutil pero repugnante olor que lo condujo a la puerta del frente.

El vecino tocó el timbre que se hallaba del lado izquierdo del marco y llamó “¡Joseph!” con la intención de saber si alguien se encontraba ahí. En vista de no obtener respuesta, se dirigió al departamento del conserje quien inmediatamente salió a cerciorarse. Llegó tocando la puerta de la misma manera que su compañero: preocupado y nervioso.

Tras varios intentos, este decidió abrir con una copia que por seguridad llevaba consigo. Su primera sorpresa fue que la puerta no tenía el seguro puesto, cualquiera pudo haberla abierto con absoluta facilidad. Ambos se miraron con cara de asombro al ver que estaba vulnerable el departamento. Continuaron despacio, con precaución, sin siquiera imaginarse que la segunda

sorpresa de esa noche se presentaría frente a ellos al momento de terminar de abrir la puerta. De seguro fue la sorpresa más grande de sus vidas. Una imagen perturbadora que había aguardado por el primero que se propusiera entrar, estaba en la sala, a media luz, colgando de una soga amarrada al soporte de una de las lámparas. Una imagen escalofriante que quedaría en sus recuerdos para siempre.

Estupefactos ante semejante escena que no podían creer, ambos volvieron a mirarse a la cara, pálidos, tanto uno como el otro, experimentando una sensación en común de temor, asombro y náuseas que los congelaron por algunos segundos en plena entrada, justo al lado de la puerta.

En cuanto lograron dominar sus emociones y sin tener una mínima idea de si alguien más se encontraba allí, encendieron las luces y se acercaron al cadáver para corroborar lo que previamente se habían imaginado. Cuidadosamente, observaron hacia los alrededores más visibles como la cocina, el comedor y el balcón.

A pesar de que en ese momento ambos experimentaban una ola de emociones e intensos sentimientos, mantuvieron el control sobre sus actos. Lo primero que hicieron fue llamar a la policía y cerrar la puerta, evitando así despertar el interés en los vecinos, aguardaron con discreción en las adyacencias hasta que los primeros oficiales se presentaron. Desde luego, ellos habían dejado las cosas tal cual como estaban, no movieron ni tocaron absolutamente nada. Cabe destacar que el departamento era amplio, de tres habitaciones, tres baños, una cocina abierta junto a la sala y el comedor, más un balcón con ventanas panorámicas que hacía de jardín. Tenía sin duda, una hermosa vista de la ciudad, además de un extraordinario sistema de aire acondicionado integral controlado.

En un abrir y cerrar de ojos, las inmediaciones del conjunto residencial se encontraron atestadas de ciudadanos curiosos, atraídos por el sonido de las sirenas de las patrullas de policías que los invitaban a tan siquiera echar un vistazo, pero seamos honestos, ¿quién no volteo a mirar hacia una patrulla o una ambulancia cuando esta va pasando con las sirenas activadas? Todos nos conmovemos con la desgracia ajena, y esta no fue la excepción.

Ahora bien, ¿quién puede estar preparado para recibir malas noticias? Yo creo que nadie. Sin embargo, alguien debía hacerle saber a los familiares lo que acababa de ocurrir. Definitivamente, se trataba de una llamada difícil de hacer, la cual le tocó al detective y jefe Jim Doggett, quien apenas se presentó en el sitio sentenció con su característico temperamento: *esto es un homicidio, señores, y a quien me diga lo contrario, lo envío de nuevo a la escuela de policía.* Por lo que su compañero y también súbdito, el novato Jeremy Scott, le preguntó: *¿Por qué lo dice, jefe?*

En eso, el detective y jefe respondió mirando a todos los que se encontraban ahí: *porque una persona al ahorcarse suele patallar, y por lo general, la silla cae al suelo o es lanzada a un lado, pero esta no, esta está perfectamente puesta debajo del cadáver, además, si miran sus manos y uñas, no tienen marcas ni residuos de soga. Tomen en cuenta que por reflejo, la persona siempre intentará salvarse y defenderse, así que es claro que alguien lo hizo.*

E inmediatamente, el sereno y acertado detective Eric Valentine se dirigió a su superior: *además, está la supuesta carta de despedida que no parece de despedida.* Haciendo que el jefe asintiera con la cabeza y le dijera: *¡exacto! Ahora, pónganse todos a trabajar.*

En ese momento el lugar se encontraba ocupado por un grupo de expertos en la materia. Algunos tomaban fotos, otros detallaban el cuerpo más de cerca y tomaban notas, se apreciaba como hablaban entre sí, aportando ideas y suposiciones, especulando sobre las razones del suceso. No obstante, gracias a ese proceso de recolección de evidencias, hallaron algunos elementos que de alguna manera despertaron sospechas entre los cuerpos policiales y de

investigación, así como también entre los familiares y amigos de la víctima quienes dentro de su dolor y tristeza demostraron un total asombro ante tal situación.

Desafortunadamente para los detectives, ellos tenían que cumplir con sus funciones y en consecuencia, entrevistar a algunos de los familiares y amigos más cercanos de la víctima que se encontrasen allí, aunque estuvieran llorando por la dolorosa partida de su ser querido. Razón por la cual, los detectives apresuraron la investigación para determinar lo más pronto posible qué fue lo que llevó a Joseph al suicidio, o en su defecto, quién le había arrebatado la vida y por qué.

Aunado a ello, en ninguna de las entrevistas que hicieron esa noche alguien pudo alegar que Joseph tuviera mala fama, enemigos o problemas con drogas, sino todo lo contrario. Todos atestiguaron prácticamente lo mismo: era una persona próspera, alegre, aparentemente feliz, trabajadora, responsable y amigable, sin ningún tipo de vicios. Algo no encajaba. Si eran así las cosas... ¿Por qué se quitó la vida?

OCHO DÍAS ANTES: VIERNES 3 DE NOVIEMBRE DE 1995

—*Dios mío, ya no sé qué hacer con mi vida, dame fuerzas para tomar el camino correcto, no me gusta como las cosas han venido cambiando de un tiempo para acá. Últimamente, despierto sin saber si es de día o de noche, en ocasiones hasta sudando y con el corazón a mil, pero tú lo debes saber, mi Dios, porque siempre me acompañas, eres el que me cuida y me protege... aun así, sé que debo cambiar de rumbo porque esto no es vida, y es curioso... antes creía que la riqueza me haría feliz, pero ahora pienso tan diferente a ello. Mi madre tenía razón cuando decía que la humildad no era una desventaja sino una virtud, y es verdad... el dinero te posee, te cambia, te envenena, te hace quererlo más y más. De verdad, ¿cómo pude caer tan bajo? Es momento de cambiar las cosas o quizá, volver a empezar, no sé... solo sé que tengo que terminar con esto lo más pronto posible.*

De repente, como señal divina apareció Débora Colin, compañera de trabajo de Joseph, quien sin ánimos de sacarla de sus pensamientos, se vio en la necesidad de hacerlo: *¡Joseph! Perdona que te saque de tus pensamientos, pero tienes una llamada en la línea cinco.* A lo que la señorita le respondió con una amorosa sonrisa: *¡Gracias, Déb...!*

No era la primera vez que Joseph se perdía en sus pensamientos estando en pleno trabajo, en realidad, era algo que le estaba sucediendo desde hacía poco tiempo, pero cada vez más seguido. No obstante, su extraordinario desenvolvimiento como contadora hacía que, aparentemente, nadie notara algo extraño en su comportamiento, ni mucho menos se preocuparan por ese detalle, al menos eso era lo que ella creía, por lo tanto, haciendo caso omiso al hecho, contestó la llamada que tenía en la línea cinco como si nada: *hola, ¿quién habla?*

—*Hola, Joseph, soy Richard.*

Rápidamente Joseph bajó la voz y agachó la cara en un intento por disimular, evitando que alguien escuchara algo de lo que conversaba con su amigo, y continuó: *Espero que sea para algo importante, sabes muy bien que no me gusta que me llames acá.*

—*Lo sé, pero quería saber si vas a venir hoy.*

—*Pues, no sé... Recuerda lo que pasó la última vez, además, tengo ganas de descansar, el trabajo me tiene al borde de la locura.*

—*No seas aguafiestas que la noche promete. ¡Vamos! Haremos lo que más te gusta. ¡Ánimate!*

A pesar de la insistencia de Richard (una característica muy típica en él), Joseph le contestó amablemente: *me imagino, pero de verdad necesito descansar... estamos llevando una cuenta de un cliente importante y faltan pocos días para entregarle todo, debe estar listo el lunes para una revisión, así que aprovecharé estos días para descansar y repasar todo, además, no quiero que me vuelvan a sacar.*

Sin ánimos de desistir, el caballero continuó con su puje: *¿entonces, para cuándo?* Por lo que Joseph respondió: *¿ya vas a empezar, Richard? Tenemos tiempo suficiente para volver a hacerlo.*

—*Pero a mí no me gusta perder tiempo.*

—*¡Entonces, deja de presionarme que no me gusta y aguántate!* Sentenció la señorita a su

amigo, pero en un tono más calmado prosiguió: *más adelante volvemos a hacerlo, por ahora quiero descansar, ¿está bien?*

Así que Richard casi resignado terminó bajando la guardia: *está bien, Joseph, pero las ganas me carcomen, tú sabes como soy yo, y también sabes que no siempre estoy disponible para eso.*

—*Lo sé, pero mejor hablamos después y llámame a mi casa no acá, recuerda que tenemos que ser discretos, nadie debe saber nada, ¿ok?*

—*Está bien. Te llamo después.*

Inmediatamente colgó el teléfono, Joseph cerró los ojos y suspiró profundamente, sintiendo como esa bocanada de aire que llenaba sus pulmones para luego salir lentamente de ahí, le regalaba un pequeño alivio que le permitiría volver a perderse en sus pensamientos: *Dios, quién me mandó a meterme en esto. Ya no quiero continuar, pero lo disfruto, el problema eres tú, Richard, tu insistencia me harta, a veces siento que no te soporto y hasta me cuesta digerirte. ¿Cómo me alejo de ti? Quiero mandarte a la porra, pero yo no soy así.*

Luego de batallar con sus pensamientos, cuando la jornada laboral ya había llegado a su fin, Joseph decidió ir por algo de comer, quería consentirse con una buena cena y a su vez, distraerse un poco.

Al llegar a casa, aún no podía sacarse de la cabeza la tentadora invitación de Richard, quien siempre jugó a la psicología, era un experto manipulador y un mitómano casi profesional. Como Joseph acostumbraba a llamar con frecuencia a sus familiares y amigos, aprovechó la idea que repentinamente le vino a la mente, la cual era llamar a su madre, hacía días que no escuchaba su voz, así podía distraer su mente hasta que el sueño la invadiera.

A la mañana siguiente, de nuevo se despertó con la mente invadida por sus agobiantes pensamientos: *¡Por fin, ya amaneció! Qué noche la que tuve... Sé que debo dejar todo en el pasado, así no puedo concentrarme bien en nada, necesito pasar esta página ya... es solo cuestión de firmeza y tiempo, todo va a salir bien, lo sé, así que salgamos de la cama, preparemos algo de comer y pongámonos a trabajar que tenemos que cumplir con nuestras obligaciones.*

EN LA ACTUALIDAD: LUNES 13 DE NOVIEMBRE

A medida que los detectives avanzaban en la investigación, las sorpresas comenzaban a hacerse notar. La primera de varias fue la comparación de la letra encontrada en varios de los cuadernos de Joseph con la de la carta que supuestamente había dejado, no coincidían. De manera que, lo que por un momento pudo haber sido solo especulación, ya comenzaba a figurar como un hecho.

Por otro lado, los amigos y familiares de la víctima alegaron que de ser un suicidio, ella seguramente se hubiese despedido de ellos y no hubiese dejado una carta tan simple y mal escrita como esa, y sin mencionar a nadie, tomando en cuenta que era una persona amorosa, muy cercana y sobre todo, religiosa. No obstante, la madre de Joseph, aún con lágrimas en los ojos por tan terrible y dolorosa pérdida, aseguró que además de haber sido una persona amorosa a la que le encantaba compartir, jamás llegó a vivir con alguien, su departamento era su templo sagrado, le gustaba la tranquilidad, el silencio y el orden, por lo que la soledad no era circunstancial sino una decisión personal a la cual siempre le fue fiel, al punto de nunca hacer reuniones sociales ni celebraciones de ninguna índole (hasta donde ella sabía) en ese lugar.

Esa declaración motivó la curiosidad de los investigadores y los llevó a escudriñar el departamento de la víctima una vez más. Ellos tenían que encontrar indicios o pistas que les permitieran investigar más a fondo, era menester determinar la verdadera causa. En consecuencia, se encontraron con un sospechoso reloj de mano en una de las mesitas de noche de su habitación, más dos cepillos de dientes en el baño.

Ahora bien, si ella vivía en plena soledad... ¿Por qué había dos cepillos de dientes en el baño? Con esa misma duda revisaron meticulosamente todas las gavetas que se pudieron encontrar, además de los closets, libros y agendas; en ese proceso descubrieron un juego de cartas y varias fichas (aparentemente de aprendiz), además de un par de pelucas (una castaña más otra rubia) y un álbum fotográfico que atrajo su atención.

En vista de que se trataba de una investigación, procedieron a revisarlo prácticamente en silencio, hasta que el detective Eric Valentine, ante una de las tantas fotos que había, exclamó: *¡por Dios, qué hermosa era! Es una verdadera lástima que muriera de esa forma. Se le nota feliz en todas las fotografías. Estoy casi seguro de que la mataron.* Por lo que el jefe inmediatamente agregó: *pero yo lo estoy por completo.*

Cabe destacar que esta investigación tenía algo distinto al resto, quizá por haber sido la última investigación en la que participaba el Capitán Jim (ya que se retiraba el próximo año), o simplemente, era singular por las condiciones en que se había dado. Lo cierto era que, además de que la señorita Josephine estaba en pleno comienzo de su vida, cercana a cumplir los treinta y cuatro años de edad, era una mujer hermosa, profesional, próspera e independiente, tenía una sonrisa encantadora (se le hacían hoyitos en las mejillas), y su dentadura era perfecta.

Resulta que su madre era oriunda de México y su padre de Texas, pero sin duda, por sus rasgos y color de piel, Josephine tenía más genes latinos. Era relativamente delgada, no muy alta, de piel morena clara, cabello lacio negro y ojos color miel, idénticos a los de su padre. Sus rasgos faciales eran refinados, tenía un rostro casi angelical y sus expresiones eran muy dulces.

Sabía vestirse bien, casi siempre casual o semi formal, y su formación académica y religiosa fue de primera.

En tal sentido, luego de mirar el álbum completo y comentar entre ellos la penosa pérdida, los detectives continuaron con el escudriñamiento, sabían que hallarían algo más, y en efecto, así fue. En una de las gavetas donde ella guardaba su ropa interior, estos encontraron una pequeña libreta con una serie de números y fechas. Parecían cifras o montos, algún tipo de cuentas con fechas determinadas más no específicas, algo normal para una persona que había trabajado en una oficina contable.

No obstante, lo que verdaderamente llamó la atención de los efectivos, especialmente la del novato Jeremy Scott quien frecuentemente leía el periódico, fue el nombre de Andrew Smith escrito en varias páginas de la libreta, además de una dirección que aparecía en la última página, justo al lado de un sospechoso número telefónico, por lo que inmediatamente intervino diciendo: *no sé si sea de importancia, pero este tiene el mismo nombre que el candidato a alcalde del 93, ¿lo recuerdan? Andrew C. Smith.*

En eso, el detective Valentine le respondió al novato: *en este trabajo todo aporte tiene su valor, y sí, es cierto, se parece mucho.* Por lo que el jefe, como de costumbre, sentenció con su particular carácter: *pues, eso lo tenemos que averiguar y preferiría que fuera ya.*

Ciertamente, era algo a lo que había que prestarle atención, no cabía duda de que alguien estaba detrás de esa muerte, los investigadores lo sabían, los familiares lo sabían, algunos de sus amigos también. Era una obligación encontrar al culpable. Pero... cómo llegarían a él, ella, o a ellos, esa era la pregunta del momento.

Los detectives enviaron con carácter de urgencia al laboratorio forense los cepillos de dientes junto con el reloj de mano para una evaluación de ADN. Lógicamente, necesitaban comprobar si el reloj era propiedad de la aparentemente víctima, cuál era el cepillo que usaba, o en su defecto, si ambos le pertenecían.

En cuanto al nombre encontrado en la libreta, no requirió de mucho tiempo para descubrir de quién se trataba. La dirección correspondía a un bufete de abogados de nombre J&Z Asociados, ubicado en un reconocido edificio empresarial al este de la ciudad llamado Imperial State. Se trataba de un abogado que trabajaba para la firma en cuestión, mismo que, a pesar de su corta edad (36), era un hombre con agallas, bien parecido, elegante, de saco y corbata, ex candidato a alcalde, sin duda, un personaje de estatus social alto. Aun así, fue solicitado y llevado a las instalaciones de la policía como parte del procedimiento de rutina, al cual accedió sin inconveniente alguno.

Al momento de llegar, este fue llevado a la sala de interrogación donde lo esperaban con ansias los detectives Eric Valentine y Jim Doggett para hacerle algunas preguntas. Entre los objetivos específicos que ellos tenían pautados para la investigación que llevaban, estaba la obtención de saliva o cabello del señor Andrew Smith para la comprobación de su ADN con el del cepillo de dientes y reloj hallados en la escena del crimen.

Desafortunadamente para Andrew Smith, los resultados dieron positivo, por lo que temporalmente fue detenido en una de las celdas de la policía para ser interrogado nuevamente. En cuanto a los elementos hallados en la propiedad de la víctima, aseguró que le pertenecían, sin embargo, no sabía cómo habían llegado ahí ni el reloj, ni mucho menos el cepillo de dientes, ya que, según su declaración, él jamás visitó dicho departamento, además de no haberse encontrado en la ciudad el día del incidente. No obstante, para los efectivos él era su principal sospechoso, pero ellos sabían que era necesaria una detallada y meticulosa investigación, o en su defecto, una

declaración en la que él confesara.

A pesar de las evidencias que los investigadores tenían en sus manos, sumado a la presión que estos acostumbran aplicar a los sospechosos con el fin de hacerlos flaquear, el abogado se hallaba apacible y con buena disposición, estaba seguro de su inocencia, no demostró en momento alguno inquietud, nerviosismo o dudas. Su comportamiento seguramente se debió al conocimiento que tenía sobre los procedimientos legales para este tipo de casos.

A pesar de ello y a medida que el interrogatorio avanzaba, los detectives descubrieron que el abogado Smith era nada más ni nada menos que el testaferro y apoderado de la víctima, lo cual, inevitablemente lo atornilló en el caso como el principal sospechoso. En tal sentido, era menester averiguar con exactitud dónde estuvo realmente el abogado esa noche, entre otras cosas. Por lo tanto, qué mejor referencia que la de sus propios jefes. Así que los detectives Doggett y Valentine visitaron con prontitud el despacho donde el sospechoso trabajaba que, por cierto, era de lujo, tanto que al llegar quedaron asombrados ante la imponente recepción del sitio, con el nombre de la firma en grandes letras doradas, más una vista panorámica de la ciudad a un costado que era impresionante, matas y flores reales en cada rincón que brindaban un agradable y sutil aroma, a su vez, un conjunto de muebles clásicos y modernos que decoraban e invitaban al visitante a sentarse y ponerse cómodo. La elegancia que podía apreciarse en los detalles de su interior, sin duda denotaba su excelencia como bufete de abogados.

En esa ocasión, los detectives se reunieron con algunos colegas del señor Smith incluyendo a sus jefes, quienes dieron fe del testimonio que les había brindado el abogado, ya que en efecto, él sí se encontraba atendiendo unos asuntos laborales fuera de la ciudad el día del incidente, por lo tanto, era necesario una liberación inmediata del principal sospechoso. Sin embargo, por el solo hecho de ser “el apoderado y testaferro” de la víctima, valdría la pena dudar un poco más.

De manera que los detectives, luego de la visita al bufete, se dirigieron al conjunto residencial donde había vivido Joseph. Tenían un propósito claro y definido: entrevistar a algunos residentes del edificio. En primera instancia, la mayoría de los residentes aseguraron no conocer al señor Andrew Smith, mientras que otros opinaron que se les hacía familiar el rostro, mas no estaban seguros. A su vez, todos atestiguaron prácticamente lo mismo: ella no compartía departamento con persona alguna. Contrario a estas declaraciones, la noche del incidente, el conserje en la entrevista que se le hizo, aportó un detalle bastante particular que más adelante les sería útil.

En tal sentido, al finalizar el día los detectives ya tenían en su poder el informe forense, el cual era fundamental evaluarlo a la brevedad, por lo que se dispusieron a detallarlo en la oficina del jefe.

Si bien presumían que se trataba de un homicidio, ellos desconocían por completo cómo pudo haber sucedido, y para asombro de todos al leer el informe con puntualización, se encontraron con un par de detalles que inevitablemente los hizo estar más seguros de lo que venían pensando desde un principio. Primero: el detalle de la silla, además, el cuerpo no presentaba ningún tipo de marcas como forcejeo, rasguños o golpes, y tampoco tenía residuos de soga en las uñas. Segundo: las pruebas toxicológicas arrojaron altos niveles de escopolamina, una droga que hace que las personas pierdan el sentido y las duerme, brindándole tiempo al hipotético atacante para cometer el delito que quisiera, por lo tanto, la víctima se hallaba dormida antes de “ahorcarse”.

CINCO DÍAS ANTES: LUNES 6 DE NOVIEMBRE

Aunque era comienzo de semana, las tareas estaban al tope, todos en la oficina se encontraban ocupados en sus oficios, la mayoría sacando cuentas excepto Josephine, quien como un ángel caído de la mata mas no del cielo, se pasó una parte del día perdida en sus pensamientos, divagando entre lo que se quiere y lo que se debe. Mientras mordía su lapicero y miraba el monitor de su computadora, una lucha campal que no cualquiera desearía encarar se desataba en su interior.

Apenas terminó la jornada laboral, como persona meticulosa que era, apagó su computadora, colocó las carpetas en su lugar y despejó el escritorio, dejando todo en perfecto orden para irse. Esa noche ella decidió preparar su cena en casa, le apetecía algo sano, hecho por ella misma. Pero las sorpresas apenas estaban comenzando a presentarse, y algo que ya se estaba haciendo costumbre o quizá mala costumbre, aguardaba por ella justo en la entrada de su departamento. Una visita inesperada que al momento de aparecerse frente a ella, lejos de alegrarla, la hizo cambiar automáticamente el rostro de felicidad que llevaba, por uno de fastidio. Así que casi al instante bajó los hombros en señal de agotamiento y desgano. De manera que casi resignada le habló: *Richard, qué sorpresa encontrarte por acá... no me dijiste que ibas a venir. ¿Tienes rato esperando?*

Y con la cara bien lavada él le contestó: *llegué hace poco, e iba a llamarte pero como me dijiste que no te llamara al trabajo, pensé en venir hasta acá y esperar a que llegaras.*

En eso, la expresión de Joseph fue más que evidente, ella lo miró fijamente y le respondió: *¡por Dios, Richard, al trabajo no! Pero a mi casa sí... Pudiste haberme avisado ayer, tú sabes muy bien que no me gusta que te vean por acá, de hecho, no me gusta que venga nadie a mi casa.*

Pero Richard, como experto manipulador que era, le respondió apelando a la psicología inversa: *bueno, está bien, yo solo tenía ganas de verte, por eso pasé a saludarte, ¿qué hay de malo en eso? Antes no te ponías así... ¡pero, si quieres me voy! Yo lo entenderé, lo que menos quiero es molestarte.*

Afortunadamente para Richard, Josephine bajó la guardia y no por haber caído en su juego psicológico, sino porque ella era más inteligente que él, así que le correspondió diciéndole: *tienes razón, olvida lo que dije, pasa adelante. Voy a preparar algo de cenar, ¿quieres comer?* Por lo que él le respondió al instante: *no, Joseph, gracias, yo ya comí. En realidad quiero saber si lo vamos a hacer hoy otra vez, o mañana, no sé, estoy ansioso, sabes cómo me pongo con esto.*

Como la insistencia no era reciente, mas sí atosigante, Josephine estaba comenzando a exasperarse con su “amigo”. En esa ocasión subió un poco su tono de voz, pero primero soltó lo que tenía en su mano y le dijo: *¡ya, Richard! ¿Vas a seguir con lo mismo? ¿Hasta cuándo? Te he dicho mil veces que quiero descansar, que tengo cosas que hacer. Tú sabes muy bien que mi trabajo no es nada sencillo. Además, ¡ya no quiero seguir con esto, me está dando miedo, me preocupa que alguien se pueda enterar y se termine todo!* En eso bajó el tono y terminó diciéndole: *No sé si sea correcto que sigamos. Yo creo que es mejor que lo dejemos hasta aquí.*

Ya lo disfrutamos bastante pero llegó a su fin, entiéndelo de una vez, por favor.

A pesar de todo, el caballero no parecía estar de acuerdo e inmediatamente se levantó de la silla donde estaba sentado, insistía como el buen maestro en ciencias necias que era y daba pasos cortos entre el comedor y la cocina: *por favor, Joseph, no parecen cosas tuyas. Sé que te gusta... hagámoslo una vez más. Sabes muy bien que te gusta. Además, recuerda que eras tú la que antes me insistía a mí.*

Firme en su posición, ella le respondió mientras lo miraba fijamente: *Para ti es más fácil decirlo porque no tienes nada que perder, eres muy desentendido de todo y llevas una vida a la ligera, en cambio yo no, y eso es lo que tú tienes que entender... ¿Qué le voy a decir a mi familia si se enteran de esto? ¿A mis jefes? Yo sí tengo mucho que perder, Richard, entiéndelo, por favor.*

Y como gallina que vuelve al trigo, Richard continuó pujando por un sí: *Te entiendo, pero entiéndeme tú a mí, yo necesito hacerlo una vez más.*

Hasta que la hizo perder la elegancia y educación. Tan parecido al globo que de tanto que lo inflan termina por explotar, así ella explotó, sentenciando con determinación y firmeza: *¡ya te dije que no! ¡Por Dios, ¿cuántas veces te lo tengo que decir?! ¡Esto se acabó! ¿Te cuesta mucho entenderlo, Richard? ¡Ya no quiero hacerlo más, entiéndelo! ¡Se acabó!*

Sin embargo, este personaje insistente, egoísta y ruin, lejos de comprender y aceptar lo molesto de su comportamiento, recurrió a su último recurso por ese día e intentó intimidarla con una sentencia absurda: *pues, no, esto no se acabó, Josephine, te aseguro que no se acabó. Te arrepentirás.*

Aun así, la determinación y confianza de Josephine era tal, que sin demostrar nada de temor o intimidación, inteligentemente finiquitó la conversación y despachó a su visita: *bueno, Richard, como digas, la verdad es que ni siquiera me asustas. Yo creo que es mejor que te vayas, ya escuché suficiente y no voy a permitir que vengas a mi casa y me hables de esa manera, así que vete, por favor.*

—*Está bien, me voy.* Respondió Richard en un tono lastimero, y con una actitud de mala crianza salió del departamento sin siquiera despedirse, cerrando la puerta con un poco de fuerza, causando un estruendoso ruido.

Cabe destacar que en este mundo sobran las personas que no pueden conformarse con un no. Quién sabe cuál sea la razón de ello, tal vez egoísmo, avaricia o vanidad. Richard, sin duda alguna, parecía reunir todas esas características. Era una persona que con su personalidad manipulaba y engañaba, procuraba siempre salirse con la suya utilizando sus destrezas y encantos físicos.

EN LA ACTUALIDAD: MARTES 14 DE NOVIEMBRE

Luego de un exhaustivo repaso sobre las evidencias y declaraciones que los detectives tenían en su poder, no cabía duda de que el abogado decía la verdad, él no había estado en la ciudad la noche del incidente, aun así, él era el apoderado y testaferro de la señorita Josephine Callahan, y todavía quedaba una pregunta por aclarar: ¿cómo llegaron el reloj más el cepillo de dientes al departamento de la víctima?

De manera que el detective Jim Doggett, junto con sus otros dos compañeros decidieron visitar en persona al abogado en su propio despacho, sacando provecho de su apacible cooperación, además de que él era el recurso más cercano del que disponían para ese momento, por lo que era menester sobrellevarlo con tacto, inteligentemente, ya que probablemente podía suministrarles información relevante.

En la entrevista que le hicieron, este declaró que Josephine era ludópata, una persona con adicción a los juegos de azar, y que recurría con frecuencia a un casino que se encontraba al este de la ciudad, el Golden Coin. Fue ahí donde ella conoció a su mejor amigo, el señor Richard Preston, quien ocupaba un cargo de repartidor de cartas. Con el pasar del tiempo, ambos terminaron siendo más que amigos y por voluntad propia mantuvieron su relación en secreto.

Entre las declaraciones que el abogado les brindó a los detectives, también alegó que Josephine era una persona seria, extremadamente reservada, que no quería que sus familiares y amigos se enteraran de su doble vida, ni de su relación con el repartidor de cartas. Ella provenía de una familia religiosa y muy conservadora que de ninguna manera consentiría tal relación, mucho menos semejante vicio. Jugaba muy seguido en ese casino y poseía una bendita suerte que hasta el final de su tiempo le acompañó.

La cantidad de dinero que ella había reunido los últimos meses era verdaderamente importante, para ese momento, el botín estaba por encima del millón y medio de dólares. En tal sentido, tenía que ocultarlo de alguna manera. Por lo tanto, ese fue “el verdadero” motivo por el cual Andrew terminó siendo su testaferro. Por último, declaró no tener idea de cómo llegaron sus pertenencias al departamento de ella.

Quizá la perturbación de tener que mantener un secreto de tal magnitud tan guardado (hablamos de una doble vida, con una fortuna importante en bienes raíces y cuentas bancarias por un lado, más otra sencilla, laboriosa y definitivamente de bajo perfil por el otro) pudo haberse convertido en la expresión más extrema de una aguda depresión, lo cual la llevó a cometer el acto del suicidio, fruto de una crisis que no supo manejar. Sin embargo, es solo especulación mía.

Pero como bien reza el dicho: “piensa mal y acertarás”, Andrew Smith no dejaba de ser un sospechoso, algo no terminaba de encajar y con el nuevo personaje que acababa de aparecer, el señor Richard Preston, ya eran dos los sospechosos por investigar. No obstante, era necesario visitar el Casino Golden Coin, ya que, lo que hasta el momento parecía ser un suicidio, comenzaba a despuntar como un crimen planificado, por tal motivo, solicitaron con carácter de urgencia un permiso judicial para proceder con una revisión de las instalaciones y cámaras de seguridad del casino.

CUATRO DÍAS ANTES: MARTES 7 DE NOVIEMBRE

Ya eran casi las seis de la tarde y la jornada laboral estaba por concluir, algunos de sus compañeros aguardaban con calma esos escasos 15 minutos que aún faltaban para poder irse, mientras que otros menos afortunados, parecían estar condenados a llegar tarde a sus casas esa noche.

Aunque Josephine estaba del lado de los afortunados, se tomó su tiempo para organizar meticulosamente su área de trabajo. Colocó cada cosa en su lugar, sin ninguna prisa, al mismo tiempo en el que navegaba como barco a la deriva entre sus pensamientos: *¡Listo, terminamos! Gracias a Dios todo salió bien y tenemos un cliente satisfecho... ya me puedo ir a casa a descansar tranquilamente... llamaré a mi mamá para contarle todo, pero primero voy por algo de comer, creo que me merezco algo de sushi y un buen vino. Algo así como una cena romántica conmigo misma.*

Por lo que Josephine comenzó a reírse sola y aun cuando su risa había sido delicada, inevitablemente despertó la curiosidad de su compañera quien se hallaba justo a su lado, la cual le dijo: *¿y a ti qué te pasa? Mira que “el que solo se ríe, de sus picardías se acuerda”.* Terminando el refrán con una sonrisa cómplice que Joseph acompañó por un instante, sin comentar absolutamente nada.

Oportunamente, la señorita trató de mantener la compostura. Se dispuso a jugar una partida de cartas en su computadora mientras todos se enfrentaban en esa típica y predecible lucha por salir primero del edificio. Para ella salir de primero no era algo por lo cual pudiera sentir orgullo, acostumbraba llegar de primero y salir de última, además sabía que en casa no había nadie aguardando a su llegada (o eso creía), así que no se apresuró en marcharse. Fue la última persona en salir de la oficina.

Esa noche le apeteció cenar sushi. No tuvo que pensarlo mucho puesto que era su comida preferida y su pedido sería para llevar. Así que decidió pasar por un restaurant que aún no conocía, el famoso Zumo Sushi Bar, que aunque se encontraba del otro lado de la ciudad, el recorrido valdría la pena, le habían hablado bastante bien de ese local.

Su rutina parecía ser casi siempre la misma: llegaba a casa, se aseaba, preparaba algo de comida o sencillamente se servía la que había traído, hacía un par de llamadas, veía algo de tele o leía un libro hasta que el sueño la dominara. Sin embargo, ese día al llegar a casa, se encontró de nuevo con la misma sorpresa del día anterior, que bien fastidiosa se estaba convirtiendo, haciéndola inevitablemente bajar los hombros una vez más en señal de agotamiento y desgano.

Al momento de encontrarse cara a cara, ella reaccionó con molestia e inmediatamente exclamó: *joh, por Dios, Richard!* Preguntándole casi al instante: *¿Otra vez acá? ¿Cuántas veces te tengo que decir que no me gusta que vengas sin avisar?*

Pero con una agrandada sonrisa, su amigo Richard le contestó: *Perdóname, Joseph, pero me moría de ganas de verte y necesitaba asegurarme de que estuviera todo bien entre nosotros. Pero si quieres me voy, porque lo que menos quiero es molestarte.*

Aunque él estaba acostumbrado a salirse con la suya, sabía que no la convencería del todo. A esa altura del juego, la psicología ya era empalagosa para ella, además de predecible y repetida,

que lejos de favorecerle, lo perjudicaba, así que Josephine, con gestos que irónicamente invocaban paciencia y tolerancia, inclinó su cabeza hacia atrás, y con los ojos cerrados suspiró profundamente, para luego responderle: *qué más da, ya estás acá. Definitivamente tú no cambias, pero te aclaro algo, Richard, y de buena manera te lo digo: si vienes por lo mismo, mi respuesta es la misma.*

Y mientras abría la puerta del departamento, este, astuto como siempre, procuró hacer el intento de aclarar la intención de su visita, alegando: *pues, no vengo por eso, Joseph, lo que me motivó a venir es nuestra relación, nosotros tenemos una buena amistad desde hace tiempo y no me gustaría perderla por un simple capricho mío. Creo que tienes razón y debo respetar tus decisiones, solo quería decírtelo y ya.*

No obstante, la educación de Josephine pareció esfumarse por un momento, reapareciendo en su lugar un necio sarcasmo que, aunque mal caía, le generaba un poco de satisfacción a ella: *¡wow, qué honestidad la tuya, me conmueves tanto! Tú como que tienes fiebre o te golpeaste la cabeza.*

—*¿Por qué dices eso?* Preguntó él. A lo que Josephine contestó: *por nada...*

Inmediatamente y con la guardia baja le dijo a Josephine: *mira, vine en son de paz, con deseos de aclarar las cosas y pasar la página. ¿Podemos hablar tranquilos?*

Aun así, la determinación en cuanto al trato que ella se propuso brindarle a su amigo seguiría en pie, por lo que respondió ante su pregunta: *estamos hablando tranquilos, no sé cuál es tu problema.*

De manera que Richard, sin caer en la tentación le respondió: *no vayas a empezar, Joseph, por favor, mira que no tengo ganas de pelear, vamos a llevárnosla bien, pasemos la página en buenos términos, ¿te parece?*

Y como siempre, la cordura pudo más que el impulso errado. Ella bajó la guardia y no por las palabras que Richard había usado, sino porque ella sabía que debía ser más inteligente que él: *tienes razón, Richard, perdona mi intensidad. Mejor hablemos de algo... cuéntame sobre tu trabajo ¿no piensas retirarte algún día?*

Pero este le respondió con la misma pregunta: *y tú... ¿hasta cuándo vas trabajar en esa oficina contable?*

—*Pues, yo debo mantener mi trabajo, al menos por un tiempo. Y no es solo por sostener una apariencia, sino porque es parte de mi vida, es una rutina que no me aburre. Me gusta estar haciendo siempre algo, mantener mi mente ocupada, sacar cuentas y ver a mis compañeros.*

Aunque Richard escuchaba con calma a Josephine, sus gestos demostraban cierta inquietud, se comía las uñas, le temblaba la pierna derecha como si quisiera taladrar el piso, parecía que tenía ganas de contarle algo a ella, pero no sabía cuándo arrancar, así que aprovechó un pequeño espacio en medio de la tertulia y le dijo: *a mí también me gusta estar ocupado, pero estoy cansado de mi trabajo, me tiene harto la monotonía, siempre es lo mismo, el horario es complicado, me impide hacer otras cosas, así que pienso renunciar los próximos días, de hecho, tengo planes.*

Y con una expresión un tanto incrédula, que a su vez denotaba sorpresa más curiosidad, Joseph le preguntó: *¿estás hablando en serio?! Tú, Richard Preston, haciendo planes. ¿Y qué clase de planes tienes?*

—*¡Claro que hablo en serio, Joseph! Estoy planeando irme del país por un tiempo, quiero salir a conocer nuevos horizontes, hacer cosas distintas.*

Sin embargo, la reacción de Josephine difícilmente podía disimularse, pasó de curiosidad a

susplicacia casi inmediatamente, por lo que comentó con el ceño fruncido mientras lo veía casi de reojo: *¡qué raro! Pensé que a ti no te gustaba viajar.*

—*Y es verdad, no me gusta viajar, soy extremadamente amañado a mi ciudad, mis cosas y mis costumbres, pero ha llegado el momento de darle un giro a mi vida. ¿Qué te parece?*

Tomando en cuenta quién era este personaje, para Josephine la noticia no daba como para celebrarla, sino más bien para ponerla en tela de juicio por un momento. No obstante, ella inteligentemente procuró desentenderse de la inmediata suposición que le vino a la mente, y continuó con la conversación: *pues, te va a hacer bien viajar, yo que te lo digo, pero si es por un tiempo debes organizar bien las cosas antes de irte, dejar a alguien a cargo de tu casa para que pague los servicios y la limpie, recuerda que las casas abandonadas se deterioran. Eso de irse del país no es cosa sencilla, pero valdrá la pena.*

Y con una actitud un tanto sobrada, él le aclaró: *no te preocupes, Joseph, que lo tengo todo bajo control. Hace varios días que lo he venido planificando, y sé que todo saldrá bien.*

Pero el escepticismo y la curiosidad seguían reflejados en el rostro de Joseph, y en sus preguntas también: *bueno, a mí me sigue pareciendo raro, tomando en cuenta que a ti jamás te gustó viajar... ¿y a dónde piensas ir? Si se puede saber.*

—*Pues, me gustaría conocer Rusia, China, Belice, o quizá más cerca: Venezuela. Aún no lo he decidido.*

En ese momento, el ceño de Josephine pasó de fruncido a más fruncido aún, replicándole de la siguiente manera: *¡que, ¿qué?! Pensé que dirías: me voy a España, Francia o Italia, qué sé yo... pero... ¿Esos países?*

Inmediata y jocosamente, Richard le respondió: *A lo mejor y me decido por conocerlos todos. Haciendo que ella exclamara: ¡qué raro eres, Richard!*

Rápidamente él le aclaró por qué esos países: *bueno, ya va, Josephine, tampoco es que esté loco, aunque no lo creas, esos países tienen sus virtudes. El hecho de que no figuren turísticamente como otros, no quiere decir que no valga la pena visitarlos. Tienen lugares maravillosos y mucha cultura. Además, quiero algo diferente, por eso he pensado en un país que se adapte a mí, y no sé, esos son los países que más me llaman la atención. Pero volvamos al punto, Joseph... entre nosotros todo está bien, ¿cierto?*

Para ese entonces, Josephine se hallaba más serena, amable y menos dudosa, así que le contestó: *bueno, Richard, como dicen por ahí: “cada loco con su tema”. Tú sabes más que nadie qué es lo que quieres. Y sí, nosotros tenemos una historia, pero es solo nuestra. Dejemos el pasado en el pasado con todo lo malo y listo... Haz tu viaje, sal del país, disfruta de la vida que es bella.*

—*Pues, no sabes cómo me alegra escuchar esas palabras, Joseph. Le dijo él mientras le sonreía, e inmediatamente agregó: porque mis planes, de hecho, son para los próximos días.*

Esas últimas palabras le cayeron como balde de agua fría a Josephine, ya que ella no se esperaba que la partida de su “amigo” fuese tan pronto. Por tal motivo, le exclamó con cara de asombro: *¡¿Qué?! No pensé que fuese para ya... ¿estás hablando en serio?*

—*Pues, sí, es en serio. La verdad es que quiero viajar lo más pronto posible. Pero me gustaría verte un poco más seguido antes de irme, ya que no sabemos cuánto tiempo estaremos sin vernos, así que debemos aprovechar.*

La idea de verse más seguido no era en lo absoluto tentadora para Josephine, lo menos que ella deseaba era estar cerca de ese atosigante personaje, sin embargo, el solo hecho de saber que su tormentoso mal amigo se iría del país en los próximos días, terminó alentándola para aceptar

dicha proposición: *¡Claro, Richard, me parece buena idea que nos veamos antes de tu viaje!*
¡Tengo que despedirme de ti!

Esas palabras “tengo que despedirme” parecieron haberle causado gracia a Richard. Él la miró por un segundo mientras sonreía con una curiosa picardía, al tiempo en el que le correspondía con estas palabras: *entonces, te despedirás de mí, ¿eh?*

La conversación duró unos minutos más, sin incomodidades ni molestias. Aparentemente, él solo quería disculparse con ella, asegurarse de que las cosas entre ambos anduvieran bien y al mismo tiempo, contarle sobre sus planes, pero la verdad, nunca se sabe qué es lo que realmente quiere la gente.

EN LA ACTUALIDAD: MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE

Como casi siempre en el Departamento de Homicidios de la Policía del Distrito, esa mañana era prometedora pero ajetreada, interrumpida constantemente por una ola de voces y eventuales repiques telefónicos, gente caminando de un lado para otro y efectivos preparándose para ir a las calles. Los detectives Jim Doggett y Eric Valentine se encontraban reunidos en privado junto con el novato Jeremy Scott, repasando detalladamente las evidencias que hasta ese momento tenían, ya que por razones de oficio, esa mañana se incorporaba por completo el novato Scott.

En tal sentido, cuando ellos menos se lo esperaban, fueron sorprendidos por una oficial del Ministerio Público quien oportunamente irrumpió en la reunión que sostenían para hacerle entrega personal de la tan esperada orden judicial al Capitán Doggett, la cual los autorizaba a escudriñar legalmente en las instalaciones y grabaciones de seguridad del casino Golden Coin.

— *Buen día, Capitán.* Dijo la mujer. Y este le respondió: *Sofía, qué gusto verte, sabía que lo harías.* Por lo que esta, mientras le hacía entrega del sobre, le dijo: *espero que valga la pena, Jim.* Ambos se sonrieron a la vez, pero el Capitán le dijo: *siempre ha valido la pena.*

De manera que, inmediatamente se retiró la funcionario de la oficina, el jefe propuso visitar ipso facto al casino, sin embargo el novato, por cuestión de nervios o por las dos tazas de café que previamente había ingerido, manifestó tener una leve indisposición estomacal, razón por la cual solicitó permiso para ir al baño antes de partir. Desafortunadamente para él, su jefe tenía un poco de mal carácter, por lo que le dijo: *si te quedas, te quedas. Nosotros no te vamos a estar poniendo al corriente todos los días.* Así que el novato asintió con la cabeza y siguió el camino junto con ellos. No le quedó de otra más que pagar la novatada.

Al llegar al casino, los tres se presentaron con los guardias de seguridad de la entrada, mostrándoles sus placas junto con la orden judicial. Estos, en menos de lo que canta un gallo, buscaron a sus jefes, los señores Mijail Petrov y Vladimir Sokolov.

Se trataba de sendos personajes de nacionalidad rusa (ambos dueños de ese y todos los casinos Golden Coin del país, al igual que otros lícitos negocios), eran considerablemente altos, rubios, elegantemente vestidos, de saco y corbata. Vladimir tenía 58 años de edad y sus ojos eran azules, tenía una personalidad alegre, sonriente, siempre con un refrán o algún dicho para compartir, mientras que Mijail, más disciplinado, también de ojos azules pero de 63 años de edad y con el cabello rubio platino, siempre era el que estaba al frente de todo.

Al momento de encontrarse todos en la entrada, los rusos amablemente manifestaron su disposición para colaborarles, alegando con gracia que no era necesaria una orden judicial para venir a visitarlos. Rápidamente los invitaron a entrar para mostrarles las instalaciones del edificio (claro, antes de llevarlos a la sala de grabaciones a donde ellos con premura deseaban ir).

No obstante, al momento de ingresar a las instalaciones, el novato tomó la iniciativa, quizá para sobresalir delante de su jefe en un intento por demostrar que era un buen efectivo, o solo para olvidar las ganas que tenía de ir al baño. Con amabilidad y detenimiento, les aclaró a los rusos cuáles eran las razones exactas por las que se encontraban de visita al tiempo en el que les enseñaba la orden judicial, esto ocasionó un drástico cambio en sus rostros, ya que el bienestar de la empresa era fundamental para ellos.

Afortunadamente, los apoderados comprendieron la gravedad del asunto al instante, agradeciendo de antemano total discreción y prudencia, no dudaron en ofrecer su total colaboración con los efectivos.

En tal sentido, al culminar con el recorrido, ya ansiosos por comenzar con la búsqueda, todos se dirigieron a la sala de grabaciones, una sala relativamente grande, alfombrada con goma, totalmente silenciosa, con un conjunto de equipos de grabación y monitores que otorgaban una amplia vista del área de juegos y demás espacios del casino.

Rápidamente, Mijail se dirigió a los operadores de guardia, exigiéndoles máxima colaboración para con los detectives. No les dio muchas explicaciones del porqué estaban ahí, pero terminó agregando: *trabajemos en silencio*.

La oficina de seguridad del casino mantenía un estricto protocolo en cuanto a las grabaciones y monitoreo de entrada y salida. Ellos tenían un almacenamiento de información indispensable de quienes habían entrado y salido del sitio por los últimos seis meses. De manera que la tarea estaba “fácil” para los detectives, solo era cuestión de cumplirla, así que sin dudarlo se pusieron en marcha con la revisión de los archivos. Comenzaron por el lote de cintas más antiguo en cuya caja se podía leer la siguiente fecha: 04—05—1995.

A pesar de ser una tarea aparentemente sencilla, estaba resultando fatigante, la torre de cintas por chequear era como para sacarle canas a cualquiera. No obstante, luego de haber revisado varias de ellas, los detectives por fin encontraron lo que estaban buscando, o mejor dicho, a quien estaban buscando.

Josephine Callahan, en efecto, sí era cliente frecuente del casino, sin embargo, había algo singular en ella, y era que algunas veces llegaba al lugar con pelucas, las alternaba y eran exactamente iguales a las que ellos habían encontrado en el departamento. Daba la impresión de que intentaba disimular sus tan recurridas visitas aparentando ser otra persona, o trataba de evitar que la reconocieran. De igual manera, los detectives estaban seguros de que había un trasfondo en ese peculiar detalle, y los apoderados del casino también.

A medida que estudiaban las grabaciones, estos notaron la recurrencia de la víctima hacia el puesto de trabajo de Richard Preston. Por lo general, ella lo hacía luego de haber jugado un poco en las máquinas tragamonedas y en otras mesas, algo de Ruleta, Baccarat o Craps (en ocasiones hacía apuestas deportivas e inclusive, de caballos).

No era un orden particular el que la dama de las pelucas tenía, mas casi siempre, la última mesa que visitaba era la de Preston. Aparentaba haberse sentado ahí solo a jugar, a divertirse un poco, ignorando en palabras pero no en miradas pícaras ni en gestos de coqueteo al repartidor de cartas, quien como buen actor, se destacaba aparentando no saber quién era ella, mientras que esta, sonriente, acompañaba las apuestas que hacía con una que otra copa de vino.

Ahora bien, lo verdaderamente curioso de todo, era que la mayoría de las veces que ella se sentó ahí, en esa mesa, ganó. Evidentemente, había algo entre estos dos, las miradas que se hacían, más los gestos, corroboraban lo que el abogado había dicho. A pesar de ello, con un instinto digno de admirar, los detectives notaron que el asunto iba más allá. Para ese entonces, ellos estaban observando a una pareja de estafadores en plena acción, haciéndoles especular a modo de morbo que, quizás, esos gestos y esas miradas de coqueteo no eran más que parte de un lenguaje secreto que habían desarrollado.

No obstante, aunque el hecho de que ellos habían sido pareja era irrelevante, en algunas de las grabaciones que los investigadores vieron esa tarde, pudieron observar a Richard y a Josephine adentrarse discretamente en uno de los baños de damas, donde llegaron a estar alrededor de

quince minutos. Sin embargo, lo que sí tenía relevancia para los investigadores, era la singular y destacada suerte que acompañaba a la señorita casi todas las noches, la manera como ganaba una y otra vez, la emoción que eso generaba entre las personas que la rodeaban, era una racha absolutamente impresionante, con la única diferencia de que algunas veces llevaba puesta una u otra peluca y otras veces no, logrando así el efecto camaleónico que requerían para alcanzar sus objetivos.

Naturalmente, todo lo que los detectives habían visto esa tarde era para pensar de esa manera, aun así, en conjunto decidieron poner en marcha un improvisado plan, el cual llamaron: “plan descarte”, se trataba básicamente de escoger al azar algunas de las caras más recurrentes del sitio, para así analizar cuánto ganaban y cuánto perdían, en comparación con Josephine.

Desafortunadamente para los empleados de seguridad que se encontraban ahí esa tarde, los resultados del “plan descarte” despertaron más suspicacia entre los efectivos y también entre los apoderados del casino, de manera que las impresiones de ellos en ese momento no solo fueron de asombro, también parecían tener un poco de amargura e inevitablemente, en un arrebato de rabia y frustración, ambos, tanto Mijail como Vladimir, drenaron su molestia con los empleados que se encontraban en la habitación, siendo el jefe de seguridad, el señor Tony Buccarello, quien se llevara la peor parte, ya que fue despedido delante de todos por incompetente.

Pese a la tensión que se generó en el sitio, la cual se podía rebanar en julianas, los investigadores evitaron inmiscuirse, siguieron observando detenidamente los videos, encontrándose cada vez con más detalles hasta que se encontraron con algo. En esa ocasión, lo que les llamó la atención fue ver a la víctima y al repartidor de cartas subirse a un auto en el estacionamiento, por lo que detuvieron la cinta, pero rápidamente supieron que no se trataba del auto de Richard, puesto que uno de los dueños del casino, específicamente Mijail Petrov, lo aclaró apenas la detuvieron: *ese no es el auto de Richard, debe ser el de ella... él tiene un auto viejo*. Por lo tanto, los detectives hicieron a la brevedad un par de llamadas para averiguarlo, confirmando que, en efecto, no era el auto de él, sino el auto de la víctima, un Honda Civic rojo del año.

Aunque en varios de los videos a ambos se les vio irse juntos, en más de una ocasión estos dos no se dirigían hacia ningún lado, solo entraban al auto para tener relaciones sexuales ahí como una especie de fetiche. Desafortunadamente, los investigadores nunca pudieron saber hacia dónde se dirigieron las veces que salieron del sitio juntos, ya que las cámaras de seguridad del casino solo llegaban hasta el estacionamiento. Aun así, se aseguraron de revisar todas las cintas, lo cual terminó siendo casi a las ocho de la noche.

No obstante, antes de que los detectives se retiraran del casino, fueron citados por los simpáticos dueños a su oficina, donde los esperaban con rosquillas y café. Una vez en esta, Vladimir los invitó a ponerse cómodos y tomar del aperitivo mientras que con una extensa sonrisa les decía: *una de las cosas que más me gusta de este país, después de los hot dogs y las mujeres, son las rosquillas con café, se pueden comer a cualquier hora, sírvanse las que gusten...* Rápidamente, el jefe Jim Doggett ignorando lo que ahí se hallaba servido, interrumpió preguntándole: *¿en qué le podemos servir, señor?*

Y Mijail tomó la palabra, respondiéndole: *nosotros sabemos que ustedes están cansados, ha sido un día largo y quizás estén deseosos de llegar a sus casas, pero necesitamos preguntarles algo antes de que se vayan.*

A lo que el detective, asintiendo con la cabeza respondió: *no hay problema, señor Petrov, pregunte lo que quiera*. Y sonriente, con mucha amabilidad, el ruso le contestó: *puede llamarme*

Mijail, si gusta. Haciendo que el detective inevitablemente sonriera, correspondiéndole al ruso de la misma manera: de acuerdo, Mijail, usted también me puede llamar por mi nombre si lo desea, pero dígame, ¿qué es lo que quiere saber?

En eso Mijail se acomodó en su silla y sin tapujos le comentó: bueno, Jim, resulta que, como apoderados del casino, es necesario para mi socio y para mí tener la plena seguridad de que este problema no manchará nuestra reputación y que nuestra imagen permanecerá intacta. Lo que haya hecho el señor Preston con esa mujer no tiene nada que ver con nosotros, y lo que hagan ustedes con él a nosotros no nos mortificará. Por lo tanto, queremos manifestarles que estamos decididos a mantenernos al margen de la situación y brindarles toda la ayuda que ustedes requieran para la resolución del caso.

Y con tono de sorpresa el detective Doggett exclamó: ¡¿acaso no le molesta que estos dos extrajeran dinero de su casino?! Ellos los engañaron. Y mirándolos fijamente les dijo: de verdad, yo estaría furioso y hasta intentaría recuperar el dinero.

Pero los rusos se miraron y sonrieron para sí mismos, como con gracia. Entonces Vladimir, ágil y sagaz como siempre, tomó la palabra diciendo: bueno, Jim, las cosas hay que tomárselas con calma, como reza el dicho: “lo que es del cura va para la iglesia”. Además, para eso están ustedes. La justicia está en sus manos, no en las nuestras... si la señorita Josephine estafó nuestro casino, y si el señor Preston la mató a ella, nosotros sabemos que ustedes harán lo correcto. De igual manera, ella está muerta y ustedes dicen que el dinero quedó en manos de un abogado, así que hagan lo que tengan que hacer y no se preocupen por recuperar nada, mi estimado Jim, que nosotros manejamos mucho más dinero del que ellos pudieron habernos quitado. Lo que sí nos interesa es mantener nuestra imagen intacta, ¿podemos contar con eso?

Y sorprendido por la inesperada respuesta, aunque en consonancia con ella, el detective le respondió: los entiendo, y no se preocupen que nosotros seremos discretos con el caso, el nombre de su empresa solo aparecerá en nuestras notas personales, ¿está bien?

En ese momento, Mijail volvió a tomar la palabra: pues, en nombre de mi socio Vladimir y de este humilde servidor, le agradecemos la discreción... cuando gusten, acérquense hasta acá que serán bien recibidos, siempre habrá rosquillas y café para nuestros amigos y por cierto, no necesitan de una orden judicial para entrar, siéntanse como de nuestra familia. Dando así por concluida la visita.

No obstante, los detectives salieron del sitio con una sensación de confusión, al parecer, la víctima tenía una personalidad totalmente diferente a como la habían descrito sus familiares y amigos más cercanos. Llevaba una doble vida, en una era una contadora responsable, seria, familiar y amorosa. En la otra era una mujer lujuriosa y llena de vicios, la cual había estafado a un casino. Sin duda alguna, era una vida digna de ser ocultada. De igual manera, había que averiguar más.

Para ese entonces, los detectives tenían en su poder una serie de evidencias que más adelante les aclararían todas las sospechas que venían germinando. Sin embargo, para poder avanzar en el caso, ellos necesitaban hablar un poco más con el abogado, además de revisar las cuentas y bienes que él tenía con la señorita Callahan, así como también chequear los documentos que lo hacían apoderado y testafarro de ella, por lo que decidieron poner marcha hacia el Imperial State, donde se encontraba el despacho del señor Smith.

Afortunadamente para los detectives, el abogado se encontraba desocupado. Como ya era costumbre, colaboró con ellos, suministrándoles todo lo que requerían para su investigación, como estados de cuentas, títulos de propiedades y contratos.

En cuanto a las cuentas, no había indicio de nada, al igual que con los bienes, todo era absolutamente legal. La sorpresa se la llevaron cuando al leer el contrato que lo hacía testaferro y apoderado de la señorita evidenciaron manipulación, parecía estar amañado el documento, sobre todo por una cláusula en la que había algo que no podía ser ignorado, esta rezaba así: "... en caso de ausencia temporal por motivo de viaje, desaparición física por secuestro, enfermedad o muerte, queda a disposición plena y absoluta del ciudadano doctor Andrew Corbin Smith Hayes, todos los bienes, negocios y cuentas adquiridas con la ciudadana Josephine Eileen Callahan..." despertando, inevitablemente, más sospechas entre los efectivos, quienes para ese entonces contenían el imperioso deseo de apresarlo y llevarlo a la sala de interrogación para aplicarle una que otra técnica secreta, de esas que solo ellos (los policías) sabían aplicar y que, de seguro, lo harían hablar.

Era una cláusula que sin duda alguna favorecía al abogado, por lo que el jefe del Departamento de Homicidios, Jim Doggett, decidió intervenir con algunas preguntas: *señor Smith, usted sabe que nosotros solo hacemos nuestro trabajo, así que, de antemano, me excuso por las preguntas que le haré. Primero que nada, ¿cómo fue que se conocieron usted y la señorita Callahan?*

Entretanto el detective terminaba de formular su pregunta, el abogado con aires de grandeza, sentado en su lujosa silla, se acomodó el saco y la corbata para luego responder: *no hay problema, oficial, yo la conocí a través de mi amigo Richard, ¿por qué?*

Tan crudo y directo como él mismo, el jefe replicó: *acá las preguntas las hacemos nosotros, ¿le queda claro eso?* Haciendo enfadar al abogado, quien conteniendo la molestia, se volvió a acomodar la corbata, entonó la garganta y consintió la sentencia con educación, respondiéndole: *desde luego, oficial, disculpe mi insolencia.*

Así que el detective continuó con sus preguntas: *a ver... acláreme una cosa, señor Smith. Pero de inmediato el abogado intervino diciendo: doctor Smith, por favor. El detective sonriente y sin quitarle esa mirada intimidante que solía aplicarle a algunas personas continuó: de acuerdo, doctor Smith, conteste a mi pregunta, ¿qué relación guarda usted con el señor Preston? Y... ¿cómo fue que se conocieron?*

El abogado respondió: *bueno, déjeme contarle: yo a él lo conocí por mi esposa Amanda. Ellos estudiaron en la misma universidad hace más de una década, fueron compañeros de clases un par de años, y aunque él nunca se graduó, su amistad con nosotros se hizo bastante sólida, sigue intacta hasta el sol de hoy. En sí, somos viejos amigos.*

Aunque el abogado siempre mostró buenas intenciones y disposición para colaborar, el jefe Jim no creía mucho en él. En ese momento se quedó fijamente mirándolo, con el ceño fruncido, como si dudara de su palabra, hasta que continuó: *acláreme algo, doctor, de casualidad sabe usted ¿a qué se dedicaba antes el señor Preston y a qué se dedica hoy en día?*

—*Bueno, la verdad es que él siempre llevó una vida liberal. Le gustaba la noche. Trabajó de mesonero en varios restaurantes, hasta que encontró un mejor empleo en el casino Golden Coin donde ya tiene algunos años, no sabría decirle cuántos, pero sé que son varios.*

A pesar de que las respuestas del abogado parecían tener concordancia con la información que los investigadores manejaban, el detective seguía dudando de él, y continuó: *muy bien, ahora, en cuanto a Callahan, y espero que sea honesto con nosotros, ¿qué relación era la que guardaban Richard y ella?*

En eso el abogado volvió a acomodarse en su silla, no parecía intimidarse por nada, sino más bien se le veía bastante dispuesto a colaborar, y le respondió: *bueno, oficial, hasta donde sé,*

ellos se conocieron en el casino donde trabaja Richard, mismo que ella visitaba con frecuencia. Poco después terminaron siendo novios o amantes, la verdad es que nunca supe qué eran ellos exactamente, porque mantenían su relación en secreto, pero de que tenían algo, tenían algo. Pero Joseph era una persona extremadamente reservada, y nunca quiso que se supiera nada sobre su relación y mucho menos sobre su adicción a las apuestas, eso es todo lo que les puedo decir, oficiales.

Y sin perder el tiempo, el detective arremetió con otra pregunta: *¿qué razones tendría Richard para asesinar a Josephine?* Haciendo que el abogado se alterara un poco y en consecuencia exclamara: *¡Ninguna, por Dios!... ¿Cómo puede decir eso? Richard puede ser lo que sea, pero jamás un asesino, él no sería capaz de hacer algo así. Él, de verdad, la quería mucho.*

Pero el detective continuó con la arremetida: *y en cuanto a usted... ¿tendría algún motivo para hacerlo?* A lo que el abogado respondió con un poco más de calma: *oficial, yo sé que sus sospechas apuntan hacia mí, y los entiendo, sin embargo, ¿cómo voy a asesinar al amor de mi amigo? Lo que había entre ellos era extraño... singular, por llamarlo de alguna manera, porque se trataba de dos personas completamente distintas, pero lo que tenían era de ellos y a mí nunca me importó lo que hicieran. Además, yo soy un abogado exitoso y gano suficiente dinero como para ostentar ilícitamente más, y mucho menos, asesinando a alguien, alguien que nada más ni nada menos era el amor de mi mejor amigo.*

Incrédulo, el detective siguió con el interrogatorio: *entonces, doctor Smith, acláreme una cosa más, ¿Richard Preston fue quien lo recomendó a usted para que se hiciera el testaferrero de Callahan?*

—*Exacto. Fue Richard quien le sugirió la idea y ella estuvo de acuerdo, ya que había acumulado bastante dinero que, de hecho, mantuvo guardado en su departamento, así que lo pusimos en algunos bienes raíces y cuentas internacionales.*

Aunque la respuesta era coherente, el detective continuó con sus inclementes e incómodas preguntas: *de acuerdo, doctor Smith, pero tengo una duda más, y es que, con tantos abogados que hay en el Estado, ¿por qué tendría que ser exactamente usted? Es decir, ¿cuál fue la razón exacta para que fuera usted? Ese dinero lo pudo haber guardado otro abogado en su lugar.*

Logrando, inevitablemente, un recrudescimiento del rostro del abogado, quien recostó sus codos a la mesa en un intento por acercarse más al detective, contestándole de la siguiente manera: *interesante pregunta, oficial. Déjeme contarle: Joseph tenía años en esto, las apuestas eran lo suyo, ella sabía jugar y tenía mucha suerte, aunque algunas veces perdía, de hecho, hubo una vez en la que llegó a perderlo casi todo, pero tenía un instinto admirable y en esa ocasión se levantó rápidamente. De ahí en adelante, fue casi indetenible, supo siempre donde poner sus fichas, así que su dinero comenzó a crecer rápidamente. En cuestión de meses tenía más de un millón de dólares en su casa, por lo que mantener una discreción con respecto a eso era complicado, sabía que debía poner ese dinero en manos de alguien discreto y de confianza. Yo sabía de ella por lo que Richard me contaba, y ella sabía de mí porque él le hablaba a ella de las cosas que nosotros hacíamos. Aunque no nos conocíamos en persona, de alguna manera nos conocíamos, así que nos reunimos una vez en la casa de Richard, y acordamos hacerlo. Ella siempre estuvo de acuerdo.*

Pero el detective y jefe, bajo el efecto del escepticismo, casi que ignorando las respuestas del abogado, prosiguió con su interrogatorio: *Entonces, ¿todo el dinero que ella obtuvo, lo obtuvo solo de las apuestas?*

A lo que el abogado respondió con brevedad: *exactamente, como le había dicho anteriormente, ella sabía muy bien lo que hacía. Y no solo eran maquinitas, oficial, ella también jugaba cartas, dados, hacía apuestas deportivas y le encantaban las carreras de caballo.* No obstante, a pesar de las respuestas del abogado, el escepticismo del detective, intacto, lo seguía motivando a continuar con sus preguntas: *¿usted, de casualidad, sabía si ella tenía enemigos o algo por el estilo?*

—*No, jamás supe que tuviera enemigo alguno, a menos que en el casino se haya metido en problemas. A lo mejor el casino tiene algo que ver con esto. Yo creo que deberían apuntar hacia otro lado.*

Pero el detective no se quedó atrás con el comentario y le replicó: *¿acaso está usted diciendo que alguien del casino o los mismos dueños del casino pudieron haber asesinado a la señorita Josephine?*

—*No lo sé, oficial, solo estoy especulando... pero si yo fuera ustedes, investigaría a los dueños del casino. La mayor cantidad de dinero que ella acumuló este año fue de ahí.*

En ese momento, para el detective y jefe el interrogatorio había llegado a su final, así que salió del despacho del abogado sentenciando: *de acuerdo, doctor Smith, con esto es suficiente, nosotros nos vamos a retirar, pero le recomiendo que no se comunique con el señor Preston porque lo vamos a estar vigilando... A los dos. ¿Ok?*

Y con los aires característicos del arrogante que se cree intocable por estar en la cúspide del status, el abogado se mostró desentendido ante la sentencia. Con cara de victorioso se levantó de su silla al tiempo en el que se abotonaba el saco, miró a los detectives y les dijo: *oficiales, cuando encuentren al responsable, ¿me lo podrían hacer saber? Es solo por curiosidad... soy abogado y me gusta saber cómo terminan los casos.*

En eso el detective Doggett, asintiendo con la cabeza mientras se retiraban del sitio, le dijo: *estoy casi seguro de que pronto lo sabremos todos.*

Aunque la visita había sido incómoda, fue fructífera, la declaración del abogado tenía coherencia, daba la impresión de que decía la verdad, pero a medias. La cantidad de dinero que Joseph poseía, sumado a los bienes que previamente había adquirido, alcanzaba los casi dos millones de dólares, definitivamente dignos de envidia y apetencia como para cometer un crimen como el que les estoy narrando.

Cualquier persona con ambiciones oscuras y perversas caería ante tal tentación, por lo tanto, la suspicacia de los detectives los llevó a considerar la hipotética, pero casi concreta idea de que se trataba de un crimen planificado entre el abogado y el repartidor de cartas. La pregunta era: *¿Quién la mató?* Era momento de poner de lado al abogado Andrew Smith y dirigir su atención hacia el señor Richard Preston.

Así que después de una breve búsqueda en la base de datos, los detectives lograron dar con los datos personales del sospechoso, tales como dirección actual de vivienda, cuentas bancarias, algunas multas de tránsito por pagar, adquisición de bienes y servicios, entre otros. De manera que ellos no solo sabían dónde encontrar al repartidor de cartas, sino que también sabían más cosas sobre él, como por ejemplo, que sus padres estaban jubilados y llevaban una vida tranquila en una modesta casa en un conjunto residencial privado. (Lamentablemente, él tenía alrededor de dos años que no los visitaba).

No obstante, los detectives conscientes de lo que estaban haciendo, pusieron orden en su investigación, por lo que planificaron visitar, en primer lugar, a la señora Katherine Callahan quien fuera la madre de la señorita Josephine, para luego visitar a la señora Amanda Smith,

esposa del abogado Andrew Smith, dejando de último, y no por menos importante, al repartidor de cartas, Richard Preston, a quien de inmediato se le asignó un policía encubierto para que lo vigilara.

TRES DÍAS ANTES: MIÉRCOLES 8 DE NOVIEMBRE DE 1995

La jornada laboral había sido ardua, entretenida para los amantes de los números, estresante para quienes no lo eran, afortunadamente para Josephine, los números eran lo suyo. Esa tarde, luego de organizar sus cosas procurando como siempre dejar su área de trabajo despejada e impecable, ella fue una de las primeras en salir de la oficina. Apenas el reloj marcó las seis de la tarde, ella automáticamente se levantó de su puesto, despidiéndose en voz alta de sus compañeros: *hasta mañana, descansen.*

Salió con el profundo deseo de llegar pronto a casa e imaginándose cómo sería el evento en cuestión, seguramente quitándose los zapatos, arrojándolos uno a un lado y el otro al otro, junto con la blusa, y desde luego, sacándose el sostén, encendiendo la tele y preparándose algo para cenar. Eso era lo que pensaba al bajar al estacionamiento donde tenía su auto, sin saber que de nuevo su “amigo”, el repartidor de cartas, aguardaba por ella a un costado del vehículo, ocasionándole un tremendo susto que la hizo instintivamente gritar, manifestando de inmediato su molestia: *¡por Dios, qué susto! ¿Por qué siempre tienes que aparecer así? ¡Qué necio eres! ¿Ahora es en el estacionamiento donde me vas a esperar?*

Pero el repartidor de cartas soltó una carcajada e intentó mediar la situación: *perdón, Joseph, solo quería jugarle una broma, no te molestes... Hoy sí tengo ganas de comer algo, y pienso llegar tarde al trabajo, así que te quería proponer que fuéramos a tu departamento y nos prepararíamos algo de comer allá, pues me gustaría que habláramos, tengo cosas que contarte.*

Rápidamente ella bajó la guardia, respondiéndole mientras abría el auto: *está bien, pero a mi departamento ni en broma, mejor vamos a un restaurant chino del que me hablaron hace poco, ¿te parece?*

—*¡Me parece!* Respondió Richard con entusiasmo.

Así que se subieron al auto, dando marcha hacia el restaurant chino. Los primeros minutos transcurrieron en silencio absoluto, la radio estaba apagada, ella miraba al frente y él por la ventana. No era un momento incómodo mas sí desalentador, de manera que, casi como por instinto, Josephine interrumpió la tranquilidad del viaje. A modo de romper el hielo y con la gracia que la caracterizaba, giró su cabeza en dirección a su amigo y le dio una palmada en el muslo, preguntándole de una vez: *y entonces... ¿para cuándo planeas hacer tu viaje?*

Logrando capturar así el interés en él, quien luego de sonreír por la palmada, dirigió la mirada hacia ella, respondiéndole: *para dentro de dos semanas. Quería irme antes, pero debo hacer algo primero. De hecho, hoy compré el pasaje.*

Pero ella, mirándolo fijamente le respondió: *¿no será más bien que hay una verdadera razón por la cual quieres salir del país?* Agregando entre risas lo siguiente: *no lo tomes a mal, pero te conozco. Además, me parece demasiado apresurado, no sé si de verdad estás planificando esto con tiempo, ¿tú lo pensaste bien?*

En eso, él la miró como si contemplara con ternura su inocente ignorancia, y luego le respondió: *tengo meses planificando todo, no sabes la ansiedad que tengo, hasta me sudan las manos y se me acelera el corazón cada vez que lo recuerdo, porque haré algo que nunca en mi vida había hecho.*

Con la inocencia por delante, ella continuó con la conversación preguntándole al instante: *¿y a dónde piensas viajar primero?*

—*A Rusia. Tengo un amigo allá que es ingeniero, me va a recibir en su casa y me mostrará algunos lugares que según él son hermosos. Y como si de ganarse la lotería se tratara, ella exclamó: ¡Qué bueno que tengas a dónde llegar! ¡Así te ahorras el hotel! Y entre risas él le respondió: ¡verdad! Así me ahorro un poco de dinero...*

Pero ella rápidamente tomó la palabra agregando: *¿sabes? No está mal aceptar ayuda, así sea un mueble en una sala, siempre hace falta esa mano hospitalarita. Mi mamá siempre dice que la humildad es la más grande de todas las virtudes.*

Por lo que Richard comentó: *pues, tu mamá es una mujer muy sabia, qué lástima que no la conocí. Haciendo que Josephine respondiera entre risas: bueno, no creo que le hubieses agradado. Agregando inmediatamente: ella es demasiado conservadora, es de esas señoras que van a misa todos los domingos, medio anti fiesta, pero muy amorosa, la mejor madre de todas.*

En eso Richard la interrumpe preguntando: *y... ¿de verdad tú crees que no le hubiese caído bien a tu mamá? ¿Tan mala persona soy?*

Ella soltó una carcajada y le respondió con mucho cariño: *no lo tomes a mal, pero de verdad ella es demasiado selectiva con la gente, te hubiese tratado bien, con educación y amabilidad, pero no hubieses entrado nunca en su círculo de amistad.*

Afortunadamente para Joseph, justo en ese momento acababan de llegar al restaurant, un momento que definitivamente no podía ser más oportuno, así que ella cambió de tema, exclamando con alegría: *¡acá es, ya llegamos! Y... ¿Qué te parece el sitio?* Le preguntó mientras aparcaba. Haciendo que él comentara: *pues, tiene una linda fachada, parece bueno y lo mejor de todo es que está bastante lejos de tu casa y de la mía.* Por lo que ella sonriendo le respondió: *¡Exacto!*

No obstante, cabe destacar que esa no era la primera vez que ellos salían juntos, en realidad, fueron muchas las veces que lo hicieron, pero con prudencia, manteniendo siempre una cierta discreción.

En tal sentido, dejaron el auto en el estacionamiento y caminaron esos escasos metros que había de ahí hacia la entrada del restaurant, emocionados por conocerlo, su elegancia era distintiva, la decoración, los colores rojos, negros y dorados por todos lados, tanto en su interior como en el exterior, además de las espectaculares matas de bambú que en la entrada le daban la bienvenida a los comensales, eran un espectáculo previo a la cena, así que la pareja terminó de entrar, lentamente, mientras observaron con detalle el sitio para decidir la mesa en la que se acomodarían.

Rápidamente, ordenaron algo de tomar y conversaban sobre cosas cotidianas, algo de política, deporte, hasta farándula. Esa noche decidieron por unanimidad sacar provecho de la circunstancia para actualizarse con varios temas.

Al cabo de una hora y dos botellas de vino, después de haber degustado una deliciosa cena compuesta por Chop Suey con Pollo Gong Bao más Arrollados Primavera, ambos, satisfechos, salieron del lugar. Richard generosamente fue quien pagó la cuenta, mas no quiso que Joseph correspondiera en agradecimiento llevándolo a su trabajo, por lo que prefirió, mejor, tomar un taxi, así que se despidieron en el estacionamiento del restaurant, quedando pendientes para verse los próximos días, antes de su viaje.

EN LA ACTUALIDAD: JUEVES 16 DE NOVIEMBRE

El inagotable trabajo de los detectives continuaba su curso sin espacio para los desprevenidos. La mayoría de los efectivos se hallaba en la calle cumpliendo con sus deberes, mientras que el trío de investigadores se encontraba en la oficina atendiendo una inesperada llamada que, inevitablemente, los dejó pensativos por el resto de ese día. Se trataba de una compañera de trabajo de Josephine Callahan, la cual se presentó como Débora Colin.

El motivo de su llamada se debía a que ella tenía un presentimiento y estaba conviviendo con una sensación de inquietud que no podía reservarse. Ella tampoco creía que la muerte de Joseph se tratara de un suicidio y decidió comunicarse con los detectives que llevaban el caso con el objetivo de notificarles algo inusual, según su percepción. Sus palabras fueron las siguientes: *Joseph no era una persona de recibir muchas llamadas telefónicas ni visitas, nunca se le conoció novio, de hecho, jamás vino alguien a buscarla, y solo dos personas la llegaron a llamar al trabajo, una de ellas era su mamá, pero pocas veces lo hacía, y la otra era un tal Richard. No sé quién sea este sujeto, pero cuando él la llamaba, a ella se le notaba que los nervios la atacaban, bajaba la voz y le cambiaba el rostro, cosa que no pasaba ni siquiera con nuestros jefes en los peores momentos. Era demasiado obvio que ese tal Richard ocasionaba un efecto negativo en ella... yo sabía que ella trataba de disimularlo mas no lo conseguía siempre, en ocasiones se le hacía imposible, transpiraba, mordía el lapicero o simplemente se perdía en sus pensamientos, pero nunca le pregunté nada porque ella era muy reservada, aun así, más de uno de nosotros se dio cuenta de ese detalle.*

Además de los nervios y la preocupación, la honestidad también se podía sentir en el tono de voz de Débora Colin, quien sacando provecho de su llamada, manifestó abiertamente su sospecha sobre lo acontecido, con la clara insinuación de que ese tal Richard pudiera tener algo que ver con ello.

De manera que los detectives sumaron la declaración voluntaria de la señorita a lo que ya tenían acumulado. Agradecieron con franqueza ese inesperado aporte a la investigación, y apegados a la agenda previamente establecida, salieron a la calle a cumplir con sus oficios, enrumbándose hacia la casa de la familia Callahan donde esperaban verse con la madre de la víctima, la señora Katherine Callahan, quien vivía en un barrio de clase media al oeste de la ciudad junto con su esposo, el señor James Callahan.

Aunque la casa en la que la Josephine había vivido gran parte de su vida era sencilla, esta resaltaba de las otras que la rodeaban por sus hermosos jardines llenos de flores que insinuaban la calidad de esa familia, además del frondoso árbol que evidentemente les refrescaba el lugar, brindándoles una desinteresada y amorosa sombra a un hogar verdaderamente acogedor y fresco.

Los detectives aparcaron justo en frente, compartiendo entre sí esa desagradable sensación de nervios e inquietud que se manifiesta entre el estómago y el pecho, sabían que la visita sería incómoda, mas no podían hacer nada para evitarlo. Se armaron de valor y caminaron hacia la entrada dispuestos a verse con los padres de Josephine, quienes claramente no se esperaban dicha visita, pero al momento de encontrarse con ellos cara a cara, los detectives notaron con curiosidad que ambos no estaban sorprendidos sino todo lo contrario, se mostraron emocionados por verlos

ahí parados en su entrada, y los invitaron casi inmediatamente a pasar y tomar asiento.

Mientras la señora les preparaba café a los detectives, estos aguardaban con el señor James conversando sobre las fotografías que podían apreciarse en varios espacios de la casa, lo hermosa que era la propiedad y lo bien conservada que se encontraba tanto por fuera como por dentro, haciendo que el señor inevitablemente se enorgulleciera por los halagos recibidos en cuanto a sus logros y buen gusto, hasta que la señora con su delicada gentileza apareció con lo prometido más una bandeja llena de galletas de mantequilla, dispuesta a escuchar lo que ellos venían a decirles.

Sin duda, se les notaba en el rostro la emoción que tenían por la visita, esperando seguramente una buena noticia que les hiciera recuperar un poco más el ánimo. Desafortunadamente para los señores, lo que escucharían esa mañana no era precisamente lo que deseaban escuchar.

En ese momento, la señora se puso cómoda en uno de los muebles de la estancia junto con el resto de los caballeros, quienes agradecidos le acompañaron en la degustación del delicioso café y las galletas de mantequilla hasta que el detective y jefe, Jim Doggett, se dispuso a conversar con los señores: *¡gracias por el café y las galletas, están deliciosas! Casi nunca nos reciben de esta manera.*

En eso la señora interrumpe diciendo: *es que nosotros somos diferentes, nos mueve el servicio, la buena atención y el compartir.* Haciendo que el detective respondiera: *de verdad, no queremos causarles molestias, pero esto es así, las visitas inesperadas también son parte de nuestro trabajo.*

Y rápidamente la señora le respondió: *no se moleste en explicar tanto, oficial, que nosotros sabemos que ustedes están haciendo su trabajo... me imagino que vienen con buenas noticias, ¿cierto?*

Pero antes de ahogarse con el café por lo comprometido del comentario que acababa de escuchar, el jefe del equipo colocó la taza en la mesita que estaba frente a él, retirándose delicadamente de ella, y comenzó a hablarles a los señores: *pues, sí, en efecto, les traemos noticias... crean o no, nosotros hemos estado trabajando día y noche en este caso, casi obsesionados. De hecho, tenemos un par de sospechosos en la mira... y esa es la razón por la que estamos acá, porque tenemos información para compartirlas, y también necesitamos aclarar algunas cosas, así que les haremos algunas preguntas, si ustedes están de acuerdo.*

Por lo que la señora, con mucha amabilidad le contestó: *por supuesto, oficial, nosotros queremos más que ustedes que esto termine pronto.*

—*De acuerdo.* Respondió el detective, agregando al momento: *pero necesitamos contarles primero algo sobre su hija, algo de lo que probablemente no tengan conocimiento.*

En ese momento, el señor exclamó: *¿algo sobre Josephine?! E inmediatamente, puso también su taza en la mesita con una actitud medianamente defensiva, quizá por tratarse de su hija, no obstante, el detective, alto experimentado en estos casos, supo continuar con la conversación: sí, señor, sobre Josephine, pero no nos apresuremos en nada y tomémonos todo con calma, en este momento necesitamos estar calmados, serenos, para que las cosas fluyan... verán, hemos estado trabajando incansablemente. La investigación nos condujo hacia un abogado de nombre Andrew Smith, ¿ustedes lo conocen?*

Pero el señor James picó adelante respondiendo: *no, para nada, yo nunca había oído sobre él.* Y con la confusión marcada en su cara, dirigió su mirada hacia su esposa, preguntándole: *y tú, mi amor, ¿habías escuchado sobre él?* Ella con el ceño medianamente fruncido giró su cabeza de un lado al otro, en señal de negación.

Inmediatamente, el detective tomó el mando de la conversación: *bueno, señor y señora*

Callahan, resulta que este abogado era testaferro y apoderado de su hija. ¿Ustedes sabían que ella tenía dinero y algunos bienes? Ocasionalmente una reacción compartida entre los esposos, quienes un tanto pálidos y medianamente confusos ante lo que estaban escuchando, exclamaron: ¡¿Que Josephine tenía dinero y bienes?! Pero... ¿de dónde? Y... ¿cómo puede ser eso posible? Ella jamás nos contó nada. ¿Está seguro de lo que está diciendo? Respondiendo el jefe con firmeza y seriedad: afirmativo, nosotros tenemos copias de todos los documentos, las declaraciones del abogado y algo que, de verdad, se nos hace difícil contarles...

—¿Algo como qué? Preguntó a la brevedad el señor.

Haciendo que el detective se acomodara en el mueble y le dijera: déjenme hacerles un par de preguntas primero, a los dos: ¿alguna vez notaron algo extraño en Josephine? No sé, quizás, en su comportamiento... ella, de casualidad, ¿tenía algún tipo de relación amorosa con alguien?

En eso la madre respondió: no, oficial, para nada. Josephine estaba soltera. Ella siempre fue responsable con todo y dedicada a su trabajo. Le gustaba la soledad. Era una buena hija y también amiga, muy querida por todos. Jamás llegamos a notar algo extraño en ella, siempre mostró una sola cara. Ahora, por favor, ¿qué es lo que tiene que decir?

Y el detective respondió: verás, el doctor Smith es un abogado quien por alguna razón terminó siendo el testaferro y apoderado de su hija, ya que ella tenía algo de dinero acumulado y quería esconderlo entre bienes y cuentas en el exterior, pero ese es un tema del cual hablaremos más adelante. Lo cierto es que ese abogado declaró que su hija era una ludópata y que recurría a un casino ubicado en el este de la ciudad, el Golden Coin. Nosotros no podíamos hacernos eco de su declaración, así que visitamos el sitio con una orden judicial para revisar las cámaras de seguridad, y en efecto, el abogado decía la verdad, ella aparecía ahí. Frecuentaba el sitio. Hacía apuestas casi todas las noches. Obtuvo una ganancia considerable que ocultó con el señor Smith en bienes y cuentas bancarias. ¿Ustedes sabían algo?

Al oír esto, la madre de Josephine, conteniendo las emociones que se movían dentro de ella, le respondió al oficial: no sabe cuánto me cuesta creer lo que me está diciendo, oficial, pero sé que no nos está mintiendo. Yo parí a esa mujer, la crié, la conocía como a la palma de mi mano, y eso que ustedes dicen... me cuesta demasiado trabajo aceptarlo como verdad...

Pero de inmediato el detective Valentine, táctil como siempre, sobrellevó la situación y continuó: entiendo cómo se siente, señora Katherine, pero esa es la verdad. A veces, cuando estamos investigando descubrimos cosas que podemos callar para no lastimar a las familias, pero esta vez no fue así, por eso venimos hasta acá, no solo para contarles sobre este crudo descubrimiento, sino también para ver si ustedes nos podían suministrar algún tipo de información, quizá tengan alguna sospecha de algo...

En ese instante la señora Callahan recordó algo y no dudó en compartirlo con los detectives: bueno, yo tengo algo... no sé si sea importante, pero les voy a contar: cuando me llamaron para darme la mala noticia, primero, no podía creerlo, pero cuando llegué al departamento de mi hija miré detalladamente todo, la sala, la cocina, el comedor... y vi algo que hasta hoy me ha llamado la atención.

—¿Y qué fue lo que vio? Preguntó el detective Valentine. Por lo que la señora respondió: primero que nada, déjeme aclararle algo: Josephine odiaba las alas de pollo y jamás tomaba cerveza. Decía que las alas de pollo y las cervezas eran comida de camioneros. Ella siempre tuvo una inclinación hacia lo refinado y de buen gusto, ustedes vieron como era su departamento, ¿cierto? Pues, así era su personalidad, muy refinada... a ella le encantaba comer sushi y tomar vino, por eso cuando vi esa caja de Mr. Chicken's con alas de pollo y esas

latas de cerveza en la cocina, supe inmediatamente que alguien había estado ahí, y quizás esa fue la persona que le hizo eso. A ella no le gustaban las visitas y no solía llevar gente, además, esa noche las ventanas del balcón estaban cerradas con las ventanillas del aire acondicionado abiertas, pero resulta que a ella siempre, siempre, le gustaba tener las ventanas del balcón abiertas, ustedes vieron las matas que tenía, ella solo mantenía el aire acondicionado en su habitación. Aparte de eso, la “supuesta” carta de despedida que dejó... esa no era su letra y estaba firmada como Joseph, ella jamás se hubiese referido a sí misma de esa manera, a ella le encantaba su nombre. Yo estoy segura de que ella no estaba sola, oficial, se lo aseguro.

En ese instante, el oficial Valentine, con su característico semblante, respondió: *nosotros también creemos lo mismo, por eso venimos hasta acá, para que nos proporcionaran un poco más de información, y eso que nos acaba de decir, le aseguro que nos será de utilidad.* Pero de inmediato, la señora interrumpió con una pregunta: *¿ustedes revisaron las latas de cerveza y esa caja de pollo? A lo mejor ahí había huellas.*

—*Afirmativo, señora.* Le respondió el detective Valentine, continuando con su intervención: *nosotros lo hicimos como parte del procedimiento, pero no se encontraron huellas de ninguna persona en ningún lado, quien quiera que haya hecho esto, se aseguró bien de no dejar evidencias dactilares, pero lo que usted nos acaba de decir, definitivamente es una evidencia que suma.*

Aun así, la señora intuía que algo más estaba por venir y sin tapujos les preguntó a los detectives: *oficiales, si ustedes saben algo más, sea lo que sea, díganoslo, por favor.*

Y de nuevo el detective Eric Valentine intervino en la conversación diciendo: *en realidad, sí falta algo más, señores, y es que en el informe que nos envió la oficina forense, especificaban que las pruebas toxicológicas habían arrojado altos niveles de escopolamina. No sé si ustedes saben qué es, pero esa droga hace que las personas pierdan el sentido y caigan en un sueño profundo, haciendo que no sientan nada... de manera que su hija estaba dormida antes de morir. Así que es muy probable que si sea cierto que el pollo y la cerveza hayan sido patrocinados por el propio culpable.*

Inevitablemente, hubo un segundo eterno en el que la cara de los padres de Josephine era de sorprendidos, ambos se llevaron las manos a la cara, tapando medianamente su boca y nariz, aun así, el señor James les preguntó a los detectives: *¿y quién creen que sea el culpable?*

—*Bueno, aún no lo sabemos con exactitud, pero tenemos a dos sospechosos.* Respondió el detective Valentine, y de inmediato la señora preguntó: *¿y quiénes son esos dos?*

En un intento por retomar la entrevista, el jefe volteó hacia ella y le respondió con gentileza: *ellos son: el abogado Andrew Smith y Richard Preston, un repartidor de cartas de un casino.* Aprovechando el momento para preguntarles: *¿ustedes saben quién es ese señor Richard Preston?*

Desafortunadamente, las caras de los señores respondieron por sí solas cuando fruncieron el ceño y se miraron fijamente como corroborándolo, no obstante, ambos dijeron casi al unísono: *¡no, oficial!* Aun así, la señora, curiosa como buena mujer, preguntó: *¿y qué relación tenía ese señor con mi hija?*

—*Al parecer, eran más que amigos, señora.* Respondió el detective Valentine, aseverando al instante: *por un lado, está la declaración del abogado Andrew Smith, quien alegó que ellos eran pareja, y por el otro, nosotros los vimos en las grabaciones de seguridad del casino.*

En ese momento, llevándose de nuevo las manos a la cara, el padre de Joseph exclamó: *¡por Dios Santo! No lo puedo creer.* Pero el detective Jim Doggett, experto en ese tipo de situaciones,

continuó: *es nuestro deber ser honestos con ustedes, no venimos a mentirles, nosotros estamos de su lado y lamentamos mucho que sea de esta manera tan poco ortodoxa como se enteren de las cosas. Les aseguro que daremos con el responsable y lo llevaremos a la cárcel, solo confíen en nosotros.*

En eso el señor James, cabizbajo, comentó: *de acuerdo, oficial.* E inmediatamente, en un gesto que claramente insinuaba la culminación de la visita, el señor se levantó del mueble agregando: *ustedes han sido muy amables por haber venido hasta acá a ponernos al corriente de todo, y les damos las gracias.* Haciendo que los detectives se levantaran casi al instante, agradeciendo la hospitalidad mientras se ajustaban los botones de sus sacos, dispuestos a retirarse.

De esa manera, los oficiales se dirigieron a la jefatura, conmovidos por la desagradable e injusta experiencia que estaba viviendo la familia Callahan. Era obvio que esa familia no lograría concebir tal información. Solo imaginen cuán complicado podría ser para una persona que después de tener una impecable imagen de alguien a quien ama a ciegas con el alma y el corazón, aparezca un tercero, casi extraño, y en cuestión de un segundo la derrumbe, pero no con una historia irreal, prefabricada, fantasiosa, a modo de chisme malicioso que nunca falta, sino más bien con una historia verdadera, de buena fuente y con evidencias.

Lo más razonable hubiese sido guardar el secreto entre ellos para dejar que la imagen de pureza perdurara en el recuerdo de su familia y seres queridos como lo más hermoso, pero el caso no daba para ocultar nada, sino todo lo contrario, había que despejarlo de dudas y desentrañarlo, por lo que era menester notificarle a los señores sobre esos recientes acontecimientos. En tal sentido, mientras los detectives hacían el recorrido de regreso a la oficina, el compañero fiel del jefe, Eric Valentine, comentó: *tenemos que visitar al repartidor de cartas lo más pronto posible.*

Ante esto Jim, el jefe, respondió con seriedad: *a veces hay que dejar que las ratas se sientan en libertad para poder atraparlas. Además, tenemos nuestra agenda. Lo que haremos ahora será visitar a la esposa del abogado, aprovechando que el doctorcito no se encuentra en casa, y después vamos por el repartidor de cartas.*

Inmediatamente, tomaron rumbo a la casa de la familia Smith sin mirar atrás, decididos a terminar con el caso. La idea era tomar a la esposa del abogado por sorpresa, desprevenida, hacerle un par de preguntas y listo. Desafortunadamente, en el trayecto se descompuso el novato Jeremy Scott, mostrando nuevamente síntomas de malestar estomacal, por lo que el jefe Jim rápidamente tomó la decisión de desviarse del camino, deteniéndose en una estación de servicio para que su compañero hiciera uso del baño, no sin antes decirle a modo de broma: *hijo, lo mejor para la diarrea es el papel higiénico, así que asegúrate de que haya.*

Al cabo de un rato, el decaído compañero de los detectives manifestó sentir un poco de mejoría, sin embargo, el jefe le recomendó que guardara reposo, por lo que se ofreció a llevarlo a su casa, aunque este, tan terco como una mula, decidido a cumplir con sus obligaciones, se negó una y otra vez. Sus compañeros respetaron su decisión y pasaron primero por una farmacia para comprarle algunos medicamentos, ya que sería la única manera de que continuara con ellos.

En tal sentido, cuando tenían la situación estomacal controlada, se dirigieron al sitio. Una urbanización privada de nombre Stamford Hills ubicada al este de la ciudad, relativamente lujosa, tranquila y silenciosa. Todas las casas eran de dos pisos, con amplios jardines bien podados y llenos de flores. Las puertas al igual que las ventanas se apreciaban sin protectores, un detalle que evidenciaba la seguridad del sitio, pero no fue sino hasta que divisaron la casa del abogado cuando los detectives se dieron cuenta de la ostentosa vida que llevaba.

Justo en frente de dicha propiedad, se alcanzaba a ver desde lejos tres autos aparcados de

espalda al portón del estacionamiento, como si por alguna razón el dueño quisiera exhibirlos, eran dos camionetas 4x4: una Ford Explorer negra y una Range Rover blanca, ambas del año 1995; el tercero era un Ford Mustang Shelby GT350 convertible del año 1976, color rojo, el cual estaba aparcado en la entrada (luego se supo que este le pertenecía a la señora). Todo esto sin contar con el auto que, de seguro, estaba utilizando el esposo de ella ese día.

De manera que una vez aparcado el auto, los efectivos caminaron hacia la puerta para tocar el timbre, cuando de pronto, por mera casualidad salió la señora Amanda, quedándose todos estáticos por un segundo, mirándose a las caras con susto y confusión. Ellos por la sorpresa de que ella abriera la puerta antes de que tocaran, mientras que ella, probablemente preguntándose quiénes eran estos señores y qué hacían en la entrada de su casa, pero el águila cazador de Jim Doggett, tan ágil como de costumbre, tomó la iniciativa y habló primero: *usted debe ser la señora Amanda, nosotros somos detectives de la Policía del Distrito...*

A juzgar por la bolsa de basura que la señora sostenía en su mano en ese momento, definitivamente, se encontraba haciendo oficio hogareño. Ella vestía de una forma muy sencilla, tenía una cola de caballo y llevaba puesta una franelilla blanca con un delantal atado a la cintura que la delataba como una ama de casa común y corriente. Sin embargo, daba curiosidad ver a una mujer, esposa de un abogado reconocido y de muy buena posición económica, ocupándose de los quehaceres del hogar. No obstante, el incandescente anillo que llevaba en su mano insinuaba todo lo contrario a sencillez. Así que desde la entrada, justo desde donde ella se había quedado parada con la bolsa de basura en la mano, le respondió a los oficiales con una pequeña sonrisa de alivio: *wow, sí que me asustaron, no me los esperaba. Y sí, yo soy Amanda.*

En eso el jefe, quien al igual que el resto del grupo tenía su respectiva placa en la mano, continuó con la presentación: *estamos acá por un caso en el que estamos trabajando y su esposo está involucrado, ¿podemos pasar?*

De inmediato la señora, por más que se le notaba cierta confusión en el rostro, les respondió con amabilidad y respeto: *por supuesto, oficial, pasen adelante... pero mi esposo no se encuentra en este momento.*

Pero al instante el jefe le aclaró las cosas: *nosotros sabemos que su esposo no se encuentra, por eso estamos acá, porque queremos hablar con usted, con él ya lo hicimos.* En eso, se acercó a ella y le dijo en un tono más serio: *y es sumamente necesario que entienda: requerimos de discreción absoluta y honestidad, ya que usted podría tener cargos por obstrucción de información y fácilmente podría terminar tras las rejas... pero yo sé que es inteligente y hará lo correcto.*

A pesar de la sentencia del jefe, la señora permaneció tranquila, asintió con la cabeza en señal de aprobación y le dijo: *aunque no entiendo qué es lo que está pasando, entiendo perfectamente todo lo demás. ¿Les gustaría algo de tomar antes de empezar?*

Y sin dar tregua, el jefe agradeció diciendo: *es usted muy amable, pero estamos apurados.* Comenzando así con la entrevista: *señora Amanda, el nombre de Josephine Callahan ¿le es conocido?*

En ese momento la señora respondió, pero no de la manera esperada, sino más bien con irritación y celos, como si la pregunta la hubiese ofendido: *pues, no, no conozco a ninguna con ese nombre... ¿acaso esto se trata de alguna de las amantes de Andrew? Porque si es así, créanme, no me interesa nada de lo que tengan que decirme o preguntarme.*

Con rapidez el detective Doggett intervino para aclarar las cosas: *no es lo que usted está pensando, señora Amanda, esta persona de la que le estoy hablando era una cliente de su*

esposo, solo eso, ahora bien, ¿conoce usted a Josephine Callahan, sí o no?

—*¡No, oficial!* Respondió la señora. Y rápidamente, Eric Valentine le preguntó: *y que me dice de Richard Preston, ¿lo conoce a él?*

Y la señora respondió con inocencia: *¡sí, claro que lo conozco! Desde hace años, desde la universidad.* Hasta que entró en razón y preguntó con una cara de susto y preocupación: *¿por qué, oficial?, ¿ocurre algo?*

En ese momento, el jefe se acomodó en el mueble donde se encontraba y le respondió a la señora Amanda: *como le dije, nosotros estamos investigando un caso en el que está involucrado su esposo y aparentemente el señor Richard, por lo que le pedimos encarecidamente sea honesta, ya que todo lo que nos diga está siendo registrado, ¿está consciente de ello?*

Y como quien dice “el que no la debe, no la teme”, ella respondió: *sí, oficial, claro que estoy consciente de todo.*

Desde ese momento, la señora colaboró y respondió a todas las preguntas que le hicieron.

—*¿Y qué relación tiene su esposo con el señor Richard?* Preguntó el jefe. A lo que ella contestó: *bueno, aunque Richard estudió conmigo, él parece ser más amigo de mi esposo, quizá sea por el hecho de ser hombres. Ambos comparten los mismos gustos, salen juntos, se cuidan las espaldas, a lo mejor y comparten mujeres también.*

Pero el detective Valentine interrumpió con una pregunta más: *¿hace cuánto tiempo está casada usted con el señor Smith?*

Y la señora, un tanto sorprendida por la pregunta, respondió: *bueno, oficial, la verdad es que nosotros estamos casados de la puerta para afuera. Adentro las cosas son diferentes... aunque vivimos juntos en la misma casa, dormimos en habitaciones separadas. Hace tiempo que entre nosotros no hay nada... pero en respuesta a su pregunta, llevamos alrededor de ocho años casados.*

—*De acuerdo, señora.* Respondió el oficial, preguntando inmediatamente: *¿usted tiene algún tipo de relación amorosa con el señor Preston?*

Consiguiendo de ella una reacción negativa que se manifestó en su rostro al momento de exclamar con ahínco: *¡por favor, oficial, claro que no! Qué pregunta tan incómoda, pero los entiendo, ustedes no nos conocen y están haciendo su trabajo... verá, Richard y yo solo somos amigos, él y yo jamás llegamos a tener algo, es más, nos vemos como hermanos.*

Pero el semblante del detective continuaba sólido como roca, él estaba decidido a indagar, así que le respondió: *lo siento si la ofendí, señora Amanda, pero es mi deber preguntar... así que, si es tan amable, dígame algo más, ¿usted tiene acceso a las cuentas y/o bienes de su esposo?*

Y sin titubeo alguno, ella respondió: *desde luego que sí, boba tampoco soy, nosotros tenemos las cuentas mancomunadas y todos los bienes están a nombre de los dos... por eso él no se quiere divorciar, porque no le conviene, además, él también debe mantener una buena imagen, aparentar ser un hombre con un hogar bien constituido, y con una esposa bonita que le prepare comida y le lave la ropa, pero todo es un teatro, yo ni le lavo la ropa, ni le hago comida a ese mentiroso mujeriego que no se lo merece, que se lo haga él mismo.*

Un tanto sorprendido por la forma de sus respuestas, ya que parecía aprovechar la ocasión para desahogarse un poco, el detective continuó con el interrogatorio: *de acuerdo, señora Amanda, ahora acláreme otra cosa, ¿cuántas propiedades poseen en este momento usted y su marido?*

—*Contando esta casa y que yo sepa, tenemos solo tres propiedades, oficial, porque mi esposo es un experto en el arte de mentir, hay muchas cosas que yo no le creo, y no sé, quizás él*

tenga algún departamento o casa por ahí escondida, hasta con familia incluida, quién sabe... Yo solo le doy fe de lo que sé, y es un departamento en Miami y otro en New York, más nada. Pero los documentos deben estar en posesión de él.

—Está bien, por ahora no hay problema. Respondió el oficial, agregando rápidamente: *pero, dígame algo más, señora Amanda, ¿su esposo es colérico, iracundo, vengativo, o simplemente es un cascarrabias de mal carácter?* Logrando que la señora riera con sutileza ante la pregunta y le respondiera: *es un cascarrabias las 24 horas, se molesta mucho si las cosas no salen como él desea, a veces grita a la gente, de verdad que él es un tanto déspota, pero no sabría decirle bien si es una persona vengativa o no... solo sé que hay que saberlo llevar.*

—¿Él nunca la agredió? Preguntó el detective Valentine, tomando así la batuta en el interrogatorio.

—Bueno, una vez ocurrió algo. Respondiendo la señora, agregando al instante: *ya lo había olvidado... eso fue hace mucho tiempo, apenas teníamos dos años de casados. Fue una noche que llegó pasado de copas. Le pedí que se duchara y se fuera a la cama conmigo, pero él siguió bebiendo. Yo lo dejé un rato, no sé... quizás una hora, hasta que nuevamente le pedí que se fuera a la cama conmigo, y perdió el control, me gritó y cuando le pedí que no lo hiciera, me dio una cachetada.*

—¿Y cuál fue su reacción? Preguntó automáticamente el detective Valentine. Y como si sintiera orgullo la señora contestó de una manera única: *¡me volví loca! Lo grité más fuerte y le regresé la cachetada tantas veces como pude, luego tiré por el excusado todo el licor que había en la casa y tomé el teléfono para denunciarlo a la policía por maltrato, pero Andrew me detuvo y me suplicó que no lo hiciera, eso fue algo que lo asustó bastante porque le hubiera arruinado su carrera. Así que no hice nada y me apiadé, pero me fui a casa de una amiga por varios días, con la esperanza de que el remordimiento surtiera efecto en él, pero él no tiene conciencia ni escrúpulos... así que volví.*

De pronto, el detective y jefe, Jim, interrumpió el discurso de la señora con una pregunta adicional: *de casualidad, ¿sabe si su esposo tiene algún tipo de armamento?*

A lo que ella respondió: *claro que tiene una, pero no sé qué marca es, solo sé que es gris o plateada... y no sé si esto les sea de interés, pero Andrew iba mucho al polígono de tiros con Richard. A ellos les gustan esas cosas, al igual que la cacería y la pesca.*

En eso, el jefe del equipo le preguntó: *¿usted alguna vez descubrió a su marido en algo extraño, ilegal, fuera de lo común, o lo notó con alguna actitud sospechosa?* Haciendo que la señora se quedara mirándolo fijamente, como ida, hasta que sacudió su cabeza en un intento por estabilizar sus pensamientos y le dijo: *bueno, es una pregunta un tanto incómoda y no sé ni por dónde empezar.*

Pero el detective Valentine intervino con las siguientes palabras: *lo que sea que tenga que decirnos, por más que le cueste hacerlo, es mejor que lo haga, además, eso quedará solo entre nosotros.* Entonces, ella comenzó: *recuerdo cuando descubrí que tenía una amante, lo recuerdo por su eterna actitud sospechosa, y porque su personalidad cambió considerablemente. Llegó un punto en el que ya parecía otra persona, estaba distante conmigo, siempre a la defensiva o evasivo, así que lo seguí varios días, hasta que descubrí que no era una sino tres las amantes que tenía, por eso estamos separados. Y él, hasta el día de hoy, sigue siendo la misma persona distante, evasiva y exasperada, nunca más volvió a ser el mismo conmigo, y yo tampoco la misma con él.*

Por lo que el detective Valentine, con su apacible personalidad le preguntó: *¿y qué es lo que*

realmente la mantiene atada a él? Agregando al momento: por lo que he escuchado, usted es una esclava del éxito de su esposo. ¿Ustedes tuvieron hijos, señora Amanda?

Y la señora contestó a la pregunta con una leve sonrisa: *pues no, oficial, no tenemos hijos, aunque yo siempre quise tener por lo menos uno, quizá por cosas de mujeres, pero él no. Él estaba enfocado en su carrera, así que nunca tuvimos ni mascotas. Y de verdad, yo estoy consciente de que no hay nada que me ate a él, yo sé que puedo tomar mis maletas e irme cuando quiera, pero creo que es algo que va más allá, ya es costumbre. Esta es nuestra primera casa, tengo muchos años viviendo aquí, además, la mayor parte del tiempo estoy sola, así que funciona muy bien para mí.*

Y sacando un oportuno provecho de la buena atención y amabilidad de la señora, el jefe, Jim Doggett, le pidió una última cosa: *de acuerdo, señora Amanda, hasta ahora usted ha sido muy amable con nosotros, pero necesitamos algo más de usted... necesitamos que nos permita echar un vistazo a su casa, ¿será eso posible?*

—*Adelante, no hay problema.* Respondió la señora, y levantándose de su silla, prosiguió: *si quieren les digo donde guarda él sus cosas.* Haciendo que el detective Valentine sonriera y le respondiera: *¡qué buena idea!*

De manera que la señora, tan gentil como ella misma, los paseó por la amplia propiedad mientras les contaba anécdotas sobre algunas de las pertenencias que decoraban las estancias, anécdotas que para bien o para mal, entretuvieron a los detectives en el recorrido. La más llamativa de todas fue la del bar, ya que ella no quería un bar en su casa, pero el abogado sí, por lo que ideó un plan. La llevó a un viaje “romántico” a Punta Cana, República Dominicana, por una semana. La pasaron de maravilla, fueron unos días fantásticos. Y cuando llegaron a casa, ella entendió la verdadera razón del viaje: el bar estaba construido y listo para ser estrenado.

En tal sentido, después del recorrido que no duró más de quince minutos, los detectives decidieron partir de la casa de la familia Smith sin elemento alguno que pudiera aportarles más pistas, aun así, ellos pudieron determinar, gracias a las historias de la señora, junto con el vistazo que le echaron a la propiedad, que el abogado no solo tenía una carrera exitosa, sino que también era un mitómano profesional, un manipulador oportunista con cierta inclinación hacia la bebida y las mujeres. En definitiva, una linda joya de saco y corbata a la que tenían en la mira y con el dedo en el gatillo.

Horas más tarde, cuando la tarde lentamente caía y la noche se asomaba, en la oficina del Departamento de Homicidios de la Policía, una visita inesperada se hizo presente. Era la madre de Josephine, la señora Katherine Callahan, quien motivada por el deseo de aclarar ciertas dudas que le habían quedado, se acercó: *buenas tardes, señorita.* Saludó la señora a la recepcionista: *disculpe la molestia, ¿será que alguno de los detectives Jim Doggett o Eric Valentine se encuentran?*

A lo que la recepcionista respondió: *buenas tardes, señora, ellos acaban de llagar hace apenas unos instantes, ¿quién los solicita?*

—*Katherine Callahan.* Respondió ella, con su característica mirada dulce y amorosa. Al instante, la recepcionista tomando el teléfono le dijo: *muy bien, señora, tome asiento un momento, por favor, en seguida los llamo.*

Y mientras la señora ojeaba los periódicos medianamente amarillistas junto con las revistas de armas y mecánica dispuestas sobre una pequeña mesa de la recepción, las cosas en el Departamento de Homicidios transcurrían como siempre, probablemente con menos intensidad que en otros horarios.

Hasta que afortunadamente los dos detectives aparecieron, siendo el jefe quien de lejos saludara primero: *no se moleste en levantarse, señora Katherine. Qué sorpresa verla tan pronto, ¿qué la trajo por acá?* E inmediatamente le estrechó la mano, sentándose justo al lado de ella.

En eso la señora tomó la iniciativa y comenzó a hablarle, ofreciéndole una disculpa de entrada: *cuánta pena me da, oficial, venirlos a molestar hasta acá. Ahora soy yo quien llega sin avisar.* Ocasionando una pequeña risa entre los efectivos.

—*No se preocupe, señora, que no es molestia... al contrario, nos da gusto verla. Pero... ¿qué es lo que la trajo hasta acá?*

Y sin titubeo alguno, la señora le respondió al oficial: *seré lo más puntal posible... usted nos dijo que había descubierto que mi hija frecuentaba un casino de la ciudad, ¿cierto?*

—*En efecto, así es.* Respondió el oficial, asintiendo suavemente con la cabeza, pero la señora continuó: *también nos dijo que ella había reunido mucho dinero y que tenía algunas cuentas y bienes, ¿cierto?*

—*Exacto, así es.* Alegó de nuevo el jefe, quien en ese momento tenía dibujada en su cara una expresión de intriga y curiosidad por no saber a dónde llegaría la señora, misma que continuó hablando: *entonces, oficial, lo que no entendemos mi esposo y yo es... ¿qué va a pasar con eso? ¿A dónde va a dar todo ese dinero y esas propiedades?*

En eso, el detective respiró hondo, se acomodó en la silla y le dijo a la señora: *eso es bastante complicado. Verá... en el afán por mantener todo oculto a la vista de todos, su hija se apresuró en firmar una serie de documentos que, dudosamente, creo que haya leído o en su defecto, haya leído bien, ya que, literalmente, le otorgaba absolutamente todo al abogado testafarro, el señor Andrew Smith, una vez muerta. En este momento, todo lo adquirido por ella ya está bajo propiedad de este.*

Pero la señora se mostró más confundida ante la respuesta del detective, y volvió a preguntarle: *usted quiere decir que... ¿nada de ese dinero nos quedará a nosotros?*

Aun cuando entendía la posición de la señora, el detective sabía que debía ser honesto, tenía que hablarle con franqueza, así que le dijo: *señora Katherine, así fue como el señor Smith y su hija acordaron. Nosotros mismos lo pudimos corroborar.*

Por lo que la señora exclamó: *¡por eso debería ser él el principal sospechoso!* Agregando a su vez: *es una verdadera lástima que un desconocido se quede con eso, pero Dios sabe lo que hace y él mismo hará justicia.*

Haciendo que el oficial Valentine amablemente le dijera: *tiene usted razón, Amén. Y es una pena, de verdad lo sentimos mucho, señora. Nosotros vamos a dar con el responsable de esto y haremos justicia, ya verá. Pero es mejor que se vaya a su casa a descansar.*

Amorosamente la señora correspondió de la misma manera, se levantó con calma mientras le decía: *es verdad, será mejor que regrese a casa. Gracias por atenderme, son ustedes muy amables, que Dios los bendiga. Oraré por mi hija y por ustedes también.* Dejando a los detectives inevitablemente acongojados, conmovidos por su reacción. El dolor que se reflejaba en sus ojos no tenía comparación. No había palabras para describir tal mirada.

A la mañana siguiente, el jefe del Departamento de Homicidios, Jim Doggett, mientras tomaba una taza de café con crema pero sin azúcar, se acercó a un calendario que colgaba en una de las paredes de la pequeña cocina de la que disponían, con la intención de quitarle las páginas acumuladas y dejarlo con la fecha correspondiente del día: viernes 17 de noviembre. En ese momento, el detective exclamó: *¡cómo pasa el tiempo!* Y dirigiéndose a su equipo, les dijo: *mañana se cumple una semana de la muerte de la señorita Josephine Callahan, y no tenemos a*

nadie encerrado, así que tenemos que apresurar el paso, porque de lo contrario tendremos que encerrar al novato para justificar nuestro trabajo.

Los presentes comenzaron a reírse, menos el novato quien solo sonreía como por no dejar. Sin embargo, el mensaje se entendió y en cuestión de minutos todos se apretaron los cinturones, ajustaron sus corbatas y salieron al encuentro sorpresa que tendrían con el repartidor de cartas en su propia casa.

Al momento de llegar, la primera impresión que se llevaron los oficiales fue cuando notaron lo modesta que era la propiedad, de solo un piso y con una fachada completamente descuidada. Tenía los jardines prácticamente secos y sin árboles, daba la impresión de que ahí vivía un vendedor de metanfetamina. Lo único verdaderamente llamativo que había en el sitio era un Mustang Eleanor 67 gris con franjas negras en el techo y capó. Del resto, todo era deprimente. Estaba cerrada y en silencio absoluto.

Así que uno de ellos tocó el timbre que estaba al lado de la puerta, mientras que los otros dos ojeaban los alrededores de la casa al igual que sus ventanas, a modo de previsión. De pronto, se escuchó el destrabe de la cerradura haciendo que instintivamente todos dirigieran la mirada hacia la puerta y vieran al sujeto por primera vez.

Rápidamente supieron que era él a quien estaban buscando, ya que ellos llevaban consigo una fotografía obtenida de la base de datos de la misma policía. Además de eso, sus rasgos coincidían exactamente con la descripción que días atrás les había proporcionado el conserje del edificio donde vivió la víctima.

En ese momento, el sujeto parecía estar confundido, desconcertado, tenía una clara expresión de sorpresa en su rostro, tan sobresaliente como las rayas de las cobijas que se le marcaban en gran parte de la cara y brazo derecho. Aparentemente, lo habían sacado de un profundo sueño, sin embargo, reaccionó como pudo: *buenos días, ¿qué se les ofrece?*

Y como siempre, el jefe salió al frente: *¿es usted el señor Richard Preston?*

—*Sí, soy yo.* Respondió el repartidor de cartas, preguntando casi al instante: *y... ¿ustedes quiénes son?*

De manera que en solo segundos, el jefe puso su placa casi en la nariz del sospechoso y le dijo: *nosotros somos detectives del Departamento de Homicidios de la Policía del Distrito, y hemos venido para hacerle algunas preguntas. No tendrá ningún inconveniente, ¿cierto?*

Y tan pálido como un papel, el repartidor de cartas intentó disimular a toda costa los poderosos nervios que lo invadieron al ver las semejantes placas que por su resplandor terminaron de despertarlo. Justo ahí fue cuando supo que el problema era verdaderamente serio, por lo que les contestó como si nada: *¡claro, oficiales, no faltaba más, pasen adelante! Disculpen el desorden que tengo, es que me estoy mudando.*

Sin disimulo alguno, soltó un tremendo bostezo, quizá para hacer énfasis en lo poco que le preocupaba la visita, o porque de verdad tenía bastante sueño, no obstante, les preguntó: *¿les gustaría tomar un poco de café?*

Pero el jefe, sin ánimos de perder el tiempo, arremetió al instante: *nosotros no venimos hasta aquí para tomar café ni ponernos al día con usted, señor Preston. La razón por la que estamos acá es porque estamos investigando la muerte de su amiga. Usted debe saber de quién estoy hablando, ¿cierto?*

—*No, oficial, no estoy seguro.* Respondió el repartidor de cartas, quien para ese momento ya comenzaba a transpirar por los nervios que ocultaba, así que el jefe, con agilidad y tacto, prosiguió: *dígame algo, señor Richard, ¿conoce usted a Josephine Callahan?*

—*¡Claro! Nosotros éramos novios.* Respondió el repartidor.

Y en el acto, el oficial le refutó con un tono de voz más elevado y sin clemencia: *entonces, usted sabe muy bien de qué estamos hablando y por qué estamos aquí, ¿cierto?* Elevando al máximo los niveles de nervios del sospechoso, haciendo que palideciera su rostro y tartamudeara al responder: *mme me imagino, oficial, pero yo no sé nada de eso, yo yo no no tengo nada que ver... ella se quitó la vida po porque quiso, yo yo no tengo culpa de lo que ella hiciera.*

Era evidente que él mentía, su lenguaje corporal a gritos lo delataba, aun así los detectives, estratégicamente, dejaron que hablara: *a además, ella tenía problemas de drogas, tomaba fármacos y también bebía mucho alcohol. Ella emocionalmente era inestable y bipolar, oficial, usted tiene que creerme.*

En ese momento, el detective Eric Valentine interrumpió el desesperado alegato del repartidor de cartas y tomó la palabra, diciéndole específicamente estas palabras: *emocionalmente hablando, usted debería guardar respeto hacia cualquier muerto, más aún cuando se trata de una mujer a la que desafortunadamente le arrebataron la vida. Así que responda con claridad a cada una de las preguntas que le hagamos, y díganos primero, ¿cómo y cuándo supo usted que ella había fallecido?*

Justo en ese instante, la expresión del repartidor pasó de fingida a más fingida. Definitivamente, era un terrible actor, miró al suelo en un intento vergonzoso por disimular la contención de sus falsas lágrimas y con la voz “entrecortada” respondió: *está bien, oficial. Nosotros habíamos quedado en vernos ese domingo, íbamos a ver una película en su departamento. Así que la llamé varias veces para finiquitar, pero nunca me contestó el teléfono, y claro, comencé a preocuparme. De manera que en la noche me acerqué a su residencia para ver cómo estaba, pero cuando llegué, estaba abarrotada la zona de patrullas, hasta había una ambulancia en la entrada. En ese momento pensé lo peor, así que procuré cerciorarme bien de lo que acontecía en el sitio preguntado a los espectadores, ya que no dejaban pasar a nadie. Y ahí fue cuando lo supe, pero no aguanté el dolor y me fui.*

En eso, interrumpió el oficial: *¿y por qué tuvo que irse del sitio?*

—*Además de que estaba devastado y en shock, nadie sabía que ella y yo teníamos algo.* Respondió al instante el repartidor, prosiguiendo con su testimonio: *yo era inexistente para su familia y amigos, quedarme ahí hubiese sido peor... y sabe algo, oficial, algo que me carcome por dentro, que ella y yo íbamos a mudarnos juntos, planeábamos contarle a todos lo que teníamos, pero ya no se puede. Lamentablemente se terminó antes de tiempo.* En ese momento soltó un leve llanto, que lejos de convencer a los detectives, los sumergió en una incómoda sensación de vergüenza ajena, por lo que el mismo Valentine le preguntó de una vez: *¿por eso las cajas, señor Preston?*

—*Sí, oficial, por eso las cajas, porque planeábamos mudarnos esta semana.* Y casi sin despegar la mirada del piso, agregó: *no sé si alguien ya se lo dijo, pero Joseph sufría de depresión, tenía trastornos psicológicos, es más, ella me habló de suicidio en varias ocasiones, de cómo odiaba la vida, y francamente esa era la razón por la cual la convencí de que nos mudáramos juntos, porque tenía que protegerla.*

Pero sin piedad ni compasión, el oficial y jefe, Jim Doggett, arremetió contra el repartidor de cartas, exclamando: *¿protegerla de qué?!, ¿de ella misma?! Al parecer usted no es un buen ángel guardián, señor Preston. ¿Y quiere que le diga una cosa?* Le preguntó el detective mientras lo miraba fijamente, casi sin parpadear: *yo a usted no le creo nada de lo que dice, pero mis compañeros sí, para mí usted está detrás de esto, pero para ellos no, ellos piensan que usted no*

tiene nada que ver.

Este alegato hizo que el repartidor de cartas psicológicamente aliviara la carga, generándole una falsa seguridad que automáticamente le hizo dirigir su mirada hacia los otros detectives, quienes con astucia continuaron con el juego, siendo el mismo Valentine quien continuara: *es verdad, señor Preston, lo que el jefe acaba de decir es verdad. Nosotros hemos revisado una y otra vez todas las evidencias más las declaraciones, y no hemos encontrado ningún elemento que lo vincule con la muerte de Josephine Callahan.*

Por lo que el rostro del repartidor de cartas cambió considerablemente, evidenciando un claro sentimiento de seguridad y confianza en él, de manera que el detective prosiguió con el interrogatorio: *de acuerdo, señor Preston, ahora dígame algo, esa noche cuando usted llegó a la residencia Green Valley, ¿cómo supo que se trataba exactamente de ella?*

—*Porque le pregunté a las personas que estaban cerca y me dijeron que era ella. Y al instante agregé: lo que les estoy diciendo es la verdad. ¿Por qué mentiría con algo así? Yo llegué, vi lo que estaba pasando y me fui. Más tarde, por las noticias supe que se trataba de ella. Es la verdad.*

Pero el detective continuó con el interrogatorio: *muy bien, señor Preston, una cosa más... ¿conoce usted al doctor Andrew Smith?*

—*¡Claro, somos amigos!* Exclamó el repartidor. En eso, el detective le preguntó: *¿y qué relación tenía su amigo con Josephine?* Haciendo que el rostro le cambiara automáticamente, mostrándose incómodo, y le respondió: *ellos solo eran amigos, más nada, ¿por qué preguntan?*

E inmediatamente, el jefe Jim como látigo de verdugo sentenció al repartidor de cartas: *límitese solo a contestar, señor Preston, que acá las preguntas las hacemos nosotros, no usted, ¿le queda claro eso?*

Con tono de vergüenza y resignación, el repartidor de cartas agachó la cabeza, respondiendo: *lo siento, oficial, pero me invadieron los celos por un instante, ellos se llamaban mucho, a veces parecía que ella le daba más importancia a él que a mí. Le pido disculpa.*

Para ese entonces, los detectives sabían que tenían frente a ellos a un sospechoso potencial. Su lenguaje corporal lo delataba a gritos, miraba hacia los lados con mucha frecuencia, se mordía las uñas y transpiraba demasiado para lo fresca que estaba la mañana. Aun así, el detective continuó: *entonces, señor Preston, ¿entre ellos solo había una amistad?*

—*Eso es correcto, oficial.* Respondió Richard. Rápidamente, el detective le preguntó: *¿y cuánto tiempo tenían juntos usted y la señorita Josephine?*

—*Tres meses, oficial, pero fueron como tres años. Tuvimos una relación intensa.*

—*¿Intensa?* Exclamó con tono de confusión el jefe, agregando al instante: *si solo pasaron tres meses, no quiero imaginarme cómo hubiesen sido tres años. Mejor cuéntenos algo, señor Preston, ¿dónde fue que se conocieron ustedes?*

—*En una disco, oficial.* Respondió nuevamente cabizbajo y temeroso.

A pesar de todo, el repartidor de cartas, tan terco como una mula, se empeñaba en mentir, inventando falsas respuestas que lejos de favorecerle, lo hundían más. Aun así para los detectives, verlo a él inventarse las respuestas en el camino, con la boca tan blanca como un papel y enredarse en ellas mientras miraba al piso, era casi como ver una obra de teatro, la cual disfrutaban, por lo que el detective prosiguió: *ok, está bien, pero... ¿en qué disco? Quiero que nos diga cómo, cuándo, dónde y por qué. ¡Todo!*

—*De acuerdo, oficial.* Respondió el repartidor, y mirando fijamente al novato, contestó: *eso fue en la discoteca Space. Yo estaba con unos amigos tomando y bailando cuando de pronto la*

vi a ella en la barra. Resaltaba de lo bella que estaba. En ese momento me sentí poderosamente atraído hacia ella y no sé cómo, pero me le acerqué, quería hablarle, quería conocerla, así que lo hice, caminé hasta donde ella estaba y le hablé. Afortunadamente le agradé, así que la invité a bailar, y bailamos mucho. Luego de ahí, nos fuimos a caminar, después le pedí su número de teléfono y desde ese entonces comenzamos a vernos. Fue amor a primera vista, así de simple, ¿usted alguna vez se ha enamorado? Preguntó el repartidor con ánimos de romper un poco el hielo, pero la impertinente pregunta incomodó al detective Eric Valentine, quien no se quedó callado y le replicó: *se lo vamos a aclarar una vez más, señor Preston, acá las preguntas las hacemos nosotros.*

En inmediatamente el jefe intervino: *¿usted alguna vez llevó a la señorita Josephine a comer a algún restaurant de la ciudad?*

—*Sí, claro, cada vez que podíamos salíamos por algo de comer. Sabíamos aprovechar el tiempo.*

—*¿Y qué lugares frecuentaban?* Preguntó el jefe con un rostro extremadamente serio e intimidante que tenía al repartidor de cartas como quien dice: “chorreado” y haciéndolo responder con un leve tartamudeo: *en realidad, no no sabría decirle co con exactitud, po porque nosotros variábamos mucho.*

En eso el novato, en un intento por destacarse delante de su compañero y jefe le dijo al repartidor: *vamos, señor Preston, haga un esfuerzo y trate de recordar por lo menos uno. Sea colaborador con nosotros para que podamos irnos rápido y así usted pueda continuar con sus cosas.*

Desde luego que no era cierto que se irían de ahí sin él, pero los detectives suelen ser personas tácticas, estrategas y saben seguirse el juego entre ellos para acorralar a los sospechosos, como lo fue con el señor Preston, quien con la falsa sensación de que saldría victorioso, le respondió al novato: *a mí me gusta mucho el pollo de Mr. Chicken's. Creo que ese era el sitio que más frecuentábamos ella y yo.*

—*Muy buenas alas de pollo que venden ahí, ¿cierto?* Comentó el detective Valentine, a lo que el repartidor, sonriente contestó: *nada como unas alas de pollo picante y unas cervezas bien frías. Aseverando al momento: a ella y a mí nos gustaba mucho comer ahí, es el mejor pollo de la ciudad.*

Pero el novato Scott prosiguió: *¿y ella también tomaba cerveza?*

—*La verdad, oficial, yo no soy bebedor... solo lo hago en ciertas ocasiones.*

—*¿Y qué me dice de ella?* Preguntó rápidamente el oficial.

—*Bueno, de los muertos no hay que hablar mal.* Comentó en primera instancia el repartidor, para luego agregar: *a ella le gustaba mucho tomar, de hecho, bebía más que yo. Siempre que salíamos, tenía que estar pendiente de que no se fuera a embriagar tanto.*

Por lo que el novato le preguntó: *y por lo general... ¿qué era lo que tomaba ella?*

—*Vino, ella casi siempre tomaba lo mismo.* Alegó Richard.

Inmediatamente el detective Scott procuró girar la conversación: *de acuerdo, señor Preston. Me imagino que usted y la señorita Josephine se tenían confianza, ¿cierto?*

Haciendo que el sospechoso exclamara: *¡claro que nos teníamos confianza!* Alegando al instante: *nosotros nos contábamos absolutamente todo. Ella hasta tenía llaves de mi casa.*

—*Y usted, señor Preston, ¿tiene llaves del departamento de ella?* Preguntó en el acto el jefe Jim, con la típica mirada de águila, penetrante e intimidadora, obteniendo del repartidor no solo una respuesta, sino un temor declarado que lo hacía bajar la cabeza cada vez que este entraba en

el juego: *no, oficial, yo a ella le respeté siempre su espacio, para mí su departamento era su templo. Yo no soy una persona invasiva, jamás me ha gustado eso.*

En ese momento el novato Jeremy Scott lo interrumpió diciéndole: *entonces, si ustedes se tenían tanta confianza, yo me imagino que usted debe estar al tanto de todo.*

No obstante, el repartidor preguntó con cara de confusión, haciéndose a toda costa el desentendido: *¿de qué todo están hablando?*

—*De que su amigo Andrew Smith era el apoderado y testaferro de la señorita Josephine Callahan, y que ambos mantenían legalmente un par de propiedades y cuentas bancarias bajo secreto. De eso estamos hablando.* De esta forma, el jefe del equipo le aclaró al repartidor las cosas, con su típica mirada de águila además de la placentera sonrisa que casi lo hizo explotar de nervios.

Aun así, el repartidor de cartas procuró reflejar en su rostro una combinación de expresiones que iban de la ira al sufrimiento (una pésima actuación digna de tomates y naranjas), al tiempo en el que exclamaba: *¡¿Que, qué?! ¡¿Testaferro?! ¡¿Apoderado?! Pero... ¿de qué? No entiendo.*

Con inteligencia, el detective Valentine intervino: *señor Preston, cálmese, por favor, así no va a conseguir nada. Nosotros solo necesitamos que nos responda para podernos ir, ¿de acuerdo? Y prosiguió él: por lo que estamos viendo, mientras usted estuvo de novio con ella nunca supo nada al respecto, ¿cierto?*

—*No, señor... hasta ahorita es cuando vengo a saberlo.*

Pese al aparente lamento, el jefe volvió a meter el dedo en la llaga del repartidor, comentándole con la misma sonrisa que saca de onda hasta al más entusiasta: *ya veo que se contaban todo. Vaya confianza la que se tenían, ¿eh?*

En eso, el señor Preston comenzó a llorar, pero los oficiales lejos de darle credibilidad a su actuación, se limitaron a contemplar la dramática escena como espectadores con placas.

Definitivamente, sus expresiones y gestos eran medianamente ridículos, mas él no se daba cuenta de ello. Aun así, los detectives tenían que continuar con su trabajo, había una tarea de por medio que requería de su empeño, entonces, el jefe Jim retomó el interrogatorio: *señor Preston, háganos el favor de secarse las lágrimas y responda: ¿a qué se dedica usted?*

E inmediatamente se limpió el sudor con sus manos, y temeroso, con la cara en dirección al piso le respondió: *yo trabajo en un casino que está al este de la ciudad, el Golden Coin.*

—*¿Y cuánto tiempo tiene trabajando ahí?* Preguntó el jefe.

—*Cuatro años, oficial.*

Ante esto, el detective Valentine entró de nuevo en el juego. Para ese momento se hallaba poderosamente deseoso de ponerle los ganchos al mitómano casi profesional de Richard Preston, por lo que le preguntó: *¿en qué discoteca fue que se conocieron usted y la señorita Josephine?*

Pero antes de responder, el repartidor se quedó pensativo por unos segundos, como si tratara de recordar algo o estuviera esperando a que el universo le diera la respuesta. Afortunadamente, no tardó mucho y respondió: *en Zeus, oficial.*

E inmediatamente, el detective le volvió a preguntar: *¿y recuerda bien esa noche?*

—*¡Pues claro, cómo olvidarla!* Exclamó el repartidor. A lo que el oficial le preguntó seguidamente: *¿y qué fue lo que tomó ella esa noche?*

—*Estuvimos tomando vino, lo recuerdo claramente.*

En eso, el jefe le propinó una pregunta más: *¿ella sabía a qué se dedicaba usted?*

—*Sí, señor, ella siempre lo supo, desde el primer día.*

Y rápidamente le lanzó otra pregunta sin dejar de mirarlo intimidantemente, casi sin parpadear

ni mover un solo músculo de la cara: *¿y ella alguna vez lo visitó a usted a su trabajo?*

—*No, nunca, a ella no le gustaban ese tipo de establecimientos. De hecho, varias veces me sugirió que dejara ese trabajo, pero la paga es buena, oficial, siempre nos dejan propinas.*

—*Eso a nosotros no nos interesa.* Contestó el jefe al comentario del repartidor, quien para ese entonces tenía la franela sudada, sobre todo en las axilas y el pecho, de hecho, cada tanto el repartidor se pasaba la mano por la cara y frente, secándose el desagradable sudor que en ocasiones le corría por las sienes. Suspiraba profundamente e intentaba mostrarse despreocupado, mas no lograba conseguirlo, así que los oficiales oportunamente supieron sacar provecho de eso.

En tal sentido, el jefe continuó con el interrogatorio: *¿alguna vez ustedes tuvieron relaciones sexuales en sitios públicos?* Provocando así una reacción de enfado e incomodidad bastante notoria en el repartidor, quien respondió a la pregunta de esta forma: *esas son cosas personales, señor, así que le agradecería un poco más de respeto.*

Sin embargo, las palabras del repartidor fueron totalmente ignoradas y sin clemencia alguna, el jefe replicó: *me importa un pepino el respeto y lo personal, ¡tú contestas a las preguntas que te hacemos, y punto!*

Por lo que al repartidor no le quedó más remedio que bajar la cara y contestar: *de acuerdo, oficial, la respuesta es: no, eso nunca pasó. Nosotros no éramos fetichistas. Yo personalmente soy un hombre conservador.*

De manera que el detective y jefe, a modo de ponerle punto final al asunto, le preguntó al repartidor de cartas: *¿le molestaría si revisáramos la propiedad? Solo queremos echar un vistazo y nos vamos.*

—*Adelante, no hay ningún problema.* Les dijo el repartidor con el rostro más aliviado por la falsa sensación de creer que se saldría con la suya e inmediatamente se dispuso a guiarlos.

No obstante, los detectives sabían cuáles serían sus siguientes pasos, solo tenían que superar el incómodo interrogatorio que acababan de presenciar para acto seguido recorrer la propiedad del sospechoso, tanto por dentro como por fuera, y no encontraron más que el comportamiento inusual del sospechoso, quien seguía tratando de esconder los nervios en una desesperada actitud sobreactuada, sonriendo y contando anécdotas sobre algunas de las cosas que tenía en su casa. Anécdotas como la adquisición de su maravilloso vehículo, y de algunos de los cuadros y adornos divisados en el interior.

Aparte de eso, los oficiales solo se encontraron con un par de maletas en su habitación, aparentemente por motivos de mudanza. Sin embargo, lo que más llamó la atención de ellos fueron dos cosas, la primera, el extraordinario lujo de la casa, las habitaciones y los baños eran de primera, y ni hablar de la cocina que era lo más distintivo, para nada hacían juego con la fachada de la casa. Lo segundo, un maletín que estaba en la mesa de la cocina, el cual no parecía pertenecer a un repartidor de cartas, sino más bien a algún tipo de empresario, por lo que el novato al notarlo le preguntó al repartidor de cartas: *¿ese maletín es suyo?*

Y con una actitud un tanto sobrada y medianamente arrogante, este le respondió: *por supuesto, oficial, si está aquí es porque es mío, todo lo que está en esta casa me pertenece.* En ese preciso instante, el jefe con su típico carácter intimidatorio le preguntó: *¿y le importa si los revisamos?* Pero la actitud sobrada del repartidor se vino en picada en ese momento, respondiéndole en seco: *esas son cosas personales, preferiría que no las tocan.*

De manera que los detectives continuaron el paso sin hacer énfasis en el maletín, aunque sabían que algo escondía el sujeto, discretamente continuaron con las preguntas, siendo Valentine quien de nuevo retomara el interrogatorio con el propósito de llegar al final: *señor Preston,*

aunque le parezca extraño, responda, por favor: sobre la noche en la que se conocieron usted y la señorita Josephine, ¿cuántas cervezas se tomó ella aproximadamente?

A lo que el repartidor mirando como hacia el techo mientras pensaba, le contestó: *no estoy seguro, oficial, yo no llevaba la cuenta, pero como le dije, ella bebía más que yo, a lo mejor y se tomó unas 12 ó 13 cervezas.*

E inmediatamente, el detective Valentine ansioso por finiquitar la aprehensión del sujeto, le comentó: *señor Preston, cuando nosotros llegamos le mencionamos que estábamos investigando sobre la muerte de la señorita Josephine Callahan.*

Haciendo que el repartidor palideciera de una forma casi poética, afirmándole al detective: *sí, eso es correcto.* Al tiempo en el que se defendía: *pero yo no tengo nada que ver con eso, ella se quitó la vida porque quiso, les estoy diciendo la verdad, se los juro por Dios.*

Pero el detective le dijo en tono sarcástico: *¿está seguro?*

Y este, como perro lastimero, y que me perdonen los perros si los he ofendido, le contestó al oficial: *es verdad, se lo juro, yo nunca mentiría.*

No obstante, el jefe Jim con la paciencia en su límite se acercó al repartidor mientras se sacaba las esposas del cinturón y le dijo: *ya me harté de ti y quedas bajo arresto por el asesinato de Josephine Callahan.*

Inevitablemente, el repartidor de cartas reaccionó de forma inesperada, tirándose al suelo como aquel niño malcriado que no es complacido, una especie de berrinche vergonzoso que evitó, solo por un pequeñísimo instante, que le pusieran las esposas. Además de eso, también gritaba: *¡yo no lo hice! ¡Yo no fui!*

Pero el jefe, sacando fuerzas hasta de donde no tenía, lo levantó de un solo tirón, doblándole el brazo por la espalda al tiempo en el que lo presionaba contra la pared, y en cuanto lo tuvo neutralizado le dijo: *quédese tranquilo que le conviene, ahorre energía para cuando esté en la celda con los demás delincuentes, que le aseguro que la necesitará.* Haciendo que este, no solo se dejara esposar, sino que desafortunadamente cayera en sí, por lo que el llanto junto con la súplica se amplificó considerablemente.

A pesar de ello, mientras el jefe lo esposaba, le iba diciendo: *tiene usted derecho a guardar silencio, así como también a un defensor de su elección. En caso de no contar con uno, el Estado se lo proporcionará de manera gratuita, y será considerado inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿le quedó claro?*

E inútilmente, en otro de sus intentos fallidos por evitar que se lo llevaran y aunque se encontraba con un oficial de cada lado, comenzó a suplicar con ahínco, casi desesperado, con el rostro hecho un mar de lágrimas: *¡por favor, déjenme ir! Yo les juro por mi madre que está en el cielo que no tengo nada que ver con esa muerte, soy inocente, se los ruego, no me lleven, por favor.*

Aun así, el jefe sin piedad le refutó: *señor Preston, las mentiras e inconsistencias en sus declaraciones, junto con las evidencias que nosotros tenemos, más los testimonios de los entrevistados, lo hacen ser nuestro principal sospechoso, pero para mí, usted es el culpable, diga lo que diga.*

Y este, aun con lágrimas rodando por sus mejillas le dijo al detective Valentine, quien se encontraba justo del lado derecho: *usted había dicho que creía en mí, que las evidencias no apuntaban a mí.* A lo que el detective, mirándolo fijamente y con una marcada sonrisa, le contestó: *lección número dos: jamás creas en un policía.*

En tal sentido, los oficiales antes de retirarse del sitio tomaron algunos elementos que

consideraron fundamentales para el caso, con el único propósito de ser usados como evidencias, estos fueron: documentos personales (DNI, pasaporte, tarjetas de crédito), una cámara fotográfica espía Minolta 16 Model P, y dos maletines, uno que estaba en el closet de la habitación de Preston más el otro que habían visto en la cocina.

Por el camino, ya de regreso a la jefatura, el repartidor de cartas no paró de suplicar, rogaba que lo dejaran ir e insistía en que él no tenía nada que ver con esa muerte, pero los oficiales guardaron silencio en todo el trayecto, haciendo caso omiso a lo que este balbuceaba hasta que llegaron a la jefatura, donde inmediatamente fue trasladado por dos oficiales a una sala de interrogación en la cual permaneció un buen rato, mientras Doggett, Valentine y Scott revisaban los maletines para posteriormente enviarlos a una prueba dactiloscópica.

En uno de ellos encontraron alrededor de quince mil dólares, algunos documentos personales como el título de propiedad de su auto, casa, libretas bancarias y algunos gramos de cocaína distribuidos en pequeñas bolsas clip. En el maletín tomado de la cocina solo se encontraron documentos jurídicos, entre los cuales estaba el contrato que Josephine había firmado con el abogado, en el que le otorgaba ciertos poderes a él.

A su vez, estos también averiguaron a través del banco cuales fueron los últimos movimientos del señor Preston, qué compró recientemente, cuándo y dónde, encontrándose con una encantadora sorpresa, y era que el destacado repartidor de cartas, días atrás había comprado un boleto de avión para viajar a Moscú, Rusia, casualmente, ese mismo día.

Aparte de eso, había un pago por el alquiler de un auto, razón por la cual, los detectives se pusieron en contacto con la agencia de viajes, así como también con el renta cars, donde curiosamente se negaron a darles información, ya que según su política, no develaban datos de ningún cliente a menos que fuese con una orden judicial, por lo que omitieron temporalmente ese detalle y prosiguieron.

De manera que, lo que por un momento fue solo suspicacia, en ese instante se convirtió en un hecho real, las cajas que estaban en la casa del repartidor no eran parte de una mudanza como tal, sino más bien de una fuga, un escape mal planificado. Así que sin perder tiempo, los investigadores apresuraron el paso para poder llegar a una conclusión, dirigiéndose con premura a la sala de interrogación, ansiosos por hacerle unas cuantas preguntas más al susodicho.

Desafortunadamente, una noticia los obligó a pausar el interrogatorio. Se trataba de una denuncia que sobresaltó a los efectivos. Aparentemente, el abogado y testaferro de la señorita Josephine Callahan había sido encontrado muerto en su auto, por lo que de inmediato, una delegación del Departamento de Homicidios se dirigió al sitio junto con los tres cabecillas.

El cuerpo sin vida del abogado fue hallado dentro de su auto en el estacionamiento del edificio donde se encontraba su despacho, el Imperial State, un centro empresarial ubicado en el este de la ciudad.

Fue un arquitecto de nombre Patrick Thenord quien hizo la denuncia, el cual tenía una oficina en el mismo piso donde se encontraba el despacho del abogado Smith, por esta razón, solían aparcar bastante cerca. En su declaración, el arquitecto alegó que al llegar al estacionamiento notó que el abogado seguía en su auto y al momento de dirigirse hacia los ascensores por cortesía levantó la mano en señal de saludo, acompañando el gesto con un “buenos días” pero al no recibir respuesta, decidió aproximarse al auto para saludarlo de cerca. Por un momento pensó que él estaba hablando por teléfono (que por cierto, solo los privilegiados usaban teléfonos móviles en esa época), sin embargo, la realidad se encontraba bastante distante de su suposición, ya que al momento de acercarse, se dio cuenta de la tragedia, y era que el destacado abogado Andrew Smith

se había disparado en la sien con su arma.

En tal sentido, el arquitecto, bajo los efectos de su asombro, llamó de inmediato a la policía y notificó a la gente de seguridad del edificio sobre lo acontecido, estos prohibieron el acceso a las instalaciones e informaron a los propietarios y arrendados que, infortunadamente, las actividades estarían suspendidas por el resto del día.

En cuanto a la señora Amanda, apenas ella llegó al edificio Imperial State, bajó al estacionamiento desesperada por saber qué era lo que había ocurrido, se identificó como la esposa del fallecido ante los efectivos que custodiaban el lugar, logrando acceder de esa manera. No obstante, la desagradable sorpresa de ver a quien fuese su marido por varios años en una horrible y por demás patética condición, la dejó en un notorio estado de conmoción, privada en llanto, cayendo de rodillas al suelo, sin poder pronunciar palabra alguna, solo balbuceos e intentos fallidos de preguntarle a la nada: *¡Dios, ¿por qué?!*

Al verla en ese estado, el caballeroso detective Eric Valentine intentó consolarla: *cálmese, señora Amanda*. Pero ella, conmocionada por lo que estaba viendo, terminó de descomponerse y se desplomó en el suelo. Inmediatamente recibió atención de los mismos paramédicos que se encontraban ahí.

De esta manera, la comisión del Departamento de Homicidios en conjunto con efectivos de la policía, bomberos y paramédicos hacían lo suyo. Algunos tomaban fotos, otros revisaban el cadáver con mayor detalle mientras apuntaban en sus libretas, recolectando así las evidencias requeridas para poder arrancar con el posible entrelazado caso.

Entre las evidencias recolectadas, estaba el arma de fuego sostenida por la mano derecha del occiso, un vaso con tapa, aparentemente de café, el cual estaba específicamente entre los asientos, más su teléfono inalámbrico.

A su vez, el Equipo de Homicidios de la Policía también extrajo muestras de huellas dactilares de determinados lugares del auto, las cuales llevarían más tarde al laboratorio para una prueba dactiloscópica junto con los demás elementos, pero primero revisarían los videos de seguridad.

De manera que el novato Jeremy Scott, tan ágil y eficiente como siempre, propuso distribuirse las tareas, sugiriéndole al jefe lo siguiente: *jefe, con todo respeto, aquí quien da las ordenes es usted, pero yo creo que deberíamos dividirnos las tareas para aprovechar el tiempo, ya que tenemos un caso más que de seguro está vinculado al de Callahan, por lo que propongo que, mientras usted junto con Valentine revisan los videos de seguridad, yo voy al despacho del abogado, así matamos dos pájaros de un solo tiro, ¿qué le parece?* A lo que el jefe respondió: *de acuerdo, Scott, hagámoslo así*. Por lo que el novato exclamó apretando el puño: *¡muy bien!* Y salió rápidamente a cumplir con su obligación, se encaminó hacia el bufete de abogados y sacó provecho de un singular encuentro que tuvo en el pasillo con el arquitecto Patrick Thenord.

Mientras tanto, para poder acceder a las grabaciones, los oficiales tuvieron que solicitarle permiso al señor Robinson Stewart, jefe de seguridad del edificio, un señor de edad avanzada que para nada estaba en condiciones de ser jefe de nada, tenía el cabello casi blanco y el desgaste de la vida se reflejaba en su cara, aun así su mirada era tranquila, imperturbable, tenía una amigable personalidad, respetuosa y atenta. Con amabilidad, los llevó al enigmático salón en el que se grababa todo, una sala llena de monitores que se hallaba en un recóndito lugar del edificio, donde rápidamente les mostró a los detectives las más recientes grabaciones que tenía del estacionamiento y sus adyacencias.

En el exhaustivo y meticuloso chequeo de las grabaciones, todos los que se encontraban ahí

presentes, tanto el jefe de seguridad del edificio como los dos detectives, vieron un auto sospechoso entrar al estacionamiento, lo conducía un hombre de suéter con la capucha ajustada, por lo que su rostro no podía ser apreciado con claridad, además de eso, las placas habían sido cubiertas con cinta o papel adhesivo. Curiosamente, todos dijeron casi al mismo tiempo: *¡ahí está! ¡Ese es!* Y detuvieron la cinta para cerciorarse de lo que estaban viendo.

Según la hora señalada por la videograbadora, el incidente había ocurrido la noche anterior a eso de las 7:30 p.m., y fue de la siguiente manera: el sospechoso de la capucha ingresó al estacionamiento poco antes de las seis de la tarde, quedándose prácticamente inmóvil dentro de su auto hasta que la víctima saliera del ascensor. Para ese entonces, ya había transcurrido más de una hora. De manera que al momento de ver al abogado salir, el sospechoso sigilosamente se fue acercando a él como depredador en plena cacería, en silencio y sin quitar la mirada de su presa, caminando lentamente entre los autos, sin hacerse notar, mientras que el abogado, distraído con las llaves del auto e inocente ante lo que le devendría, continuaba su camino hacia el vehículo.

Por último, el sospechoso se escondió detrás de una columna donde esperó solo un par de segundos a que el abogado abriera la puerta del auto y lo abordó despojándolo del arma que llevaba en la parte de atrás de su pantalón, con una velocidad impresionante, e inmediatamente lo hizo entrar. Desafortunadamente, las cámaras solo llegaban hasta ahí, sin embargo, minutos después, el sospechoso salió del vehículo como si nada, caminó en dirección hacia donde se encontraba aparcado el suyo, pero con una notable diferencia que el subalterno Eric Valentine recalcó al instante, mandando a detener de nuevo la grabación: *¡detenla un momento!*

A lo que el jefe le preguntó con emoción: *¿estás viendo lo mismo que yo?* Y este le respondió: *¡el maletín que lleva el sospechoso en su mano es el que tenemos nosotros!*

Por lo que el jefe, Jim Doggett, se dirigió al señor Robinson Stewart, jefe de seguridad del edificio: *esto es fundamental para nosotros, así que necesitamos una copia de este video, pero para ya.*

Aunque muy probablemente el delincuente de la capucha se sentía favorecido y seguro con el método que había usado para cometer su crimen (capucha y placas cubiertas), jamás pudo haberse imaginado que fue precisamente eso lo que por ley lo delataría, así que era menester enviar la copia del video de seguridad al laboratorio para pasarlo por el programa de reconocimiento facial.

Una vez con todas las pruebas en sus manos y de regreso a la jefatura, los detectives comenzaron a discutir sobre los casos. Estaban seguros de que el reciente incidente guardaba un estrecho vínculo con la muerte de la señorita Josephine. Podría tratarse de una venganza de parte de Preston, de la familia de la señorita, o de algún amigo de ella, por lo tanto, debían asegurarse de tomar las direcciones correctas, así que esperaron a que las pruebas dactiloscópicas y de reconocimiento facial estuvieran listas, ya que estaban casi seguros de que el repartidor de cartas tenía sus narices metidas en el asesinato del abogado y la señorita Josephine.

Por fortuna, al final del día los oficiales tenían en sus manos el informe sobre los maletines hallados en la casa del repartidor de cartas, más las evidencias del asesinato del abogado, resultando que, en efecto, uno de los maletines era propiedad de Andrew Smith. A su vez, las huellas que hallaron en la escena del crimen y demás cosas, también pertenecían al abogado Smith, al igual que el arma, una Bersa Thunder 380, legalmente propiedad de él, en la que se encontró una huella del señor Preston, por lo que ya no había duda alguna sobre su culpabilidad.

Para ese entonces, las evidencias que tenían eran claras y concisas, ya no necesitaban de una confesión declarada para trasladarlo a la penitenciaría del Distrito, con lo que tenían era

suficiente. Él era el responsable de la muerte del abogado Andrew Smith, no cabía duda y con premura le levantaron cargos por Homicidio Doloso Agravado, lo trasladaron temporalmente a una fría y solitaria celda en la que tuvo que aguardar a que finiquitaran el papeleo de su traslado.

En cuanto al caso de la señorita Josephine Callahan, los detectives aún no tenían pruebas concretas, solo suposiciones, aun así, la distancia que había entre la realidad y la suposición era verdaderamente estrecha.

Horas más tarde, la esposa del abogado, la señora Amanda Smith, apareció en la Oficina de Homicidio de la Policía con la intención de declarar voluntariamente sobre la muerte de su esposo. El agotamiento físico y mental se le podía notar a distancia, tenía ojeras y su cabello lucía descuidado. Así que se acercó a la recepción y preguntó: *buenas noches, ¿el detective Jim Doggett o Eric Valentine se encuentran?, por favor, necesito hablar con alguno de ellos, yo soy la señora Amanda Smith, la esposa del abogado asesinado en el estacionamiento del edificio Imperial.*

Por su presentación, la recepcionista rápidamente supo quién era ella, y le respondió: *muy bien, señora Smith, espere un momento, por favor.*

De manera que la señora aguardó esos escasos minutos en la recepción, silente, decaída, casi sin energía, hasta que los detectives salieron a su encuentro, siendo como siempre el detective Jim Doggett quien hablara primero: *gracias por venir, señora Amanda, la estábamos esperando, venga con nosotros, necesitamos hablar y es mejor que sea en privado.* A lo que ella contestó: *es mejor.*

E inmediatamente, mientras caminaban hacia la oficina, el detective Eric Valentine le ofreció algo de tomar: *señora Amanda, ¿le gustaría tomar un poco de café o agua?*

Pero ella solo respondió: *no, gracias. Quiero terminar con esto lo más pronto posible.* Y sin quedarse atrás, el detective Eric Valentine le correspondió: *la entiendo perfectamente.*

Por este motivo, entraron a la oficina del jefe donde el novato Jeremy Scott se encontraba chequeando algunos de los recientes descubrimientos, cerraron la puerta al instante y bajaron las persianas para tener mayor privacidad. De esta manera, Jim Doggett inició la conversación con una pregunta: *muy bien, señora Amanda, ¿qué es lo que tiene que decirnos?*

En eso la señora se acomodó en una de las sillas y le dijo al jefe Jim: *oficial, yo no sé si ustedes lo saben, pero mi esposo fue candidato a la alcaldía en el año 1993, fue una carrera política demasiado corta, pero aun así, le voy a pedir encarecidamente que, por favor, eviten que los medios se inmiscuyan en este asunto y difamen la reputación de mi esposo o la mía.*

Haciendo que el detective y jefe, acompañado de un movimiento de cabeza, le ratificara su palabra a la señora: *no se preocupe que hemos estado al tanto de todo y nos hemos mantenido al margen, es fundamental para nosotros ser reservados, así que cuente con nuestra discreción.* Y seguidamente le preguntó: *pero yendo al grano, ¿qué es lo que realmente tiene que decirnos con respecto al caso?*

—*Lo que pasa es que son solo sospechas y no sé por dónde comenzar.* Respondió la señora en el acto. Con tacto y amabilidad el jefe le dijo: *pues, comience por donde quiera, señora Amanda.* Por lo que la señora dijo: *muy bien, oficiales... yo creo que sé quién está detrás de esto. Creo que sé quién mató a mi esposo.*

Al escuchar esto, el jefe preguntó: *de acuerdo, señora Amanda, pero sea más específica, por favor, ¿quién cree usted que lo haya hecho?*

Y sin dudarle, ella respondió: *Richard Preston.* Los detectives en el acto se miraron a las caras, e instantáneamente Valentine preguntó: *¿Richard Preston?, ¿el amigo de ustedes?*

—Sí, ese mismo. Afirmó la señora con la cabeza agachada y los hombros caídos, en una clara señal de decepción y vergüenza. Aun así, Valentine prosiguió: y... *¿qué es lo que la hace pensar que fue él quien lo hizo?*

A lo que ella contestó: *bueno, es una larga historia, pero la haré lo más corta posible, verán... ellos salían mucho, se llamaban a cada rato. Andrew cambió de la noche a la mañana, se convirtió en una persona distante, de mal carácter, al menos conmigo. Yo no podía hacerle preguntas de nada, me gritaba y me decía que no me metiera en sus asuntos. Él comenzó a salir más seguido por las noches, se perdía por varios días, sobre todo los fines de semana, por eso no me preocupó que no llegara anoche a la casa, porque era costumbre, algo normal.*

... En una ocasión lo escuché hablar por teléfono. Sé que esto está mal, pero iba pasando por el frente de su habitación y lo oí hablar, así que me detuve un momento, pensaba que hablaba con alguna de sus amantes, y claramente lo escuche decir: “será mejor que lo hagas tú, yo no me voy a manchar las manos, la idea fue tuya, no mía”. Yo me asusté y me fui rápido a mi habitación. Dejé lo que estaba haciendo para más tarde.

En eso el jefe la interrumpió con una pregunta: *¿usted le ha contado esto a alguna otra persona?* Y ella respondió mirándolo a los ojos: *sí, oficial, solo a una persona. Déjeme que continúe.* Por lo que este le dijo: *de acuerdo, adelante.*

Pero ella, en una reacción involuntaria de agotamiento, suspiró profundamente para luego continuar: *bueno, como les decía, en una ocasión Richard llegó a mi casa, había quedado con Andrew en verse ahí, pero casualmente él estaba en la oficina haciendo algo que le haría tardarse un poco, así que nos pusimos a conversar mientras tanto, y cometí el error de contarle lo que había escuchado... no sé por qué se lo conté, lo cierto es que su reacción fue muy extraña, él se molestó como si hubiese sido a él a quien yo hubiese escuchado, se puso histérico, y me dijo con una mirada que daba miedo: “debes tener mucho cuidado con lo que escuchas y con lo que llegas a decir, porque algunas personas simplemente desaparecen por hablar de más, así que será mejor que no te metas en los asuntos de nadie y mucho menos en los de tu esposo”. Yo me quedé sin palabras después de escuchar eso, creo que hasta palidecí, lo tomé como una sentencia, así que automáticamente cambié la conversación y no volvimos a tocar el tema, pero fue muy raro todo, y no sé, oficial, yo creo que Richard fue quien hizo esto.*

Sin embargo, aunque era reveladora la historia de la señora, los detectives necesitaban indagar aún más, por lo que el detective Valentine continuó: *está bien, señora Amanda, pero nosotros necesitamos más información, así que, por favor, dígame... ¿qué es exactamente lo que la hace pensar que fue él?*

Pero la señora, antes de responder procuró ponerse cómoda en el mueble, se limpió la cara con las palmas de las manos y luego colocó su cabello detrás de las orejas, miró al detective con el rostro desgastado y sin nada de maquillaje por el duro día que había tenido, y le dijo: *mi esposo jamás me llevó a ninguno de sus viajes de negocios, pero la semana pasada, por primera vez se empeñó en que lo acompañara a uno de ellos.*

... Aunque entre nosotros ya no había nada, aún nos queríamos, nos tomábamos en cuenta para algunas cosas, así que acepté acompañarlo pero con una condición, y era dormir en habitaciones separadas como lo hacíamos en casa, él lo aceptó. Así que nos fuimos, pero por el camino me dijo algo que no entendí, y de hecho, aún sigo sin entender, algo a lo que ustedes, quizá, sí puedan darle sentido, y era que la verdadera razón por la que él me llevaba consigo, era porque tenía un mal presentimiento con Richard. Así que le pregunté por qué y me dijo: “lo que pasa es que Richard se está volviendo loco, me está haciendo muchas preguntas sobre una

cliente y unos papeles, pero como son cosas confidenciales, no le puedo dar ninguna información, así que está molesto o frustrado, no lo sé, pero se está volviendo irracional, medianamente violento y me da miedo que llegue a la casa y te haga daño”.

... Sin embargo, lo que a mí más me llamó la atención fue la clienta esa y los papeles. Así que le volví a preguntar que qué cliente era esa, y de qué papeles estaba hablando, pero él me miró con cara de enojo y me respondió en seco: “son unos papeles de una clienta que tengo y ya, no preguntes más”. Así que lo dejé hasta ahí.

En eso, el jefe volvió a interrumpir con otra pregunta: *¿a dónde quiere llegar con esto, señora Amanda?* Esta no se quedó atrás y le respondió al instante con una pregunta: *¿ustedes recuerdan el interrogatorio que me hicieron ayer?*

A lo que el jefe respondió: *por supuesto, todo está documentado.* Y ella continuó: *ok, ustedes mencionaron a una tal Josephine Callahan, ¿cierto?*

—Eso es correcto. Respondió el detective y seguido preguntó: *¿por qué?*

—Porque yo les mentí. Aclaró la señora, haciendo que los detectives por un momento se miraran los unos a los otros, casi boquiabiertos por lo que ella acababa de decir, no obstante, la dejaron continuar con su relato: *verán... una vez escuché ese nombre, fue una de las tantas veces que pasé frente a su habitación y por necia me acercaba a la puerta para escucharlo hablar. Más de una vez llegué a escucharlo hablando con una de sus amantes, pero en esa ocasión escuché claramente esto: “está bien, Josephine, quédate tranquila que yo a él no le voy decir nada”. Y no sé, oficial, quizás esa Josephine sea la misma del caso que ustedes están investigando, de la que ustedes me hablaron ayer.*

A lo que el detective Valentine interpelló: *¿y por qué no había dicho nada?*

—Porque pensé que se trataba de una de sus amantes, y me dejé llevar por el resentimiento, además, no lo consideré importante hasta ahorita que estoy tratando de atar cabos.

El jefe Jim se acercó a la señora y con amabilidad le dijo: *tiene que decir todo lo que sepa, no se guarde nada porque en un tribunal la pueden enjuiciar por obstrucción de información. Nosotros no haremos nada de eso, pero es necesario que entienda la gravedad del asunto.*

A lo que la señora alegó: *pero aquí estoy.* En eso, el detective Valentine continuó: *está bien, señora Amanda, ¿cree usted que los papeles que Richard quería eran de Josephine?*

—No lo sé con exactitud, pero les puedo asegurar que Richard es una persona complicada, él es un experto manipulador, mentiroso, ágil como nadie, tiene poder de convencimiento, y también es un mujeriego de primera, por eso creo que esa chica, la tal Josephine, probablemente haya sido una amante de él que quizá conoció a través de Andrew o viceversa, no lo sé.

Pero el detective la volvió a interrumpir con otra pregunta: *¿está segura de lo que está diciendo?* Y mirándolo a los ojos respondió: *completamente, oficial.* Por lo que este continuó: *entonces, dígame algo, ¿el señor Richard alguna vez se llegó a quedar en su casa?*

—Sí, pero pocas veces. Respondió la señora, aclarando al instante: *normalmente era cuando se iba de fiesta con Andrew, y fue de un tiempo para acá, anteriormente, nunca.*

—¿Y cuándo fue la última vez que él se quedó en su casa? Preguntó el jefe.

—No estoy segura, creo que hace un mes... pero él tenía llaves de la casa, eso sí lo sé, mi marido le había dado un juego por si se presentaba alguna emergencia, por eso creo que Andrew me llevó a su viaje, porque Richard podía entrar fácilmente... es más, él me había dicho que pensaba cambiar las cerraduras, de hecho, esta misma semana.

Desafortunadamente, el recuerdo la hizo quebrarse en ese momento, se cubrió el rostro con

ambas manos y comenzó a llorar. Los detectives no interfirieron en su pesar, salvo el caballeroso Valentine, quien amablemente se acercó a ella para ofrecerle un pañuelo y algo de tomar; la señora pronto se secó las lágrimas y se reincorporó: *discúlpenme, no es mi intención*. Pero el detective Valentine le preguntó: *¿está segura de que quiere continuar?* A lo que ella respondió: *por supuesto*.

En eso, el jefe Jim intervino de manera tajante: *está bien, señora Amanda, vamos a tratar de terminar rápido para que se vaya a su casa a descansar. Dígame, ¿cuál sería su conclusión al respecto?*

Y ella respondió sin ningún inconveniente ni duda: *bueno, oficial, la verdad es que Andrew jamás se hubiese quitado la vida. Yo estuve casada con él ocho años, sin contar el tiempo que estuvimos de novios. Lo conocía casi como a la palma de mi mano. Él era una persona fuerte, además de hermoso, y siempre enfrentó sus problemas sin ningún temor, amaba la vida y disfrutaba de ella. Por eso yo creo que a él lo mataron, y estoy convencida de que fue Richard*.

Aunque los detectives tenían información sobre ese caso, en conjunto habían decidido no contarle nada a la señora hasta tener listo todo, por lo que el detective Jim Doggett con sutileza finiquitó la reunión: *muy bien, señora Amanda, agradecemos mucho su colaboración, de seguro nos será de utilidad todo lo que nos contó, pero por ahora es mejor que vaya a su casa y descanse, después de todo lo que ha tenido que pasar el día de hoy, creemos que es lo mejor*.

—*Está bien, oficial*. Respondió la señora aceptando la sugerencia, sin embargo, ella se acercó al jefe para pedirle un favor más antes de retirarse: *oficial, esto me da mucha pena pero, ¿podría enviar a alguno de sus muchachos para que custodie mi casa, al menos esta noche?... tengo miedo de que algo pueda pasarme*.

A lo que el jefe contestó: *no se preocupe, señora Amanda, la enviaremos a casa con un oficial que la custodiará hasta mañana, ¿ok?* Y rápidamente dirigió la mirada hacia el novato sentenciando: *de esto te vas a encargar tú, asegúrate de que un oficial la acompañe y pernocte en frente de su casa, que se quede ahí hasta que le demos la orden de retirarse*.

Por lo que la señora en un gesto de agradecimiento abrazó al detective, quien confundido ante el impulso de ella, correspondió con sutileza: *tranquila, señora Amanda, es nuestro deber resguardarla. Usted estará bien, ya verá*. Dando así por concluida la visita.

En tal sentido, la faena había llegado a su fin por ese día, sus mentes y sus cuerpos demandaban descanso. Decidieron cerrar la agenda e incorporarse a las actividades del hogar junto con sus respectivas familias, dejando atrás la estresante pesadez de la investigación policiaca. Aun así, todos estaban deseosos por concluir con los casos.

Al día siguiente, mientras la mayoría de las personas ocupaban su tiempo en los quehaceres matutinos, el repartidor de cartas continuaba detenido en una fría celda de la jefatura, solo, sin siquiera una sábana que lo protegiera del inclemente aire acondicionado. La única compañía que tuvo fue la de un escandaloso grillo escondido detrás de la ventanilla del ducto del aire, la cual se encontraba justo sobre la desesperantemente incómoda cama de hierro que merecidamente lo torturó toda la noche. De manera que para ese entonces, cuando apenas eran las siete de la mañana, el repartidor de cartas no solo había perdido la poca dignidad que le quedaba, sino que también había perdido el vuelo a Moscú, Rusia, además de todos sus bienes y lo más valioso que un ser humano puede tener: su libertad.

DOS DÍAS ANTES: JUEVES 9 DE NOVIEMBRE DE 1995

Como era de costumbre, los viajes mentales de Josephine no faltaban, eran como una especie de rutina que no requería un horario específico, sino más bien de un singular deseo de querer fantasear. Esa mañana cuando la señorita se encontraba frente a su computador entregada a la faena, un sentimiento la invadió de pronto haciéndola reflexionar al momento: *joh, Dios, gracias por todo, qué bueno que esto ya se va a terminar! No sé cómo voy a hacer, pero de ahora en adelante me voy controlar, asistiré a terapias y dejaré todo en el pasado, con Richard fuera del país será mucho más fácil, sin él no habrá más insistencia ni presión, se acabarán las llamadas hostigadoras y las amenazas, ¡seré libre de nuevo! Dios, gracias por llevártelo lejos, pero apúrate, por favor. Te prometo que más nunca volveré a caer tan bajo, te lo prometo, me dedicaré al trabajo, a mi familia y amigos, también adoptaré un perro, uno pequeño para que me haga compañía y remodelaré mi departamento. De verdad, no tengo dudas, tampoco remordimiento, solo tengo unas ganas enormes de volver a empezar y ser feliz.*

Hasta que el viaje fue interrumpido por su encantadora compañera de trabajo y también amiga, Débora Colin, a la que de vez en cuando le tocaba la incómoda tarea de traerla de vuelta al mundo real, lo cual siempre hacía con delicadeza y tacto: *jhey, linda, despierta!* Le dijo entre sonrisas, haciendo que inmediatamente la señorita reaccionara con el característico movimiento de cabeza que hacemos todos al volver en sí, y le dijo: *perdón, Débora, estaba distraída pensando cosas, ¿necesitas algo?*

Y su compañera, con la sonrisa que ya traía puesta, le contestó: *sí, linda, dos cositas solamente, la primera, es que mañana le celebraremos el cumpleaños a Jonathan, será algo sorpresa, así que no digas nada, pero va a ser al final de la tarde, vamos a descorchar un par de botellas y vamos a brindar, algo sencillo, después veremos qué hacemos.*

A lo que ella respondió: *está bien, Déb, me parece genial, ¿y qué otra cosita necesitas de mí?* Por lo que su compañera nuevamente entre risas contestó: *por ahora nada, salvo una carpeta que está en una de estas gavetas.* Y mientras buscaba en el archivero, la señorita Callahan le preguntó: *¿pasa algo malo?*

En ese instante, Débora había encontrado el archivo que buscaba, así que la miró con la misma sonrisa, y al salir de la oficina con el archivo en su mano, le despejó la duda: *no es nada malo, Joseph, quédate tranquila.*

De manera que cada quien retomó sus oficios hasta que la hora de partida comenzó a acercarse, ese mágico y alentador momento por el que muchos aguardan ansiosos. Se podía ver cómo los computadores comenzaban a apagarse uno tras otro, se escuchaban las gavetas cerrarse, más las sillas rodar al paso del desesperado empleado que requiere estar preparado como en posición de combate, antes de que la aguja del reloj marque la seis. Algunos más sigilosos y pacientes, permanecían ocupados sacando provecho del tiempo al máximo como Callahan, quien se había planteado la idea de ir por algo de comida china.

Al cabo de unas horas, cuando la señorita se encontraba en su templo sagrado con su comida servida y frente al televisor de su habitación, el teléfono sonó, estaba justo al lado de ella en la mesita de noche. Inmediatamente pensó en la posibilidad de que fuera quien creía, por lo que optó

por ignorarlo y continuar con lo suyo, sin embargo, minutos más tarde volvió a sonar, así que decidió atender: *aló*.

—*Hola, Joseph, ¿cómo estás? Habla Richard.*

Por alguna razón, Richard siempre creía que sus visitas y llamadas eran de agrado para Josephine, mas no se imaginaba las caras que ella ponía tras el teléfono, o detrás de la puerta, expresiones claras de rechazo y fastidio, muecas casi infantiles pero liberadoras que, en definitiva, le hacían la carga más llevadera: *qué tal, Richard, estoy muy bien, gracias por preguntar, ¿y tú cómo estás?*

—*De maravilla.* Respondió él, preguntando al instante: *¿y tú qué estabas haciendo?* Por lo que ella le contestó con absoluta franqueza: *comiéndome un delicioso arroz chino con camarones, en mi cama, y viendo un poco de tele.*

A lo que este comentó: *me imagino que estás viendo alguna novela, ¿o me equivoco?*

En eso Josephine le refutó: *no, no te equivocas, estoy viendo una novela, aunque también estoy terminando de leer una, no sé si sabes lo que es eso, “leer”.* Por lo que él la interrumpió diciéndole: *bueno, ya, sin ofensas.*

En eso Josephine, bajando el nivel de intensidad, le dio un giro a la conversación y le preguntó: *y... ¿de dónde me estás llamando? ¿Tú no deberías estar en el trabajo?*

—*Pues, sí, debería.* Respondió el repartidor de cartas, agregando al instante: *lo que pasa es que ayer presenté un reposo médico para no tener que ir los próximos días. Quiero empezar mis vacaciones ya.*

Y sorprendida por el extraño plan de retiro de su amigo, Josephine comentó: *bueno, cada loco con su tema, si así te sientes bien...* Pero Richard le preguntó en ese momento: *¿qué te parece si nos vemos mañana? Al menos un rato. Salgamos a comer o a tomar algo.*

Lejos de escuchar una respuesta, Richard solo escuchó el escandaloso y eterno silencio que hubo, tan declarado que hasta lo hizo dudar al punto de preguntar: *aló, ¿estás ahí todavía?* Y aún pensativa, ella respondió: *sí, pero no sé qué decir. Mañana saldré tarde de la oficina, tengo un compromiso previo.* Y en eso, el repartidor de cartas la interrumpió diciendo: *¿no será más bien que te vas a ver con otro, o me estás evitando?*

Y sin titubeo alguno, Joseph le contestó con la verdad: *no es eso, Richard, por Dios, tú siempre viendo fantasmas donde no hay. Mañana es el cumpleaños de Jonathan, un compañero de trabajo.* Haciendo que este exclamara: *¿el afeminado?!*

Pero Josephine no se quedó atrás y le refutó en el acto: *¡no le digas así! Él es un hombre educado y elegante que se sabe vestir, pero de eso tú no sabes mucho.* Y a modo de finiquitar la discrepancia, Richard intentó disculparse: *lo siento, Joseph, perdón... no debí haberme expresado así.*

Sin embargo, Josephine aprovechó la ocasión para llamarle la atención: *lo que pasa es que tú siempre te metes con la gente que no es igual a ti, tienes la mala costumbre de ver defectos en los demás pero nunca te ves los tuyos.* Haciendo que reaccionara con cierto repele: *bueno ya, está bien, lo siento... pero volvamos al punto, ¿nos vamos a ver mañana?*

Y la duda nuevamente invadió a la señorita por un instante, aunque su insistente y necia confianza se empeñó en que valía la pena, por lo que le respondió: *está bien, pero va a ser después de compartir con Jonathan en la oficina... ¿te parece? Y nos vemos en el café Olé Olé que está en la avenida Madison, a eso de las siete y media, ¿sí sabes cuál es ese café?*

—*Sí, claro que sé cuál es.* Respondió Richard con un claro tono de entusiasmo, agregando al momento: *y sí, me parece bien, hagamos así, yo te espero ahí.*

En ese momento la señorita concluyó: *está bien, entonces, quedamos así.*

Lo que jamás se hubiese imaginado Josephine, era que esa “cita” recién pautada con el repartidor de cartas sería su última cita, ni mucho menos pudo haberse imaginado que estaba a tan solo horas de ver a sus compañeros de trabajo por última vez, al igual que las calles de su ciudad, de hecho, ella jamás se pudo haber imaginado que ese exquisito platillo de comida asiática que en su cama degustaba, también sería el último, e inocentemente continuó con lo suyo mientras pensaba: *gracias a Dios ya falta poco para que te vayas. Una parte de mí te va a extrañar por todo lo que vivimos, pero la otra no, de eso estoy segura. De verdad, no sé cómo pude haberme relacionado con alguien así, tan tosco y ordinario como tú, manipulador e insistente. Más nunca volveré a pisar un casino en mi vida, lo juro, primero muerta.*

EN LA ACTUALIDAD: DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE

Esa mañana el sol brillaba diferente para los detectives, el aire que respiraban era de optimismo y cambio, aun así, el novato Jeremy Scott junto con su compañero Eric Valentine se encontraban detallando meticulosamente el informe sobre la conclusión de los casos Callahan y Smith, mientras que su jefe, como buen jefe que era, degustaba de una merecida taza grande de café con crema y sin azúcar, sentado en su sillón, con los pies puestos sobre el escritorio, al tiempo en el que observaba a sus sucesores y pensaba: *algún día tendré que retirarme de este oficio, pero... ¿quién podrá ser mi sucesor? ¿será que alguno de estos dos ocupará mi lugar, o vendrá otro? ¡Quién sabe!*

En eso, el novato Scott, sin ninguna mala intención, lo interrumpe: *jefe, ya está listo todo, si quiere lo revisa nuevamente.* Pero en ese preciso instante, los tres fueron interrumpidos por un oficial que dramáticamente entró a la oficina a dar una noticia: *¡muchachos, algo pasó en la penitenciaria, tienen que ir para allá de inmediato, hay heridos y parece que también hay un muerto!*

Se trataba de una situación bastante irregular, de hecho, era la primera vez que sucedía en los más de veinte años de servicio que tenía acumulado el jefe mayor Jim Doggett. Al parecer, fue un enfrentamiento entre pandillas o algún ajuste de cuentas. No obstante, el jefe se comunicó de inmediato con el director de la penitenciaria para confirmar que su detenido se hallara resguardado, obteniendo en su lugar malas noticias, por lo que envió a un grupo de oficiales al sitio para que iniciaran un proceso investigativo.

Según declaraciones del director, no fue sino a eso de las nueve de la mañana cuando por ley los reclusos fueron sacados al patio para su hora de recreación. Como de costumbre, todo marchaba con absoluta normalidad, los reos jugaban baloncesto, se ejercitaban en las paralelas o hacían flexiones, pero la inmensa mayoría de ellos hablaba entre sí, fumaba cigarrillos y se reía; por su parte, los oficiales custodiaban los alrededores, algunos en tierra firme, otros desde las garitas.

Aunque el ambiente era relajado, de un momento a otro se inició una discusión verbal por unos cigarrillos en medio de la cancha, misma que por desgracia terminó siendo física en solo segundos, extendiéndose casi como pólvora por todo el patio, creando inevitablemente un ambiente de confusión. En consecuencia, los efectivos activaron las alarmas y procedieron a dispersar con balas de salva más una que otra bala de goma a los reos ordenándoles tirarse al suelo, logrando por fortuna controlar la irregular situación en solo minutos. Desgraciadamente, dos policías más siete reclusos terminaron heridos, y lamentablemente, hubo un muerto. Aquellos fueron atendidos en la medicatura de la penitenciaria mientras que este, fue llevado a la morgue del hospital.

En dicha declaración, el director del centro penitenciario también le manifestó algo al jefe Jim, algo que le hizo no solo cambiar el rostro, sino también el curso de su investigación, y era que en cuanto los policías dispararon y los reos se lanzaron al suelo, solo el cuerpo del señor Richard Preston, su recluso, se podía ver aún de pie, tambaleante, con las manos puestas en su estómago, intentaba caminar encima de los demás; claramente, era un acto desesperado por

encontrar un poco de ayuda. Estaba literalmente desangrándose, su expresión de miedo y dolor era espantosa. Balbuceó un par de veces solicitando ayuda, pero terminó por desplomarse.

Al cabo de unas horas, la comisión de investigación ya había hablado por separado con los guardias y había visto los videos de seguridad. Tenían el caso prácticamente cerrado. En efecto, había sido una revuelta aparentemente planificada. La discusión por los cigarrillos fue parte del plan, lo hicieron para confundir a los guardias de seguridad y al mismo Richard. Lo que nadie sabía era que se trataba de un ajuste de cuentas. Así lo declaró el ex pandillero Franklin Francisco Flores Freitas, quien voluntariamente se atribuyó el asesinato de Richard Aaron Preston Jones, alegando que él solo ajustó cuentas.

Era extraño, pero a juzgar por su expresión corporal, daba la impresión de que Franklin Francisco se sentía orgulloso por el crimen que acababa de cometer, como si de alguna manera ese crimen le fuese a ser recompensado. No pensaba en la extensión de su condena, sino más bien en el éxito de su plan.

Por otro lado, el detective Jeremy Scott de manera voluntaria solicitó permiso ante su jefe para interrogar personalmente al responsable de la muerte del repartidor de cartas en aras de finiquitar todos los casos a la brevedad posible, petición a la cual el jefe accedió sin inconveniente.

De esta manera, mientras el oficial se dirigía a la penitenciaría estatal, en esta, dos guardias de seguridad trasladaban al recluso a la sala de interrogación donde permanecería un considerable rato, íngrimo, postrado en una incómoda silla, con esposas y grilletes, mismos que difícilmente le permitirían moverse hasta que el detective hiciera acto de presencia. Sin embargo, la actitud del recientemente imputado era colaboradora y apacible, no parecía sentirse frustrado ni molesto, sino más bien en paz a pesar de la larga condena que aguardaba por él.

Mientras tanto, en la entrada del centro penitenciario tres guardias aguardaban a la llegada del detective Scott. Dos de ellos eran novatos con apenas semanas de experiencia, aun así, cumplían religiosamente con los deberes asignados por su superior quien en silencio y con una seriedad de espanto, no dejaba de mirar hacia afuera, ansioso, como si deseara finiquitar la tarea pronto, hasta que por fin apareció el tan esperado oficial.

Rápidamente el superior se acercó al detective Scott para saludarlo con un apretón de manos: *es un gusto verlo, detective... la buena espera siempre vale la pena.* A lo que este correspondió con el comentario, agregando con una gran sonrisa: *pues... la papa no nace de un día para otro.* E inmediatamente se dirigieron a la sala de interrogación.

Al llegar, los tres guardias de seguridad se detuvieron en la entrada de esta y justo en ese momento, el superior se excusó con el detective ya que debía retirarse para atender algunas tareas previamente asignadas, entre ellas, una llamada telefónica que, según, era de absoluta importancia. Para terminar, se dirigió a los dos súbditos y les dio indicaciones, agregando por último lo siguiente: *ustedes están acá para servir, atenderán al detective en todo lo que él requiera, ¿de acuerdo?* Y mirando al detective culminó: *porque los grandes logros de una organización son el resultado de los esfuerzos combinados de cada individuo, y eso es lo que nosotros somos, una organización.* Haciendo que el detective correspondiera al comentario con otra agrandada sonrisa.

En tal sentido, apenas el superior se marchó, uno de los súbditos tomó la iniciativa y abrió la puerta para que el detective entrara a la sala. A pesar del sonido de destrabe de la cerradura más el característico ruido agudo y chillón que hacen las puertas por falta de grasa o aceite, el recluso permaneció inerte, de espalda, completamente en silencio, no se molestó siquiera en voltear para

cerciorarse de quien entraba, así que el detective rápidamente se paró delante de él, colocó una carpeta marrón en la mesa sin quitarle la mirada de encima, y le preguntó: *¿tú eres Franklin Francisco Flores Freitas?* A lo que este respondió: *sí, soy yo.*

Y mientras el detective se sentaba justo frente a él, le decía: *bueno, por lo que sé, usted ya tiene lo que quería. Como quien dice: quien a hierro mata, a hierro muere, ¿no es cierto, Franklin?* Y con una leve sonrisa de sarcasmo, el recluso respondió: *cada quien recibe lo que merece, oficial.*

En eso el detective Scott, mirando los papeles que tenía en su mano, le preguntó: *de dónde es usted, Franklin, ¿de México?* Pero este le aclaró la duda al instante: *no, señor, mis padres sí son de México, yo nací aquí.*

Pero rápidamente el detective lo interrumpió diciéndole: *está bien, pero antes de que continuemos, tiene que tener en cuenta dos cosas: primero, es necesario que sepa que esta conversación está siendo grabada. Y segundo, de usted depende que acabemos con esto rápido. Nosotros solo necesitamos una declaración suya, más nada, así que trate de responder con claridad, puntualidad y sin errores a mis preguntas, ¿de acuerdo?* Haciendo que el recluso respondiera con un ligero movimiento de cabeza: *sí, oficial.*

— *Muy bien, Franklin* —continuó el detective— *esto que tengo acá en mi mano es su expediente, y veo que ha pasado más tiempo en cárceles y correccionales que en la calle. Alteración del orden público, violencia doméstica, posesión de estupefacientes, resistencia al arresto, robo a mano armada, intento de homicidio y por fin, homicidio calificado, sin mencionar las innumerables multas de tránsito. A lo que el recluso refutó: *pudiera decirle que la mitad de esos cargos no son míos, pero de seguro usted no me creería.**

Entonces, el oficial Scott se acercó al recluso y le dijo: *¿y por qué debería creerle?* Y este le contestó: *porque le estoy diciendo la verdad.* Pero Scott solo lo miró en silencio por un par de segundos, y le dijo: *la única verdad que me va a decir será la que yo quiero oír.* A lo que este, bastante tranquilo contestó: *de acuerdo, oficial.*

—*Entonces, vayamos al grano.* Sentenció el detective, y preguntó: *dígame, ¿por qué asesinó al señor Richard Preston?*

—*Porque se lo merecía.* Respondió el recluso. Y de inmediato volvió a preguntar el detective: *¿dónde, cómo y cuándo se conocieron usted y el señor Preston?* Haciendo que este meditara por unos segundos su respuesta: *bueno, yo le vendía cocaína, él era un cliente mío.* En eso el oficial lo interrumpió con una afirmación: *es decir, que ustedes se hicieron amigos por la venta de droga.*

Pero el recluso aclaró el error en el acto: *no, nosotros nunca fuimos amigos. Él solo llegaba al barrio, compraba droga y se iba, así de fácil.*

—*¿Y por qué lo asesinó?* Volvió a preguntar el detective. Y el recluso aclaró: *verá, oficial, yo estoy preso por culpa de él. A mí me ofrecieron un trabajo para eliminar a alguien, pero cuando vi de quien se trataba, no quise hacerlo.*

—*¿Y qué trabajo era?* Preguntó el oficial. A lo que el presidiario contestó: *se trataba de una chica de rasgos latinos, muy bonita. Tenía que asesinarla y hacerlo parecer un suicidio, pero me negué. Nosotros los criminales estudiamos a la gente primero, no matamos por matar, y ella no merecía eso. Ellos la querían eliminar por dinero.*

En eso, el detective lo interrumpió nuevamente: *¿de quiénes exactamente está hablando?*

A lo que el recluso contestó: *del repartidor de cartas y su amigo, un abogado presuntuoso, no recuerdo como se llama, solo lo vi un par de veces. Ellos fueron los que me ofrecieron el*

trabajo, pero como no quise hacerlo, ambos se vengaron de mí, me delataron con la policía y estos me allanaron, me sembraron droga, me robaron, hasta maltrataron a mi familia, pero lo peor no fue eso, fue que me sembraron expedientes de crímenes que yo no cometí, y aquí estoy, esperando una condena perpetua para nada justa, así que hice lo que tenía que hacer para que sí lo fuera. Ahora sí valdrá la pena mi condena.

—*Pero probablemente lo lleven a la silla.* Dijo el detective sin desconsuelo alguno. A lo que este respondió: *todo tiene su final.*

Y el detective, sacando provecho de la expresión del recluso, le dijo: *entonces, llevemos esto a su final y ahórreme las molestias, firme esta declaración para que terminemos de una vez con esto y así me pueda ir a ver a mi padre que hoy quiero cenar con él.*

Sin más, el recluso se inclinó con la poca movilidad que le brindaban las esposas, tomó el bolígrafo que estaba frente a él, justo al lado de la declaración, y mientras ponía su rúbrica en el papel, le dijo al detective en un tono sarcástico: *le das saludos a tu padre de mi parte.*

UN DÍA ANTES: VIERNES 10 DE NOVIEMBRE DE 1995

Eran más de las seis de la tarde y una emotiva celebración de cumpleaños se llevaba a cabo en la oficina. Todos los presentes disfrutaban de algunas copas de vino, además de los entremeses dispuestos en la mesa de la sala de juntas. Evidentemente, la jornada laboral era parte del pasado, al igual que las apuestas, los timos y los trucos para la señorita Josephine. Esa tarde se había jurado a sí misma cortar toda relación con Richard en cuanto este se marchara a Rusia, pero primero debía asegurarse de que se fuera y por supuesto, de no darle razones para que se quedara, por lo que debía cumplir con la cita pautada.

De manera que mientras estaba sentada a un lado de la mesa, sola, pensativa, haciendo de vez en cuando un ligero escaneo del sitio, especialmente sobre las personas que ahí se encontraban, el cumpleaños se sentó a su lado y le dijo: *gracias por la corbata, Joseph, fue un lindo detalle. De verdad, me gustó mucho.*

En eso ella lo miró con una sonrisa que solo emanaba dulzura, y le dijo poniendo su mano en la mejilla de él: *sabía que te gustaría, Jon, te conozco muy bien.* Y él, quizá por las copas que ya cargaba encima, por agradecimiento o por mero amor, le dio un cálido y fuerte abrazo a ella, quien sin quedarse atrás correspondió de la misma manera.

En cuanto el cumpleaños se incorporó de nuevo a la celebración, Josephine volvió a perderse en sus pensamientos. Pensaba en la cita que tendría en poco tiempo con el repartidor de cartas.

En tal sentido, al cabo de una hora cuando el efecto del alcohol ya estaba más que presente, casi dominando a algunos y corrompiendo a otros, varios de los compañeros de Joseph planificaron continuar con la celebración proponiendo visitar algunos buenos sitios de la ciudad alegando que la noche era joven, y la vida solo una. Vaya manera de expresarse...

Sin embargo, Joseph se vio en la obligación de declinar a la propuesta, y se retiró de la oficina sin dar muchas explicaciones. Se fue de prisa porque se le había hecho tarde mientras se mentalizaba.

Por el camino no dejaba de pensar en la posibilidad de irse a su casa o al club a ver a sus amigas de tenis. Era extraño, pero había algo en ella que a gritos le decía: no vayas. No obstante, ella tenía la creencia de que debía serle fiel a su palabra, y que si no lo hacía, existía la posibilidad de que él no se fuera, así que optó por lo que le decía su creencia y llegó al sitio.

Él, al momento de verla entrar y a pesar de lo acelerada que se le notaba, la abordó con una exclamada pero amigable queja: *¡por fin! ¡Gracias a Dios llegaste!*

Y sin pelos en la lengua, ella le respondió mientras se sentaba: *¡estoy muy bien, gracias por preguntar!* Este se excusó al instante: *es broma, Joseph, ¿cómo estás?*

—*Bien, pero te dije que era el cumpleaños de Jonathan, y que podía llegar tarde, así que no te quejes porque ya estabas avisado, además, ya llegué.* Ambos sonrieron, y rápidamente Richard procuró atender bien a su acompañante: *¿quieres ordenar algo de tomar?*

—*Sí, me gustaría ordenar algo, pero que sea vino, por favor.* En eso, el encantador repartidor de cartas que bien se había arreglado para la cita con su amiga, llamó al mesonero que lo venía atendiendo y le ordenó una botella de Chardonnay con dos copas, más tres diferentes tipos de aperitivos.

Era bastante curioso, pero parecía que el repartidor de cartas se había propuesto esa noche tratar de calar y mantenerse dentro de los estándares de la señorita, comportándose como un refinado caballero, atento, educado y con modales, despertando inmediatamente la atención de ella, quien en ese momento exclamó: *¡wow, Richard, me sorprendes! ¿De verdad piensas acompañarme con un Chardonnay?* Y este le contestó: *por supuesto, ¿por qué?, ¿te parece raro?* Ella sonrió y le dijo con un poco de gracia: *Richard, por Dios, si tú no tomas vino... hoy pareces otra persona, estás siendo amable y hasta andas bien arreglado.*

Él no se quedó atrás y le replicó: *tú también te ves bien. Aunque tú siempre te ves bien, lo mío es porque posiblemente sea nuestra última cita, y quería dejarte una buena impresión.* Y ella le dijo: *es verdad, no nos veremos por un tiempo, deberíamos brindar por tu aventura, ¿te parece?* De modo que Richard alzó su copa y dijo: *mejor brindemos por los dos.* Y sonaron las copas.

Richard parecía tener controlado todo, su habilidad para hablar y mantener una conversación era innata, además de la gracia que tenía. Así que continuó: *bueno, Joseph, cuéntame algo, ¿cómo te fue hoy en el trabajo?*

—*Me fue bien, gracias a Dios.* Le dijo ella mientras lo observaba servirle otra copa de vino al tiempo en el que ratificaba: *sabes que casi nunca pasa nada interesante en esa oficina, siempre son números y números, cuentas y más cuentas, pero nada interesante sucede, nunca... todo es igual siempre, aun así estuvo bien, la fiesta sorpresa de Jonathan fue la que hizo el día.*

—*¿Y qué le hicieron?* Preguntó Richard.

—*Nada de otro mundo, solo una torta con algunos entremeses y un par de botellas de vino... de hecho, la fiesta continuó, no en la oficina, pero sí en algún lugar de la ciudad.* Y drásticamente cambió el tema de conversación por uno que deseaba abordar: *y tú qué tal, cuéntame sobre tu viaje, ¿estás preparado?*

Y este le dijo: *pues, sí, ya tengo todo listo, aunque te confieso que ando un poco ansioso, y medio nervioso porque salgo para Rusia el próximo viernes en la noche.*

Por lo que ella exclamó: *¡wow, qué pronto! Pero me alegra, y me imagino que tu amigo te va a estar esperando, ¿o no?* Haciendo que este sonriera antes de responderle: *pues, claro, si no, no iría, me asusta mucho llegar a un sitio desconocido.*

En lugar de mostrar interés por la confesión de cobardía de su “amigo”, ella sacó provecho del momento para contarle algo, algo que unos días atrás no se atrevió a decirle por lo irrelevante que le pareció en ese momento, pero por alguna razón, esa noche quería decírselo, así que procedió: *¿sabes algo, Richard? De los lugares que me mencionaste la otra vez, esos a los que querías ir de viaje, el que más me llamó la atención fue Venezuela.*

—*¿Y eso por qué?* Preguntó él.

—*Porque yo viví allá cuando era niña.* En eso, él exclamó: *¡¿en serio?!* Y ella rápidamente le respondió con cierta emoción y muy sonriente: *¡sí! Eso fue hace muchos años, yo era una niña. Nos regresamos cuando tenía apenas doce años, así que imagínate, no es mucho lo que recuerdo, pero sí tengo recuerdos. Y la verdad, no sé por qué nunca te conté nada.*

—*¡Por mala!* Exclamó él en tono de broma, pero ella correspondió con una sonrisa y continuó con su historia: *bueno, por mala o no, igual te lo voy a contar: mi papá trabajó para una siderúrgica trasnacional que estaba aquí mismo, pero un día necesitaron a un ingeniero en Venezuela, y lo eligieron a él, así que nos llevó a todos, iba a ser solo por un año, pero terminaron siendo como cinco años, todos en el mismo sitio.*

En ese momento, Richard, con una poética cara de asombro, le preguntó: *¿y cómo se llamaba*

la ciudad donde vivías?

—*Puerto Ordaz. Le respondió ella, agregando también: ¡a mí no me gustaba! Pero como era una nena no podía hacer nada.*

—*¿Y por qué no te gustaba?*

—*Porque hacía mucho calor, y donde vivíamos era una urbanización de puros ingenieros, imagínate: aburrida y silenciosa; parecía muerta. Ahí Richard la interrumpió tajantemente: y si no te gustaba, ¿por qué pensaste en ese país cuando te hablé de viajar?*

—*Porque cuando me dijiste que estabas considerando ir a Venezuela, pensé en Barquisimeto, no en Puerto Ordaz. Por lo que rápidamente Richard preguntó: ¿y qué es Barquisimeto? A lo que ella contestó: es una ciudad muy bonita, déjame y te cuento.*

Pero antes de continuar, la señorita muy sonriente procuró ponerse cómoda en la silla, al tiempo en el que Richard completaba las copas con un poco más de vino, y le dijo: *bueno, mi papá se hizo muy amigo de un ingeniero que era de allá, no recuerdo su nombre, pero todos los años íbamos a pasar las vacaciones en esa ciudad. Tiene unos atardeceres espectaculares, el clima es fresco, las montañas están cerca, también las playas... esa ciudad es lo que más recuerdo... ¡ah! Y la comida también.*

Para Richard, la historia que su compañera le contaba se hacía cada vez más degustable, quizá por su elocuencia y lo interesante que naturalmente era. Para ese entonces, él tenía en su cara una expresión que denotaba interés, y continuó con la conversación: *¿y qué comida recuerdas?*

—*Bueno, recuerdo las arepas con diablito. Y con una clara expresión de curiosidad, él exclamó: ¡¿arepa con diablito?! ¿Qué es eso?*

Y una poderosa risa salió de las entrañas de Joseph, haciendo que casi se ahogara, aun así le dijo: *la arepa es como un sustituto del pan, es circular, se hace con harina de maíz y se puede rellenar con muchas cosas, generalmente con queso, pero a mi hermano y a mí nos gustaba con diablito, es una especie de jamón pero molido, y viene enlatado... ¡es delicioso! Al igual que las hallacas.*

Y con una expresión de curiosidad, él le preguntó: *¡¿hallacas?! Pero con un poco de gracia ella le respondió al instante: ¡eso es más rico todavía! Es como una especie de tamal, ¿lo conoces?*

—*Eso sí lo conozco. Respondió él, agregando al instante: pero la hallaca no.*

Entonces, ella sonrió y le dijo: *la hallaca es una comida que preparan con la misma harina de la arepa, pero le ponen algo a la masa para que quede como amarilla y luego la extienden en una hoja de plátano o banano, le colocan un guiso de carne que lleva varias cosas, y las doblan, las amarran con hilo, y después las cuecen en agua hirviendo por unos minutos, son una delicia.*

Y Richard, asombrado ante tal descripción, exclamó: *¡qué locura eso que me estás contando! Jamás había oído algo sobre la hallaca. ¡Pero parece buena! En eso, Josephine afirmó: ¡no son buenas, son buenísimas! La hacen solo en diciembre, pero deberían prepararlas todo el año.*

Quizás haya sido por la cantidad de copas que ambos habían ingerido hasta ese momento, o por la singular manera de quererse que tenían, pero la noche comenzaba a transcurrir mejor de lo que esperaban, ella parecía sentirse cómoda con la compañía de él, así que continuó con su historia: *y algo dulce que me gustaba mucho: las catalinas y la nucita.*

Por lo que el rostro de él cambió considerablemente ante la curiosidad: *¡¿catalinas y nucita?! La única Catalina que conozco es una compañera de trabajo.*

En eso ambos comenzaron a reírse, pero Joseph de igual manera le aclaró: *en este caso te*

estoy hablando de un pan dulce que tiene forma de arepa, pero es con otro tipo de harina y son marrones, esa es la "catalina", y la nucita, es básicamente un chocolate que venía en un pequeño envasito cuadrado, con su paletica, era espectacular; dos tipos de chocolates... mamá siempre nos manipulaba a mi hermano y a mí con eso, sabía que le haríamos caso con tal de comer un poco.

Entonces, el repartidor de cartas se acercó a Josephine y le dijo: *¡me encanta todo lo que me estás contando! Incluso, hasta me están dando ganas de cambiar el pasaje para Venezuela, y en vez de ir a Moscú, irme directo a Barquisimeto.*

Ambos se rieron por el comentario, sin embargo, Josephine le aclaró algo a su compañero de copas, algo que de seguro él no sabía: *creo que debes llegar primero a Caracas, la Capital, y de ahí sí vas a Barquisimeto, lo malo es que no va a estar tu amigo esperándote.* Haciendo que el repartidor nuevamente se riera.

Inmediatamente, ella le dijo en un tono más serio: *deberías considerar ir, de verdad, te vas a enamorar de los atardeceres de esa ciudad, y de la comida también.*

A lo que este respondió: *de acuerdo, lo pondré en mi lista de sitios por visitar, te lo prometo.*

Y de esa manera la noche continuó con temas de conversación agradables, algunas risas, varias botellas de vino y deliciosos entremeses, hasta que el cansancio alcanzó a la señorita Josephine, quien luego del tercer bostezo medianamente disimulado, decidió dar por concluida la velada. Estaba, además de fatigada, un tanto pasada de copas, su cuerpo le pedía una ducha tibia, ropa limpia y cama, se disculpó con su amigo e inmediatamente pidieron la cuenta.

No obstante, antes de irse cada quien para su casa, ambos decidieron verse de nuevo al día siguiente para almorzar, pero en esa ocasión lo harían en el departamento de ella. Evidentemente, era una propuesta planteada por el repartidor, alegando que así tendrían más privacidad, comprometiéndose al instante con llevar la comida y la bebida. Ciertamente, ella en un principio no estuvo del todo segura, ya que iría en contra de sus propias normas o leyes, sin embargo, la abrumadora insistencia de su inigualable amigo terminó por convencerla.

Desafortunadamente para ella, la decisión que inocentemente tomó esa noche marcaría las horas y los minutos previos a su despedida de este mundo.

EN LA ACTUALIDAD: DOMINGO 19 DE NOVIEMBRE

A pesar de que era domingo y de noche, el trío de detectives no daba descanso, en ese momento se hallaban deliberando cómo ocurrieron los hechos con base en las evidencias obtenidas, y en conjunto llegaron a la siguiente conclusión:

La víctima en este caso, conocida como Josephine Eileen Callahan Reyes, mantenía una relación amorosa y en secreto con el señor Richard Aaron Preston Jones (repartidor de cartas del casino Golden Coin), amigo íntimo del doctor en leyes Andrew Corbin Smith Hayes (abogado de la firma J&Z Asociados), quien también fuera amigo de esta.

Entre la pareja desarrollaron un lenguaje de señas, más unos que otros trucos que en ocasiones aplicaron en el casino Golden Coin (a modo de juego), obteniendo de ellos, eventualmente, buenos resultados.

En tal sentido, el abogado junto con el repartidor de cartas al reconocer que a través de la señorita podían extraer importantes sumas de dinero de ese casino, sacaron provecho de la situación, idearon un plan que incluía sobornos y manipulación de equipos, por lo tanto, la convencieron de hacerse pasar por mujeres distintas para así aplicar los trucos. De esta manera, la pantomima de ganadora en las máquinas manipuladas y las dramatizaciones en el juego de mesa donde trabajaba el señor Preston serían aplicadas sin despertar suspicacia. Acordaron anticipadamente que el abogado sería quien mantuviera el dinero en resguardo como “falso” testafarro de ella. Fiel creyente de esa “farsa”, la señorita firmó una serie de documentos amañados y previamente redactados por el abogado (documentos que dudosamente pudo ella haber leído), para eventualmente utilizarla como instrumento delictivo hasta obtener una suma de dinero que satisficiera dichas ambiciones y posteriormente arrebatarse inescrupulosamente la vida, simulando dicha fechoría con un escenario de suicidio; así se quedarían legalmente con el dinero extraído del casino.

Adicionalmente, la reconstrucción también indicó que el señor Preston intentó inculpar a quien fuera su “socio” de estafa, el abogado Smith, colocando meticolosa y estratégicamente en el departamento de la víctima un cepillo de dientes más un reloj de mano que, en efecto, le pertenecían al abogado. Esto le permitiría dirigir la atención de los oficiales hacia Andrew como responsable del asesinato.

A pesar de no contar con una declaración jurada, la reconstrucción de los hechos indicaba que fue un crimen planificado con alevosía, un homicidio con clara evidencia de indefensión de la víctima y aprovechamiento de ese estado por parte del homicida, en este caso, el señor Richard Preston. Las evidencias que lo ubican como autor del hecho son las siguientes:

El análisis de grafología hecho a la letra de la carta hallada en la escena del crimen resultó coincidir más con la letra del señor Preston que con la de Callahan.

La madre de la víctima, la señora Katherine Callahan, declaró que su hija había sido una mujer delicada y bastante selectiva a la hora de comer, y que ella no comía alas de pollo ni tomaba cerveza, los cuales se encontraron en la escena del crimen, mismos que, casualmente, aparecían reflejados como pago en una de las tarjetas de crédito del señor Preston, quien además, en una de sus declaraciones afirmó que tenía cierto gusto por ese tipo de alimentos y bebidas.

A su vez, el conserje del edificio donde vivió la víctima aseguró en una de sus declaraciones haber visto al señor Preston el sábado 11/11 (un día antes de ser hallado el cuerpo) hablando desde un teléfono público a media cuadra del conjunto residencial, con una bolsa de comida chatarra más unas cervezas colgando de una de sus manos.

Además del testimonio de la esposa del abogado, la señora Amanda Smith, quien también lo hiciera responsable de la muerte de su marido, estaba el boleto a Moscú (evidentemente huiría del país).

Por lo descrito anteriormente, se concluyó que el señor Richard Aaron Preston Jones asesinó a la señorita Josephine Eileen Callahan Reyes en complot con el abogado Andrew Corbin Smith Hayes, siendo el primero el autor intelectual y material del crimen.

En tal sentido, luego de la fechoría ambos se repartirían el botín, sin embargo, el abogado aparentemente cambiaría de planes en el proceso, pues supo que su amigo había tratado de inculparlo. Por su parte Richard, en un acto de frustración e invasión de ira porque no logró la aprehensión del abogado ni su parte del acuerdo, le arrebató también la vida al abogado disparándole a quemarropa en su propio auto y con su propia arma.

En cuanto a la muerte del señor Richard Preston, el recluso del centro penitenciario del Estado, Franklin Francisco Flores Freites, se declaró culpable, asegurando que se trataba de un ajuste de cuentas.

De manera que los responsables de la muerte de la señorita Josephine Callahan fueron: Richard Aaron Preston Jones y Andrew Corbin Smith Hayes, también declarados muertos.

DÍA DEL ASESINATO: SÁBADO 11 DE NOVIEMBRE DE 1995

Era una mañana radiante y fresca, armonizada por el cántico de las aves que de a poco y sin ningún orden particular, fue despertando a la comunidad del Green Valley, entre ellos, a la señorita Josephine Callahan quien enredada en sus cobijas comenzaba a despertar.

Abriendo sus ojos lentamente, ella miró por un momento el techo y como es de costumbre para muchos, comenzó a estirar su delgado cuerpo, acompañando ese tan humano ritual matutino con un profundo y largo suspiro que desembocó en un: *joh, por Dios!* Justo al momento de recordar lo que había hecho la noche anterior.

Inmediatamente sintió su corazón acelerarse y un poderoso sentimiento de remordimiento se apoderó de ella, por lo que rápidamente salió de la cama, tan rápido que fue de un solo tirón, quedando así solo en pijama a la orilla de la misma, donde inevitablemente se preguntó: *¿y ahora qué voy a hacer?*

Ella sentía que debía declinar a la propuesta de su “amigo”, pero también sabía que en pocos días se lo quitaría de encima, de manera que trató de poner todo en una balanza mientras permanecía sentada: *que vengas no es el problema... el problema es que te vayas a poner necio... aunque ayer estuviste tranquilo, ojalá que hoy también.*

Mirando hacia el techo se persignó al tiempo en el que decía: *qué más da, por un rato más que te vea no creo que vaya a pasar algo malo. Además, más temprano que tarde estarás en Rusia bebiendo Kvas y bailando como ellos.* De esa manera salió de la cama, optimista como de costumbre, para encarar las actividades que le esperaban esa mañana.

Por otro lado, el repartidor de cartas se encontraba más que despierto, estaba ansioso por el momento que se avecinaba, él simplemente repasaba su macabro plan una y otra vez, sin remordimiento de conciencia alguno, solo con el consentimiento de su avaricioso y perverso deseo de hacerse dueño de la fortuna de la señorita, claro, junto con su amigo, quien para ese entonces se encontraba oportunamente atendiendo unos asuntos laborales fuera de la ciudad, en una localidad cercana y en compañía de su esposa Amanda.

Quizás haya sido por la emoción o por la adrenalina que le daba el solo hecho de pensar en lo que pronto acontecería, que el repartidor de cartas se saltó una de las principales normas de la mayoría de los delincuentes (la discreción), porque llamó a su socio, el abogado Andrew Smith, a su teléfono privado con el objetivo de aclarar algunos puntos.

Esa mañana el abogado desayunaba junto con su esposa en el restaurant del hotel donde se hospedaban, cuando de pronto sonó su teléfono, por lo que inmediatamente detalló el número en la pantalla y luego contestó como si nada: *buen día, Laura, espero que lo que me tengas que decir sea realmente importante porque estoy desayunando justamente ahorita con mi esposa.*

A lo que Richard le respondió en tono gracioso: *ok, jefecito, solo lo llamaba para decirle que todo va como se planificó.*

—*Está bien, ¿alguna cosa más?* Respondió el abogado.

Pero Richard continuó: *hoy me veo con ella en su departamento al mediodía para almorzar. Ya la tengo lista, así que ve preparando lo mío.*

En eso, Andrew le contestó: *bueno, pero eso lo tendremos que hablar después, cuando*

llegue, yo ahorita estoy ocupado, así que tienes que esperarte. Y con un tono diferente, Richard le replicó a su socio: *hermano, yo estoy cumpliendo con mi parte tal cual como lo acordamos, así que cumple tú con la tuya. Recuerda que me voy en unos días y no puedo esperar tanto por mi dinero, así que no me vayas a quedar mal, por favor.*

Andrew, como buen abogado que era, astuto y sagaz, le respondió de inmediato: *bueno, ese cliente es complicado, y eso va a requerir de tiempo, son varios papeles los que hay que firmar, es un protocolo que no me puedo saltar, y tú lo sabes, Laura, ya te lo había dicho.*

Lo que hizo que Richard reaccionara con el siguiente argumento: *hermano, nosotros quedamos en que tú me harías un traspaso de tu cuenta y que te quedarías con todo lo que Josephine y yo habíamos sacado del casino, así que pásame lo mío y después te las arreglas tú con tus papelitos. Además, es mucho más lo que te va a quedar a ti, así que no me vayas quedar mal y haz eso hoy mismo, por favor.*

Por lo que el abogado respondió: *quédate tranquila, Laura, que eso se puede hacer, yo conozco a ese cliente, confía en mí y concéntrate en la tarea, después hablamos de lo demás.* Pero Richard, ni corto, ni perezoso, le replicó para concluir: *porque conozco a ese cliente es que insisto, no me vayas a quedar mal.* Haciendo que Andrew sonriera y le dijera: *gracias, Laura, igual para ti.* Dando así por concluida la llamada.

Para ese entonces, todo parecía estar saliendo a la perfección: la cita en el departamento de Josephine estaba asegurada, los elementos que usaría el pseudo criminal del repartidor de cartas para finiquitar su propósito estaban en su bolso y los convenios que había acordado con el abogado estaban bajo palabra. Básicamente, las condiciones estaban casi listas para cometer el “crimen perfecto”.

Todos estaban perfectamente preparados, aguardando con ansias ese momento, la única persona que no estaba preparada era la pobre e inocente Josephine, quien con una necia y persistente resaca limpió meticulosamente su departamento, dejándolo reluciente y perfumado para recibir a quien creyó por un tiempo (con todo y sus defectos) su amigo.

Cuando eran pasadas las doce del mediodía, el teléfono sonó, los nervios o quizá la ansiedad la atacaron por un instante, ella cargaba consigo un evidente desánimo, así que sabiamente escondió esos sentimientos tras una actitud de cordialidad, justo antes de atender la llamada de su amistoso y carismático homicida, quien la llamaba desde un teléfono público ubicado a tan solo media cuadra del departamento de ella. La razón era ponerla al tanto para que fuera abriéndole la puerta.

En ese momento la resaca había quedado en el olvido, sin embargo, esos sentimientos que bien temprano se habían despertado dentro de ella, haciéndola sentir mal y arrepentida, reaparecieron nuevamente, no obstante, luego de colgar el teléfono, ella se dispuso a orar hasta que escuchó el timbre sonar, se paró justo en frente de la puerta, respiró profundo y con los ojos bien cerrados se persignó. Así fue como le abrió la puerta a su errada decisión.

Hipócritamente, Richard estaba allí parado con una gigantesca sonrisa, tenía los brazos medianamente extendidos, sostenía con una de sus manos una bolsa con la comida y la bebida, y en la otra llevaba su bolso personal. Era como si él creyera que su llegada era de extrema alegría y felicidad para la dueña del departamento, la cual, con una admirable educación le dio la bienvenida: *buenas tardes, Richard, pasa adelante y ponte cómodo.*

A lo que este correspondió mientras entraba y se sentaba en una de las sillas de la mesa del comedor: *¡gracias, Joseph! Mira lo que traje para comer, alas de pollo y cervezas. Sé que a ti casi no te gusta esto, pero esta vez lo comerás, ¿cierto?*

Y con cara de resignación y gracia, Josephine comentó: *será un derroche de elegancia y buen gusto, gracias por traer algo*. Pero como Richard sabía perfectamente como era ella, continuó: *vamos a disfrutar de este maravilloso almuerzo chatarra, y vamos a pasarla bien*.

De manera que ella correspondió con él: *tienes razón, vamos a disfrutar de la comida y la cerveza, así que vamos a servirnos unas de estas latas, pero, ¿cómo prefieres tomarla?, ¿en vaso o directamente de la lata?*

A lo que este le contestó: *directo de la lata, así es más sabrosa*. No obstante, ella conservó la elegancia y se sirvió la suya en una copa.

Y así poco a poco los minutos fueron pasando, fueron tomándose las bebidas y fueron comiéndose las alas de pollo. La tarde transcurría con cierto aire de agrado, ninguno parecía sentirse incómodo, se reían, se contaban anécdotas y algunos secretos que se tenían reservados, hasta que la pobre e inocente Josephine, producto de las cervezas que había ingerido, fue atacada por un inclemente deseo de orinar, por lo que tuvo que abandonar la estancia en la que se encontraban para ir al baño, dejando sin querer, un espacio de tiempo más que oportuno para que el pseudo criminal de Richard colocara en la bebida de ella un poco de escopolamina.

Minutos después, la señorita salió del baño sonriente por el efecto del alcohol, poniéndose nuevamente cómoda en su mueble preferido, mientras su falso amigo la persuadía para que hicieran una competencia, una especie de apuesta que consistía en ver quién se terminaba primero la bebida, una propuesta aparentemente amistosa a la que ella accedió, determinando desafortunadamente sus últimos minutos de vida.

EN LA ACTUALIDAD: LUNES 20 DE NOVIEMBRE DE 1995

Como todas las mañanas en la oficina del Departamento de Homicidio, el movimiento de gente era especial, todos ocupaban su tiempo en algo en particular, algunos hablando por teléfono, otros recibiendo o procesando casos, revisando las anotaciones de sus agendas o hablando entre sí, mientras que el Capitán del Departamento, Jim Doggett, se preparaba para encaminarse a las propiedades de las señoras Amanda Redman Smith y Katherine Callahan, eso sí, en compañía del reservado y serio detective Eric Valentine, y del novato pero destacado detective Jeremy Scott.

Al momento de llegar a la propiedad de la viuda, ella gustosamente los recibió, y aunque en su rostro se reflejaba el desgaste de la tristeza que la acompañaba, el sentido de la cortesía permanecía intacto. Rápidamente invitó a los detectives a pasar a la sala, e insistió en preparar un poco de café antes de comenzar a charlar.

Como era de costumbre, el jefe Jim fue quien habló primero: *Nosotros sabemos que es una situación difícil por la que usted está pasando, pero dentro de lo que cabe, venimos a traerle buenas noticias.* De manera que la señora exclamó: *¿¿encontraron al culpable?!*

En eso, el detective se acomodó el nudo de la corbata y le dijo: *la verdad es que sí, pero tuvimos mucha suerte al resolver este caso con tanta brevedad, no siempre es así.* Haciendo que se despertara profundamente el interés en ella y preguntara: *¿¿quién lo hizo?!*

—*Pues... resulta que usted estaba en lo cierto, señora Amanda.* Le respondió el jefe con absoluta franqueza, mirándola a los ojos: *el hombre que asesinó a su esposo fue su propio amigo, el señor Richard Preston.*

Ocasionando en ella una ineludible reacción de rabia y frustración reflejada en su rostro y en ese nudo en la garganta que por poco le impidió exclamar mientras apretaba los puños: *¡lo sabía! Sabía que habías sido tú, maldito cretino, infeliz.* E inmediatamente le preguntó al jefe: *¿cómo lo descubrieron?, ¿ya lo tienen preso?*

En ese preciso instante los tres detectives se miraron a las caras, como si ninguno quisiera responder a la pregunta, pero rápidamente el jefe habló por el grupo: *en los videos de seguridad del estacionamiento donde ocurrió el incidente, nosotros pudimos observar a un sujeto de suéter con capucha obligar a su esposo a entrar al auto, minutos después, el mismo sujeto salió, pero esta vez con un maletín en su mano. De manera que tomamos el arma hallada dentro del auto junto al video de seguridad y lo enviamos al laboratorio para un inmediato estudio dactiloscópico y de reconocimiento facial, encontrándonos con una huella en la empuñadura del arma, la cual pertenecía al señor Preston, más un resultado de 98,1% de exactitud en cuanto al reconocimiento facial, así que más claro no canta un gallo, pero da la casualidad, señora Amanda, que nosotros esa mañana antes de tener conocimiento sobre la muerte de su esposo, ya teníamos al señor Preston bajo custodia por el asesinato de Josephine Callahan, y resulta que en el cateo que le hicimos a la propiedad de él, nos conseguimos con un llamativo maletín que resultó ser el de su marido, el doctor Smith. En él había varios documentos que lo comprobaban, entre ellos, algunas copias de trámites que había hecho con la señorita Josephine Callahan, por lo que en el último interrogatorio que le hicimos a Preston, ya con las evidencias en la mano, a él no le quedó más alternativa que aceptar su culpabilidad, pero solo*

esa.

En eso la señora interrumpió al oficial preguntándole: *¿y no les dijo nada?* A lo que el detective le contestó con un gesto de inconformidad: *él no dio mayores explicaciones, solo aceptó la culpabilidad por el homicidio de su esposo y listo.* Aun así, la señora volvió a preguntar: *pero... ¿de verdad no les contó nada?, ¿no les dijo por qué lo hizo? Es decir, debería haber una razón, ¿no lo creen?*

—*Por supuesto que la hay.* Respondió el jefe Jim, agregando al instante: *por fortuna nosotros tenemos la capacidad de poder reconstruir los hechos de cualquier caso con base en las propias evidencias, y resulta que las evidencias en concreto de ambos crímenes involucran de forma directa al señor Richard Preston como autor intelectual y material.*

En eso la señora, en medio de su asombro, con la mirada puesta en el detective, preguntó: *¿y por qué fue que lo asesinó?*

A lo que el detective respondió con tono de reflexión: *avaricia, señora Amanda, existen documentos y pruebas que los implicaban no solo a ellos, sino también a la señorita Josephine Callahan en un delito de estafa. Todo indica que entre el señor Preston, el doctor Smith y la señorita Callahan extrajeron cierta cantidad de dinero del casino Golden Coin, en apuestas fraudulentas, sobornos y manipulación de equipos, mismo dinero que posteriormente fue puesto en manos de su esposo, en calidad de apoderado y testaferro con el propósito de mantener las cosas con discreción.*

Para ese momento, la cara de la señora era de asombro total, estaba boquiabierta, estupefacta, de manera que el detective y jefe continuó con su relato: *con base en las evidencias, nosotros asumimos que hubo discrepancias o ambiciones personales de por medio, por lo cual las cosas se salieron de control y terminaron de esa manera. Al parecer, Richard y su esposo querían el dinero solo para ellos, por lo tanto, planificaron la muerte de su socia Josephine haciéndolo parecer un suicidio, no obstante, luego de que Richard hiciera el trabajo sucio, la repartición de dividendos, aparentemente, fue unilateral por parte de su esposo, lo cual provocó la ira y posterior delito de Richard. Algo así como un ajuste de cuentas.*

Y claramente afligida por lo que escuchaba, la señora comentó: *jamás llegué a imaginar que algo así pudiera sucederme. Esto es abrumador.* Por esta razón, el detective le replicó: *nadie se espera algo así. Solo tiene que superarlo, no permita que le afecte.*

En eso, la señora suspiró profundamente y dijo: *lo sé.* Y mientras se secaba una lágrima con la mano, le preguntó al jefe: *¿y en qué cárcel lo tienen?*

Por lo que los tres detectives se volvieron a mirar a las caras, pero luego de carraspear la garganta, el jefe avanzó aclarándole la inquietud a la viuda: *bueno, señora Amanda, lo que sucede es que él no está preso, el señor Richard Preston está muerto, lo asesinaron en la penitenciaría ayer en la mañana.*

E inmediatamente, el detective Valentine afirmó: *es cierto, al parecer tenía enemigos ahí dentro.* A lo que el jefe continuó: *incluso, el homicida declaró de forma voluntaria su culpabilidad, alegando que se trataba de un ajuste de cuentas.*

Eso hizo que la señora palideciera dramáticamente, quedando prácticamente inmóvil con las manos tapando su boca, pero sin quitar la mirada del jefe quien ante el silencio y estupefacción de ella continuó hablando: *la mayoría de las personas prefieren ver a los responsables pagar una condena, pero no siempre es así. Véalo por el lado justo, quien a hierro mata a hierro muere. Además, ya todo lo peor pasó, usted ahora tiene una oportunidad única para comenzar con una nueva vida, para reinventarse, solo cierre el ciclo con sabiduría.*

Como si no hubiese escuchado nada, la recientemente viuda miró a los tres detectives y les preguntó: *¿de verdad, Richard también está muerto?*

—*Afirmativo.* Respondió el jefe, agregando al instante: *nosotros mismo vimos el cuerpo sin vida de él en la morgue.*

Y claramente confundida por lo que escuchaba, la señora comentó: *esto es abrumador, de verdad que me va a costar mucho superarlo.* A lo que el detective le replicó: *lo superará, solo es cuestión de tiempo.* Pero ella continuó: *me decepciona mucho saber esas cosas de ellos, no es nada fácil escucharlos a ustedes. Ahora sé con exactitud quién fue el que le hizo eso a Andrew, pero también sé por qué lo hizo, y eso me confunde mucho, es como si fuesen otras personas.* En eso suspiró profundo y dijo: *¿cómo me gustaría retroceder el tiempo!* Y mientras se secaba otra lágrima con la mano, le preguntó al jefe: *¿hay algo que deba hacer o firmar?*

—*No, señora.* Respondió el jefe mientras se levantaba de la silla y continuaba: *solo venimos a notificarle, ya tenemos que irnos, gracias por recibirnos.* Haciendo que la señora correspondiera de la misma manera: *gracias a ustedes por haber venido, han sido muy amables conmigo.* Dando así por concluida la incómoda visita.

No obstante, como es bien sabido, la labor del detective es casi interminable, para ese entonces a ellos todavía les faltaba algo más por hacer. Al salir de la residencia de los Smith, rápidamente se dirigieron a la de los Callahan, en aras de finiquitar el trabajo.

Al momento de llegar a la urbanización de los padres de Josephine, los oficiales notaron que la puerta de la casa se encontraba abierta, inmediatamente detuvieron el auto, observaron meticulosamente el sitio por unos segundos hasta que vieron a la señora salir con una regadera en sus manos, lo cual hizo que el detective Valentine exclamara: *¡ah, está regando las matas!* Pero el detective Jim, con su característica personalidad, se bajó de inmediato saludando a la señora, quien sonriente aguardó por los detectives justo en la entrada. Ella presentía que eran buenas noticias las que traían, y en cuanto los tuvo cerca, los saludó con amabilidad diciéndoles: *¡buenos días, oficiales, me da mucho gusto verlos!*

—*El gusto es nuestro, señora Katherine.* Correspondió el detective Doggett mientras se quitaba el sombrero en señal de respeto. En eso, la señora le preguntó: *¿a qué se debe esta visita?*

—*Pues, les traemos noticias sobre la resolución del caso de su hija.* Por lo que la señora mostró cierta emoción y los invitó a entrar para que tomaran café y degustaran algunas galletas caseras hechas esa misma mañana.

De manera que una vez instalados en la sala y en compañía del señor James Callahan, el detective y jefe abordó el tema: *bueno, señores, el caso ya está cerrado, hallamos al responsable de la muerte de su hija.* Haciendo que la señora exclamara mientras levantaba sus manos: *¡gracias a mi Dios!*

—*¿Y quién es el responsable?* Preguntó el señor.

A lo que el detective respondió: *¿ustedes recuerdan que les habíamos hablado de un tal Richard Preston, el cual mantenía una relación en secreto con su hija?*

—*¡Sí, cómo olvidarlo!* Expresó la señora con un claro gesto de desagrado y decepción. E inmediatamente, el detective mirándola a los ojos le dijo: *ese mismo sujeto resultó ser el autor intelectual y material del caso.*

En eso ambos señores, estupefactos ante tal noticia, preguntaron a los oficiales: *pero... ¿quién era exactamente ese tal Richard? Nosotros nunca lo conocimos. ¿Por qué le haría algo así a nuestra hija? Ella no merecía eso.*

Y con gentileza el detective intervino: *en realidad nadie merece lo que le hicieron a su hija. Procurando en el acto aclararle las cosas a ambos: verán, el señor Richard Preston y su hija eran pareja, pero por alguna razón mantuvieron esa relación en secreto. Desafortunadamente, terminaron engañando al casino Golden Coin, básicamente lo estafaron.* Razón por la cual la señora bajó la cabeza en señal de vergüenza e interrumpió al oficial: *¡Dios mío, cuánto dolor siento al escuchar esto!*

Sin embargo, aunque era obligación del jefe hacerles saber a los señores sobre lo sucedido, al escuchar esas palabras prosiguió con un poco más de tacto: *la entiendo más de lo que cree. Nosotros nos enfrentamos con este tipo de situaciones casi todas las semanas, y de verdad, lamento mucho tener que decirle estas cosas, pero es así, en los videos de seguridad que nosotros vimos, observamos como ellos trabajaron en equipo por varios meses. Básicamente estafaron al casino a través de apuestas fraudulentas, manipulaciones técnicas y persuasión. De esa manera fue como lograron extraer dinero del casino.*

Y con un nudo en la garganta, la señora volvió a interrumpir al detective con una declaración personal: *mi esposo nunca quiso que yo trabajara, por eso se dedicó él a hacerlo, para que a nosotros nunca nos faltara nada, así que yo me dediqué a mis hijos, me aseguré de que estudiaran y los eduqué para que fueran personas honestas, les enseñé buenos modales, y los conduje por el camino del bien, el camino de Dios, pero esto que está pasando... lo que me están diciendo es tan opuesto que no sé qué pensar, de verdad no sé en qué pude haberme equivocado.*

Por lo que el caballeroso detective Valentine, rápidamente intervino en aras de elevar el ánimo de la señora: *no se equivocó en nada, señora, ustedes hicieron lo mejor que pudieron hacer. De hecho, nosotros en nuestra investigación confirmamos que, en efecto, este sujeto era un experto manipulador, pensamos que pudo haberla manipulado... le lavó el cerebro, por así decirlo.*

En eso, la señora aunque con la voz un poco quebrada, le dijo al detective: *la humildad es una virtud que puede tomar toda la vida aprenderla, pero el dinero la puede arruinar en un segundo.* Haciendo que el detective agregara al instante: *eso es verdad, señora, el dinero puede enceguecer a las personas, y básicamente ese fue el meollo de todo el asunto: el dinero. Las evidencias eran claras, todo fue parte de un plan macabro para sacar a su hija del camino y de esa manera quedarse con todo el botín, pero lamentablemente al señor Preston lo asesinaron en la penitenciaría ayer en la mañana. Por un lado lo apresamos y por otro lado lo asesinaron.*

Inevitablemente, el asombro se reflejó en el rostro de los señores, quienes atónitos y perplejos ante la declaración del detective, solo pudieron guardar silencio, por lo que este continuó hablando: *lo que usted nos dijo nos sirvió de mucho, las alas de pollo y las cervezas encontradas en el sitio habían sido patrocinadas por el señor Preston. Su culpabilidad era innegable, todos los elementos apuntaban hacia él, de hecho, tenía una reservación de vuelo para irse a Moscú el mismo día que lo apresamos, es decir, lo tenía todo planificado. Pretendía fugarse a un país sin extradición.*

—*Hubiese sido mejor verlo pagar una condena.* Dijo el señor Callahan. Pero en el acto, el detective le comentó: *es verdad, pero véanlo por el lado positivo: ya todo terminó.* Haciendo que la señora respondiera sin tapujos: *para ustedes sí, pero para nosotros no, nosotros apenas comenzamos a adaptarnos a esta más que dolorosa realidad.* Razón por la cual el detective Valentine, con su particular amabilidad, le dijo a la señora: *cómo refutarle lo que dice, si tiene toda la razón.*

Dichas y bien recibidas estas palabras, la señora, como siempre y con su típica dulzura, prefirió dar por terminada la visita: *bueno, oficiales, les agradezco mucho haber venido hasta acá a darnos la noticia, no era lo que esperábamos oír, pero que se haga la voluntad de Dios siempre. Tengan un buen día, y muchas gracias por todo, Dios los bendiga.*

Satisfechos por el cumplimiento de su misión, los detectives salieron de la casa de los Callahan, llevándose no solo la gratificación de haber finiquitado un caso más, sino también una pequeña caja llena de galletas de mantequilla que la señora les ofrendó.

Y así fue como los detectives Jim Doggett, Eric Valentine y el novato Jeremy Scott cerraron el caso del doble asesinato cometido por el señor Richard Preston, el repartidor de cartas.

Quien a hierro mata, a hierro muere.

DOS SEMANAS ANTES DEL ASESINATO DE LA SEÑORITA JOSEPHINE

Los propietarios del casino Golden Coin, Mijail Petrov y Vladimir Sokolov, recientemente habían comenzado a notar que algo singular ocurría entre uno de sus empleados y una visitante. Las alarmas de la duda se activaron cuando notaron con asombro cuántas veces había ganado la misma persona en la mesa de ese empleado, un repartidor de cartas, el cual respondía al nombre de Richard A. Preston J.

Además de lo prominente y destacada que era la señorita en el maravilloso juego de las cartas, ella también parecía tener un sexto sentido que de seguro impresionaría a muchos, puesto que podía ganar en casi cualquiera de las máquinas que escogiera, pero con una diferencia que sin duda le dio resultado hasta el día en el que fue descubierta, ya que en cuanto la máquina comenzó a sonar, todos, atraídos por la curiosidad miraron hacia ese punto, incluyendo a los rusos, quienes se hallaban en la sala de grabaciones, notando con sorpresa que se trataba de la misma mujer que anteriormente había ganado en la mesa del repartidor de cartas, solo que en esa ocasión andaba de rubia.

En ese momento la señorita tomó las fichas que habían salido de la máquina y sigilosamente, pero con una pronunciada sonrisa que denotaba placer por ganar, procuró alejarse de ahí lentamente en dirección a las taquillas, seguramente para cobrarlas, aunque para mal de ella, un guardia de seguridad cuidadosamente se le acercó para pedirle que lo acompañara a la sala de grabaciones para que conversaran, cuando de pronto, sin ningún motivo, ella se alteró de una manera exagerada, tergiversando los hechos con un par de gritos que en cierta medida intimidaron al guardia: *¡pero qué te pasa?! ¡Grosero, abusador, no me toques!* Y le arrojó a la cara todas las fichas para luego salir corriendo, despertando inevitablemente el interés en los visitantes que, curiosos, miraban el llamativo espectáculo.

Claramente la reacción de la señorita de las pelucas, además de innecesaria, formaba parte de una estrategia bien planificada, como una especie de vía de escape al momento de verse en riesgo o delatada, razón por la cual era menester para ella desviar la atención a toda costa para luego huir del sitio.

Ante semejante incidente, los rusos, sin más remedio que actuar, en el acto decidieron iniciar una investigación contra la señorita y su cómplice, el maravilloso y encantador repartidor de cartas.

Lo primero que hicieron esa noche fue revisar algunos de los videos de seguridad, especialmente los de la mesa de Richard, en los cuales pudieron apreciar la singular relación que tenían. No solo se trataba de una relación aparentemente sentimental o carnal (por las cosas que hacían en el baño o en el auto), sino más bien de algo que iba más allá, una especie de complot elaborado, ya que ellos se comunicaban con un extraño lenguaje de señas que sin duda era único, mismo que podía apreciarse con total claridad previo a cualquiera de las “victorias” de ella.

Sin embargo, lo que verdaderamente les llamó la atención a todos fue verla algunas veces de rubia, otras de castaña y muy pocas veces como realmente era ella, una morena clara de cabello

negro liso, delgada, no muy alta y de rasgos refinados que para nada la hacían parecer una delincuente. De ahí la maravillosa cita de Nicolás Maquiavelo: *todos ven lo que tú aparentas, pocos advierten lo que eres*.

De manera que a pesar de la clara evidencia que los rusos tenían frente a ellos, la suspicacia había trascendido más allá, argumentando para ese momento y en conjunto que no era posible que la pareja hubiese podido hacer eso solos, y que era probable que detrás de los hechos hubiese participación de algunos empleados, ya que ella casi siempre ganaba, no solo en la mesa de Richard, sino en prácticamente todo lo que jugara. Razón por la cual investigaron a todos los empleados del casino, especialmente a los técnicos y aquellos en cuyas mesas había ganado la señorita.

Desafortunadamente, no encontraron indicio alguno que les permitiera acertar en sus especulaciones, ya que todos los empleados, como si se hubiesen puesto de acuerdo, alegaron no saber nada al respecto, salvo uno de ellos que despertó el interés por su testimonio, y era que él sí había visto a Richard, de hecho, varias veces con esa mujer (ya que ambos vivían relativamente cerca), mas no era en calidad de amigos que se les veía, sino en calidad de novios o amantes.

En tal sentido, aunque era un hecho que habían sido estafados, ellos sabían que requerían investigar el caso a profundidad para poder tomar, y valga la analogía, cartas en el asunto. De manera que recurrieron sabiamente a su poderosa red de informantes y colaboradores, una red de contactos que para ese momento era gigantesca, hablamos de una interminable lista de personas y personajes que trabajaban a sus servicios, la cual iba desde pequeños líderes de pandillas y asesinos a sueldo, hasta grandes políticos y jefes militares. Uno de ellos, el más cercano y también el favorito de Mijail, debido a los años que tenía conociéndolo, puesto que era apenas un infante cuando lo rescató de la calle y lo acogió como a un hijo y durante toda su vida lo dotó de todo lo necesario para formarlo como un gran hombre, pero no cualquier gran hombre, sino uno que cumpliera con un rol en específico: el prominente detective novato Jeremy John Scott Ford, mejor conocido como JJ, quien prestaba sus servicios a la policía del Distrito y también a los rusos (a quienes por cariño les llamaba papá).

CUATRO DÍAS DESPUÉS DE LA MUERTE DE JOSEPHINE CALLAHAN: MIÉRCOLES 15 DE NOVIEMBRE DE 1995

Era una mañana como cualquier otra en el casino Golden Coin: sobrecargada de labores que iban desde la limpieza de los baños hasta la reposición de dinero en las taquillas. Sin saber nada al respecto, la gente que continuaba ahí dentro se divertía sin reparar en la hora, ni mucho menos en los gastos que su disfrute les generaba. Algunos de ellos bebían y otros solo fumaban mientras introducían una tras otra moneda en las máquinas “tragamonedas” (que por algo se llaman así), para luego halar esa mágica palanca con el incommensurable y divino deseo de ganar aunque fuese una sola moneda, que para nada le compensaría las otras diez, pero sí que le haría sentir bien. No obstante, para los rusos era un día especial. Se hallaban en compañía de un miembro importante de la familia Sokolov, el oficial James Stewart. Ellos esperaban noticias de sus colaboradores, con calma, apegados a una de las tantas expresiones del querido Vladimir: *quien quiere acertar, aguarda*.

Afortunadamente, luego de varios días de espera, el primer grupo de hombres apareció con la oportuna información sobre el repartidor de cartas y la señorita de las pelucas, la cual trabajaba para una importante firma de contadores, vivía sola en un departamento del reconocido conjunto residencial Green Valley en el centro de la ciudad, no tenía hijos ni antecedentes penales y acostumbraba jugar tenis en un prestigioso club. Mientras que el repartidor de cartas vivía solo en una urbanización de clase media a las afueras de la ciudad, y al igual que ella, tampoco tenía hijos, pero a diferencia, tenía un historial manchado. Había sido detenido varias veces por estado de ebriedad, posesión de estupefacientes y alteración del orden público.

A su vez, los informantes le notificaron a sus jefes que la pareja mantenía una relación amorosa en secreto, la cual era inestable y de más de un año. Sin embargo, un dato considerablemente interesante fue que los estafadores no tenían cuentas bancarias con grandes sumas de dinero, ni dentro ni fuera del país, por lo tanto, no sabían dónde se encontraba el botín, o en manos de quién estaba. Solo una cosa estaba segura: los habían estafado.

De manera que, aunque los rusos desconocían el paradero de su dinero, tenían conocimientos precisos sobre las personas a quienes se estaban enfrentando, y no solo eran datos personales, era un resumen detallado de cada uno de ellos, con movimientos bancarios, referencias de todo tipo, adquisición de bienes, formación académica, intervención de llamadas, entre otros. Todo con el amparo de sus amigos banqueros, rectores, abogados, registradores y empresarios en telecomunicaciones. El objetivo era claro: recuperar lo que les habían quitado.

En tal sentido, en horas del mediodía, cuando la concurrencia de los visitantes comenzaba a incrementarse, los rusos se instalaron en la sala de grabaciones para recibir al segundo grupo de hombres, unos viejos amigos especialistas que fielmente atendieron su llamado para evaluar con detalle las recientes informaciones que tenían en su poder, para de esa manera determinar con precisión cuáles serían las estrategias que ejecutarían en aras de la recuperación de su dinero, pero con el infortunio de no prever la particular visita que inoportunamente les hizo reconsiderar continuar con la reunión en cuestión en esa sala de grabaciones.

Se trataba de un grupo de detectives quienes investigaban un caso que involucraba a un empleado del casino, específicamente a un repartidor de cartas que según la orden judicial, respondía al nombre de Richard Aaron Preston Jones.

De manera que los rusos Mijail y Vladimir movidos por la curiosidad se dirigieron a la entrada del casino para recibirlos, eso sí, con la elegancia y amabilidad que les caracterizaba, pulcros de punta a punta, con saco y corbata, siendo Mijail quien sonriente rompiera el hielo cuando a tan solo unos nueve metros de distancia, les dijo a los oficiales: *¡amigos, no era necesaria una orden para venir a visitarnos!* Estrechando las manos de los tres en cuanto los tuvo de frente. Se presentaron como Capitán y jefe de departamento: Jim Doggett y sargentos: Eric Valentine y Jeremy Scott.

Acto seguido, los rusos les hicieron “oportunamente” un recorrido por las instalaciones del establecimiento, dando tiempo así a que sus empleados junto con los fieles amigos despejaron la sala de grabaciones de todas las evidencias que previamente habían dispuesto en el sitio. No obstante, el detective Jeremy Scott, con sigilo y precaución se adelantó al jefe Jim, para cuidadosamente tomar las riendas del asunto en aras de aclarar o despejar de toda duda que pudiera inquietar a sus padres: *si me permiten, mientras vamos caminando, les explico un poco sobre las razones exactas por las cuales les hemos importunado esta tarde.* A lo que Mijail, con la simpatía que le caracterizaba, le dijo: *mi abuelo siempre decía: “si tienes dudas, acláralas, suponer solo te hace inventar historias que envenenan el alma”.* Terminando la frase con una pronunciada sonrisa que bien le permitió a Jeremy continuar con su exposición sin despertar sospechas.

De manera que mientras el detective iba poniendo al tanto de la situación a los simpáticos rusos, estos solo se limitaron a escuchar, procurando en todo momento no develar nada de lo que previamente habían comenzado a investigar, con el único propósito de pasar desapercibidos y discretamente obtener a través de los oficiales algo de información útil para sí mismos.

En tal sentido, quedaron inevitablemente sorprendidos ante la notificación sobre la señorita de las pelucas, pues ellos no sabían que el repartidor de cartas había cometido semejante crimen contra su compañera de estafa. Aun así, la muerte de ella por más sorpresiva que fuese, les resultaba irrelevante ya que ellos sabían que el dinero no estaba en sus manos, pues sus cuentas bancarias la delataban, lo que en realidad les importaba a los rusos para ese momento era saber dónde se encontraba el dinero y cómo hacerlo volver a ellos. Con un admirable disimulo, les hicieron varias preguntas a los detectives mientras estos hacían su trabajo.

Afortunadamente, esa misma tarde los rusos supieron de buena fuente que el abogado Andrew Smith era el apoderado y testafarro de la señorita Josephine Callahan. En consecuencia, supieron dónde podrían encontrar lo que andaban buscando, por lo que inmediatamente procedieron a investigarlo a él y a su esposa también, la señora Amanda Redman Smith.

JUEVES 16 DE NOVIEMBRE DE 1995

De nuevo los rusos se encontraban reunidos con el segundo grupo de colaboradores y amigos, entre ellos, el querido y respetado James Stewart. En esa ocasión, lo hacían en su oficina. Revisaban atentamente las evidencias que tenían en su poder, especulaban sobre los hechos, especialmente sobre el abogado Smith y su esposa Amanda, quien no parecía tener relación alguna con lo sucedido, pero sí con la pareja de estafadores. Desgraciadamente para ella, los resultados de la pesquisa no le favorecieron del todo, debido a un par de hechos curiosos que evidentemente no pudieron ser ignorados.

El primero de ellos fue que la señora Amanda Smith y la señorita Josephine Callahan, no solo jugaban al tenis, sino que lo hacían juntas en el mismo club. Aparentemente, mantenían cierta relación amistosa.

El segundo detalle surgió cuando le hicieron seguimiento a las tarjetas de crédito de la señora, se encontraron con pagos recurrentes en tres hoteles distintos a las afueras de la ciudad, mismos que curiosamente coincidían con otros pagos reflejados en los estados de cuenta del señor Richard Preston: el Land Castel, Holiday y Marrion Hotel.

De manera que ella inevitablemente se les instaló con cierto recelo en la mente a Mijail y a Vladimir quienes de inmediato, impulsados por la necesidad de precisar las razones exactas de semejante detalle, sacaron un oportuno provecho de los hombres que tenían en la calle cumpliendo con sus labores, específicamente los que en ese momento hacían de técnicos de tv paga (señal por cable) justamente en la propiedad de la familia Smith, siendo el objetivo principal instalar cámaras espías en los sensores de incendio de las principales áreas de la casa, eso sí, valiéndose únicamente del juego psicológico de las fallas inducidas en la señal, además de una extraordinaria improvisación que afortunadamente les permitió lograr la difícil tarea de hacer un duplicado de las llaves de dicho hogar. No obstante, esto también se pudo lograr gracias a la brecha que astutamente el detective Jeremy Scott les había sacado con el falso malestar estomacal que condujo a los detectives a una estación de servicio, dicha brecha les permitió tener la casa totalmente despejada.

En consecuencia, apenas los colaboradores terminaron con su labor en casa de los Smith, rápidamente se dirigieron a los hoteles que les indicaron sus jefes, pero ahora como inspectores sanitarios.

En tal sentido, ese mismo día supieron que, en efecto, ambos eran clientes de los hoteles, y de hecho, fueron reconocidos como pareja. Sin duda alguna, la señora Amanda Smith y el repartidor de cartas, Richard Preston, tenían un romance, la pregunta era: ¿desde cuándo?

Cabe destacar que los esposos tenían un historial impecable, sin antecedente alguno, los dos eran profesionales, de muy buena posición económica, socios del club más prestigioso de la ciudad y jugadores de tenis, sin embargo, aunque parecía que llevaban una vida maravillosa, la verdad era otra. Aparentemente, al doctor le importaba más su status y su vida social que su esposa.

VIERNES 17 DE NOVIEMBRE

Como ya era costumbre, los rusos no daban descanso con la investigación. Esa mañana se encontraban en la oficina aguardando por el mismo grupo de amigos especialistas quienes generosamente les ayudarían en la recuperación de su dinero, mientras discutían sobre los posibles planes que hipotéticamente ejecutarían.

En ese momento fueron interrumpidos por el repique del teléfono, ambos se miraron en el acto a las caras, expectantes y ansiosos. De inmediato Mijail tomó la iniciativa de contestar, mientras que su socio Vladimir se limitó a decir: *seguro es James con alguna novedad...*

Sin duda, era una llamada importante, una llamada que en primera instancia lo hizo sonreír como casi nunca lo hacía, pues se trataba nada más ni nada menos que del querido Jeremy Scott. Aun así, a tan solo un par de segundos de haberle contestado, el rostro de Mijail cambió por completo, de inmediato miró a su socio Vladimir, y puso el altavoz: *no sé con exactitud qué fue lo que pasó, pero de que está muerto, está muerto.*

En eso, Vladimir con una poética cara de desorientación le preguntó: *¿Quién está muerto?! A lo que el ahijado respondió: el apoderado de la ladrona, la otra muerta.* Causando inevitablemente en ellos un sentimiento más que sorprendente, confuso, mismo que por un instante les cortó el habla.

Sin embargo, Jeremy continuó hablando, sacando en buena hora el mayor de los provechos a la llamada, pues sigilosamente se le había escapado por unos minutos a su jefe Jim para poder llamarlos: *así que tenemos que actuar de inmediato, papá, pero no tenemos tiempo para planificar nada, por lo que te pido, por favor, que me hagas caso, deja que esta vez te guíe yo a ti.*

A lo que Mijail, mirando a su socio y también padrino de Jeremy, le contestó: *de acuerdo, confiamos en ti, ahora dínos, ¿qué debemos hacer?* Agregando al instante Vladimir: *espero que sepas bien lo que vas a hacer.*

Y sin quedarse atrás, Jeremy le contestó en seco: *improvisar, eso es lo que mejor sabemos hacer, así que necesito que en una hora estén en el edificio Imperial State con las placas de oficiales, y llévense a Smirnov y a Vólkov, que solo traigan sus herramientas que del resto me encargo yo. Hoy vamos a entrar a la oficina del muerto y buscaremos lo nuestro ahí, la voltearemos si es necesario porque estoy seguro de que ahí hay algo, solo esperen mi aviso para entrar. Nos hablamos luego.* Colgando inmediatamente la llamada para acto seguido eliminarla del registro de su teléfono.

Afortunadamente para ellos, toda la atención de los oficiales, paramédicos, bomberos más el personal, no solo del bufete, sino de casi todas las oficinas del edificio Imperial, estaba dirigida hacia el suceso en cuestión.

De tal manera que los rusos Mijail, Vladimir, Smirnov y Vólkov accedieron al edificio por medio del detective Jeremy Scott como oficiales designados, aparentando a toda costa ser parte del procedimiento rutinario sobre el hecho que acababa de suscitarse, claro, sin el acostumbrado saco y corbata que a diario solían usar, pero sí con una autentica placa de oficiales colgándoles del cuello, más el porta pistola sobaquera con los respectivos revólveres Smith & Wesson

Modelo 500 que oportunamente dejaron visible a los demás.

Sin embargo, era menester para los cinco no despertar sospechas, sobre todo de la verdadera policía que se encontraba por doquier. De manera que al momento de dirigirse hacia el despacho del abogado, los rusos aguardaron sigilosamente en las escaleras de emergencia a que Jeremy les despejara por completo el camino. Para ello, este reasignó con un espléndido disimulo las actividades entre sus colegas, sugiriéndole convenientemente al jefe Jim que se encargara junto con su otro compañero de las cámaras de seguridad, mientras que él investigaba en la oficina del recién fallecido.

No obstante, cuando el novato se dirigía hacia el bufete, se topó con el arquitecto que había encontrado el cuerpo sin vida del abogado, y al verlo, este le dijo con una gigantesca sonrisa: *¡vaya, vaya!... pero si es Jeremy John. ¡Jeremy John Scott Ford, o mejor dicho, JJ!*

En eso el detective, también con una gigantesca sonrisa, en cuanto estrecharon sus manos le respondió: *¡cuánto tiempo sin verte, Patrick!* A lo que este le dijo: *cuánto me costó disimular ahora cuando te vi. Quería saludarte pero no sé en qué andas metido esta vez, porque cada vez que nos encontramos andas en algo, y de hecho, terminas metiéndome en problemas, ya hasta me das miedo.* Haciendo que el detective soltara una poderosa carcajada, reiterándole a su viejo amigo: *pues, hoy es tu día de suerte porque hasta papá está por acá.* Un tanto sorprendido, el arquitecto exclamó: *¡¿es en serio?!*

En eso el detective silbó de una manera muy particular y en un abrir y cerrar de ojos, la puerta de las escaleras de emergencia se abrió y una silueta apareció mirando cuidadosamente hacia donde ellos se encontraban. Se trataba del simpático Mijail junto con los demás en respuesta al llamado, y al notar detalladamente al acompañante de su hijo, exclamó con cierta expresión de agrado: *¡más oportuno no podías ser, Patrick!* Y mientras se saludaban todos con un fuerte abrazo, Jeremy le preguntó sin tapujo: *¿tú conocías a Smith?* A lo que este contestó: *bueno, la verdad es que amigos no éramos, pero sí trabajamos juntos un par de veces.*

—*¿En qué?* Preguntó al instante Vladimir. Por lo que el arquitecto cambió el rostro por completo, mostrándose serio ante la pregunta y en consecuencia, mirándolos respondió: *nosotros somos como una familia y nunca haría algo que les perjudicara, pero, por favor, díganme, ¿en qué rayos andan metidos esta vez?*

E inmediatamente, Mijail con su característica elocuencia, le dijo a Patrick: *digamos que al muerto se le olvidó regresarnos algo.*

—*¡¿Los robó?!* Preguntó el arquitecto con una clara expresión de sorpresa. A lo que Vladimir respondió: *sí y no.*

Pero de inmediato Mijail sonriente le aclaró a su amigo: *digamos que él era uno de tres... pero de los otros dos ya no queda rastro.* Y con el rostro endurecido, el viejo amigo Patrick les dijo: *pues, si se metió con ustedes, también se metió conmigo. Primero está la familia.*

Y con un sonriente tono de aprobación, Mijail le dijo a Patrick: *así es como tiene que ser.* Al tiempo en el que cariñosamente lo sentenciaba y le frotaba la espalda con la mano: *y es por eso que nos vas a decir todo lo que sepas de él.*

A lo que el arquitecto respondió: *él nos representó jurídicamente en varios de nuestros proyectos y nosotros, en algún momento, le prestamos nuestros servicios como arquitectos y decoradores de interiores. Pero como también nos manejamos en el área de compra y venta de bienes raíces a nivel nacional, fuimos intermediarios en la adquisición de dos de sus propiedades.*

En eso Jeremy lo interrumpió: *¿de qué propiedades estás hablando, Patrick?*

—*De un departamento en New York y una casa en Miami.* Respondió su amigo. A lo que Mijail preguntó: *¿y hace cuánto tiempo ocurrió eso?*

—*Tres meses el departamento de New York y como cinco la casa de Miami.* Le aclaró en el acto el arquitecto.

Por lo que Vladimir sentenció: *entonces, no perdamos más tiempo y entremos al despacho.* Pero justo en ese momento, Mijail intervino nuevamente diciendo: *y tú también vienes, Patrick.* Mientras lo tomaba con afecto por el hombro.

En cuanto lograron ingresar, Mijail y Vladimir, ni cortos ni perezosos, se fueron directo a los documentos y notas personales que el abogado tenía dispuestos entre gavetas y archivos, los cuales corroboraron lo que ellos desde un principio sospechaban, y que además, Patrick había ratificado en el pasillo: el señor Smith y su esposa Amanda habían comprado un par de inmuebles los últimos meses.

A su vez, los rusos también descubrieron que el abogado tenía una cuenta mancomunada con su esposa en el extranjero, específicamente en Suiza, más una caja fuerte escondida detrás de la biblioteca y precisada por el arquitecto Patrick al cabo de unos minutos de estar ahí, ya que él mismo le había instalado a Andrew una en la oficina que tenía en su casa.

Inevitablemente el descubrimiento los alegró a todos, haciéndoles cambiar el rostro, porque existía la posibilidad de que parte de lo que andaban buscando estuviese oculto justo en frente de sus narices. Inmediatamente le ordenaron a Smirnov y Vólkov, quienes eran especialistas en cajas fuertes, que encontraran la manera de abrirla. Acto seguido, colocaron los maletines en el escritorio para disponer de las herramientas necesarias para dicho fin.

Afortunadamente, no les tomó mucho tiempo abrir la caja fuerte. Ellos, en el acto, se limitaron a hacer lo que bien sabían hacer, en silencio, sin mirar hacia ningún otro lado. Se pararon frente a ella, la palparon, y colocaron el estetoscopio estratégicamente en la puerta, con la finalidad de escuchar los sonidos internos de ella, moviendo cuidadosamente las perillas de un lado hacia el otro hasta que sonó ese maravilloso “click” de destrabe de la cerradura, haciendo que los rusos exclamaran al unísono: *¡bingo!*

En eso, Mijail sobrecargado de emoción le dijo a Smirnov, en un tono que casi lo asusta: *¡deja que yo la abra, por favor!* Y rápidamente, los ojos de todos brillaron como soles apenas vieron lo que había en su interior, dado que los fajos de dinero se podían apreciar a lo lejos, al igual que las joyas y varios documentos pertenecientes a los bienes adquiridos recientemente por los esposos.

Inevitablemente, una sensación de orgullo mezclada con satisfacción los invadió a todos. Las incontenibles sonrisas hablaban por sí solas, se miraban los unos a los otros y se daban palmadas en los hombros y espalda como muestra de felicidades, sin dejar de sonreír. Y es que no era para menos, ahí se encontraba una parte de lo que andaban buscando. Por lo tanto, sin dolor ni pena se hicieron poseedores de todo el botín y partieron del sitio con premura, ya que en cualquier momento y por mala suerte, podía llegar algún oficial de verdad (cabe destacar que cuando digo “por mala suerte”, me refiero a la del hipotético oficial).

En tal sentido, aunque los documentos de las propiedades y una parte del dinero estaban en sus manos, ellos querían más. Así que cuando iban de regreso al casino decidieron definir una estrategia para poner absolutamente todo de su lado sin despertar sospechas de la ley (el dinero de la cuenta en Suiza, la casa, el departamento y los carros), partiendo de un punto clave que les resultaba elemental ya que el abogado estaba muerto: la esposa; como viuda declarada, automáticamente heredaría todos los bienes y fortuna de su esposo. Solo era cuestión de agilizar los procesos y para eso estaban sus amigos. De manera que sus próximos pasos serían, además de

meticulosamente elaborados, fulminantes para la viuda.

En cuanto a Richard, los rusos tenían conocimiento de que se hallaba detenido en la jefatura por ser el principal sospechoso de la muerte de su compañera y cómplice de estafa, Josephine Callahan. A su vez, también sabían que él era el responsable del asesinato del abogado Andrew Smith, pero sobre todo, sabían que lo trasladarían a la penitenciaría del Estado en cualquier momento, donde ellos tenían algunos amigos y colaboradores que seguramente acatarían las órdenes que se les dieran, total, lo que andaban buscando ya sabían dónde se encontraba y cómo recuperarlo.

De manera que decidieron darle un giro improvisado a su plan en pro de perfeccionarlo, resolviendo por cuenta propia la desaparición del repartidor de cartas, asignándole al ahijado Jeremy Scott la única pero estricta tarea de cerrar el caso, ya que existía la posibilidad de que hubiese alguna alteración o inconsistencia en los documentos.

Por otro lado, la presencia del detective también sería como una especie de cierre de contrato, ya que el criminal firmaría ante las cámaras de seguridad la carta de declaración de culpabilidad y un acuerdo estrictamente secreto entre él y los rusos, quienes meticulosamente se aseguraron de dejarle el terreno bien preparado a Jeremy con varios policías corruptos, que al igual que otros, se identificarían con el siguiente refrán: *la buena espera siempre vale la pena*. Para ser correspondido en señal de complicidad: *pues, la papa no nace de un día para otro*. Un juego de palabras que eventualmente solían utilizar como forma de reconocimiento ante determinadas situaciones.

SÁBADO 18 DE NOVIEMBRE

Mientras los colaboradores de los rusos apuraban el paso para finiquitar las tareas encomendadas, especialmente la de eliminar al repartidor de cartas en el centro penitenciario, Mijail junto con su socio Vladimir se hallaban reunidos en su oficina con un grupo de amigos muy especiales y particulares. Tres de los cuales eran funcionarios públicos, quienes además de vestir siempre de manera elegante, eran conocidos por su lealtad y fiel servicio, más dos especialistas en reconstrucción de casos con quienes ya habían trabajado antes, y el miembro especial de la familia Sokolov, el influyente oficial James Stewart.

La reunión se debía a la imperiosa necesidad de reedificar un escenario con base en la información recaudada que les permitiera diseñar un plan estratégico para dar pasos precisos en pro de la recuperación de lo que ellos consideraban suyo. Dicha reunión duró nueve agotadoras horas, pero de ella nació un perfecto plan, el cual llamaron: Río al cauce.

En términos generales, el plan maestro consistía en el quebrantamiento emocional a través del acoso y del psicoterror, con el único propósito de debilitar a la señora física y mentalmente para llevarla a un punto de total sumisión.

Sin embargo, en algún punto de la reunión, James comentó: *entonces, así como ninguna de sus víctimas llegó a imaginar que moriría, ella tampoco sabrá que un adicto a la metanfetamina en un fallido intento por robarla le disparará a quema ropa.* E inmediatamente Mijail le dijo: *¡exacto!* Pero el oficial Stewart continuó: *es un final un tanto arriesgado, ¿no creen? Podría despertar sospechas en la policía y ponerlos a ustedes en la mira.*

Haciendo que los rusos sonrieran al tiempo en el que Vladimir con un poco de gracia le despejaba la inquietud diciéndole: *eso lo sabemos, mi estimado, y precisamente por esa razón es que tú te harás cargo. Solo debes estar atento.* Y con la misma sonrisa le preguntó a los presentes: *¿todos estamos de acuerdo?* Razón por la cual todos, sin lugar a dudas, asintieron en señal de aceptación.

LUNES 27 DE NOVIEMBRE

A pesar de los hechos que recientemente se habían suscitado, la vida continuaba para todos por igual, no obstante, mientras que para algunos era momento de pasar la página, continuar hacia adelante y reinventarse, para otros era momento de tomar decisiones, de actuar. Desafortunadamente para la señora Amanda, esas decisiones le dificultarían sus planes.

Esa mañana ella se levantó de buen ánimo, con ganas de salir a trotar por la urbanización como solía hacerlo anteriormente, por lo que una vez aseada se puso sus licras negras preferidas, acompañándolas con una franelilla blanca que tenía el emblema de los Rolling Stone, más unos zapatos deportivos blancos, y como cualquier dama lo haría, se aseguró primero de verse bien antes de salir, deteniéndose por unos segundos frente al espejo ubicado en la entrada de la casa.

En tal sentido, en cuanto llevaba apenas tres cuadras recorridas notó con curiosidad a un señor con el cabello rubio platino, de rasgos extranjeros y atuendo deportivo, sentado en la orilla de la acera, aparentemente descansando. Definitivamente, era la primera vez que ella lo veía en la urbanización, pero como tenía tiempo sin salir a trotar, prefirió restarle importancia concentrándose en su respiración. Sin embargo, en cuanto lo tuvo cerca, este se levantó con una amena sonrisa, saludándola con cortesía e incorporándose al trote que ella llevaba: *¡buenos días, señora!*

—*Buenos días.* Contestó ella (evidentemente por educación), continuando su curso como si nada por una cuadra, más o menos. Hasta que el simpático señor, en un intento por romper el hielo, comentó: *esta urbanización es hermosa. Los árboles, las flores y sobre todo la tranquilidad, me encanta. ¿Hace tiempo que usted vive acá?*

Por lo que la señora respondió con otra pregunta: *¿y usted es nuevo en la urbanización o solo está de visita? Porque nunca lo había visto.*

En eso, el caballero le respondió: *estoy de visita, vine por unos negocios. Hace una semana que me hospedo en casa de la familia Robertson, ¿los conoce?*

—*¡Claro!* Contestó la señora, agregando al instante: *ellos viven casi detrás de mi casa, y mi esposo, que en paz descansa, trabajó para ellos en un par de ocasiones.*

El caballero al escuchar la expresión “que en paz descansa”, con absoluto tacto y discreción procuró indagar al respecto: *cuánto lo siento, señora, yo también soy viudo. ¿Hace tiempo que enviudó?*

Por lo que la señora recortó la velocidad y le contestó amablemente: *discúlpeme, señor, pero es un tema sensible que no me gustaría hablar con un desconocido.*

E inmediatamente, el señor le extendió la mano y muy sonriente le dijo: *entonces, permítame presentarme, mi nombre es Richard Robertson, y usted, ¿cómo se llama?*

Pero extrañamente, ella no respondió al momento, sino que permaneció en silencio por unos segundos sosteniendo la mano del caballero mientras lo miraba como si estuviera perdida y en cuanto pudo reaccionar, le dijo: *¡disculpe! Mi nombre es Amanda, Amanda Smith.*

—*Es un gusto conocerla, Amanda.* Le dijo el señor sonriente, continuando: *yo, por lo general, tampoco hablo de esto con cualquiera, porque no cualquiera entiende lo que se siente perder a un ser querido.*

—*Eso es verdad.* Comentó ella. A lo que el simpático señor agregó: *mi esposa murió de cáncer. No fue sencillo superarlo, me tomó un tiempo, pero gracias a Dios lo logré.*

En eso la señora comentó: *a mi esposo lo asesinaron hace poco. Sus cosas están en la casa tal cual como las dejó, así que me es difícil no pensar en él. Por eso decidí salir a trotar esta mañana, para despejar mi mente.*

—*La entiendo perfectamente, Amanda, pero la vida debe continuar.* Le dijo el señor, agregando al instante: *¿qué le parece si en vez de trotar caminamos? Así tendremos más tiempo para hablar y la acompaño hasta su casa, si quiere.*

A lo que la señora respondió con cierta expresión de agrado: *está bien, caminemos.*

De manera que continuaron su curso, hablando como si fueran viejos amigos, riéndose y de más, pero antes de despedirse por haber llegado a casa de ella, esta le preguntó: *perdóname si estoy siendo atrevida, pero tengo curiosidad sobre algo.* A lo que él respondió: *adelante. Pregunta lo que quieras.*

—*¿Qué clase de negocios lo trajeron a esta ciudad?*

En eso el señor sonrió y le dijo: *pensé que preguntarías otra cosa. La razón de mi visita es un proyecto de envergadura. Yo soy arquitecto y estoy diseñando un centro comercial. Por ahora solo estamos trabajando en la maqueta, aún no se ha finiquitado la compra de los terrenos, pero será algo grande, con varios restaurantes, parque infantil, salas de cine y hasta un casino... ¿le gustan los casinos, señora Amanda?* Haciendo que el rostro de la señora cambiara por completo.

Fue como si la respuesta del caballero la hubiese asustado. Cualquiera hubiese creído que ella había visto a un fantasma, por lo que el señor le dijo: *¿se encuentra bien, señora Amanda?*

Y a pesar de estar confundida por la casualidad, que vale resaltar, había sido tremenda, ella respondió: *sí, sí estoy bien, es solo que se me vinieron varios recuerdos a la mente. Y en respuesta a su pregunta, pues no soy persona de ir a ese tipo de lugares, no me gustan los casinos, pero los restaurantes sí.* Terminando la oración con una gran sonrisa.

Amablemente el señor le dijo: *entonces este centro comercial le va a encantar, porque tendrá varios restaurantes y una enorme feria de comida.*

En eso, la señora sonrió por el comentario y en buena hora aprovechó para dar por concluida la caminata, diciéndole al caballero: *bueno, pues espero que se apuren con ese centro comercial para ir a comer con mis amigas.* Y extendiendo su mano le dijo: *me ha dado mucho gusto conocerlo, señor Richard.*

A lo que el señor respondió con una sonrisa que denotaba cierta picardía: *no, señora Amanda, el gusto es mío.*

De manera que ella se dio media vuelta y entró a su casa. Estaba medianamente sorprendida por las casualidades además de sudada, razón por la cual pasó directo a su habitación para darse un merecido baño, ponerse algo de ropa limpia y cómoda para luego prepararse el desayuno en sana paz.

Sin embargo, al momento de salir de la regadera, la señora se paró justo frente al espejo del lavamanos, envuelta en una toalla blanca, inocente, mirándose la cara en busca de algún punto negro para quitarse, con la mente distraída, sin siquiera imaginarse lo que le devendría.

Como ella acostumbraba dejar la puerta del baño abierta, no notó sino hasta ese momento y por el reflejo del espejo lo que había ahí, e inmediatamente se dio la vuelta para asegurarse bien de lo que acababa de ver. Se trataba de una escalera real, con cartas reales pegadas en la parte de atrás de la puerta, la cual es la mano más valiosa y menos frecuente del póquer. Una combinación

de las cinco cartas de mayor valor, consecutivas, estrictamente del mismo palo (AS, K, Q, J y 10).

En definitiva, se trataba de un hecho que le causó a la señora una profunda inquietud y un poderoso nerviosismo, haciéndola, literalmente, temblar. Rápidamente se apresuró en quitarlas de ahí arrancándolas con fuerza y rabia. Se puso algo de ropa y recorrió toda la casa para ver si lograba ver algo sospechoso. Luego se sentó en uno de los muebles de la sala, estaba aturdida por sus pensamientos e inquieta por lo que había encontrado en su baño, tanto que consideró seriamente la posibilidad de llamar a alguien para que la acompañara.

No obstante, lo que ella menos deseaba era molestar a los demás, quería en su lugar estar sola, tener algo de paz y tranquilidad, así que trató de mantener la calma, de despejar su mente preparándose un delicioso desayuno para luego hacer algo de oficio hogareño. Con todo y eso, al final de la tarde los pensamientos la habían agotado, tanto que solo pensaba: *Dios mío... primero me consigo con un señor llamado Richard, luego el mismo señor me dice que construirá un casino y más tarde me consigo con unas cartas pegadas en la puerta de mi baño, ¿qué es lo que está pasando?* Se preguntó con cierta sensación de angustia, en vista de ello, tomó la decisión de llamar a un par de amigas con la excusa perfecta de su esposo recién fallecido para poder distraerse tan siquiera un rato, acordando con ellas verse esa misma noche en un café.

Las horas pasaron y la noche llegó, por lo que la señora se puso una de sus mejores combinaciones, deseaba verse linda y feliz, para nada triste. No obstante, antes de salir recorrió toda su casa, asegurándose de no dejar ninguna puerta o ventana abierta, a su vez, llamó a vigilancia para pedir que estuvieran pendientes mientras ella no estuviese.

En tal sentido, se dispuso a conducir hasta el café donde la esperaban sus dos mejores amigas, pacientes, tomando un delicioso Chardonnay. Una de ellas se llamaba Suzanne Walton, la cual conocía desde la universidad, y la otra era Alice Keaton, una socia del club donde también jugaban tenis.

Inmediatamente llegó, las amigas ordenaron otra botella de vino y algunas entradas, entretanto, conversaban como si nunca se hubieran visto. Estaban contentas y emocionadas por verse nuevamente, especialmente porque en esa ocasión no llevaban esos atuendos negros que sí tenían puesto la última vez que se vieron: en el funeral de Andrew.

Hablaron de todo un poco, aunque no tocaron mucho el tema de la muerte de él, quizás por ser delicado o porque básicamente a ellas no les interesaba. Esa noche hablaron enfáticamente sobre el futuro de todas, sobre los planes que tenían para el próximo año, ya que faltaban pocos días para que se terminase.

Así que las horas transcurrieron con calidez, en muy buena compañía, y a pesar de que era lunes, se tomaron varias botellas de vino sin escatimar en nada, pero cuando el efecto del alcohol comenzó a hacerse notar, decidieron dar por concluida la exquisita velada llamando al mozo para que les trajera la cuenta, quien al instante les notificó señalando a una de las mesas que uno de los caballeros ahí sentado ya había cancelado la cuenta por ellas.

De manera que las tres señoras curiosas miraron hacia esa mesa, notando que en efecto había tres hombres en ella, mayores todos, por encima de los cincuenta años de edad. Dos de ellos eran castaños y el otro rubio. En eso, uno de ellos alzó su copa en señal de brindis y las amigas de Amanda también levantaron sus copas en señal de agradecimiento, sin siquiera imaginarse que esa persona del otro lado de la estancia, le pondría los pelos de punta a su querida amiga, quien perpleja ante lo que veía, permaneció inmóvil sin alzar su copa.

La razón de su espanto se debió al caballero rubio que canceló la cuenta y brindó con sus amigas, mismo que, no solo era idéntico al señor Richard Robertson que ella había conocido esa

mañana, sino que este estaba sentado al lado de alguien cuya franela tenía un estampado bastante singular: una escalera real. Por lo que ella no supo qué decir ni mucho menos cómo actuar. Prácticamente se quedó estática, mirándolo fijamente, casi sin parpadear y de hecho, con la boca medio abierta, hasta que de pronto, una de sus amigas chasqueó sus dedos para hacerla reaccionar diciéndole: *Amanda, ¡vámonos!*

De manera que las singulares coincidencias de ese día comenzaron a retumbarle escandalosamente en la cabeza a la señora, quien por el camino solo estuvo pensando en eso, tratando de encontrar una respuesta coherente al respecto y sobre todo, tratando de no permitir que los nervios se apoderaran de ella, ni de perder el control.

Aun así, ella debía asegurarse de tener despejada su casa y se detuvo en vigilancia para pedirle a uno de los guardianes que la acompañara a darle un recorrido preventivo a las inmediaciones, encontrándose afortunadamente con todo en completa normalidad y en su sitio, salvo por una cosa que solo ella notaría más adelante.

En tal sentido, apenas entró a la casa se fue directo a la cocina por un poco de agua para luego irse a dormir, pero en cuanto encendió la luz de su habitación, sintió un frío recorrerle el cuerpo entero al ver un papel perfectamente doblado como una carta sobre su cama.

Inmediatamente, los nervios se le dispararon al cielo, el corazón le comenzó a latir tan rápido y fuerte que ella podía oírlo. Inevitablemente se quedó parada ahí, estática, tan blanca como el papel que se encontraba en su cama. Así que procuró respirar profundo para tratar de calmarse y en cuanto pudo controlar los nervios, se acercó al papel para leer lo que ahí estaba escrito, lo cual hizo con la expresión de sorpresa más marcada que jamás había tenido, la carta rezaba: “Si tengo cuatro estafadores y mato a tres, ¿cuántos me quedan?”

La nota no solo la hizo espantarse, sino que la llevó de inmediato a un extremo de estrés y nerviosismo desconocido. En el acto, casi sin control, se puso a llorar, cerró con seguro la puerta de su cuarto en un vano intento por sentirse resguardada y protegida. Claramente se trataba de un acoso, pero, ¿por qué? Aparentemente había alguien que quería algo de ella, sin embargo, lo escalofriante de todo no era la forma de demostrarlo, sino la facilidad que ese alguien tenía para poder entrar y salir de su casa a placer.

Aparentemente, se trataba de una psicológica guerra fría para la cual ella no estaba preparada.

MARTES 28 DE NOVIEMBRE

En cuanto sonó el despertador, la recientemente viuda despertó sintiendo como se le paralizaba el corazón al recordar el contenido de la nota que había encontrado en su cama unas horas atrás, además de las singulares coincidencias que, no solo la mantuvieron helada en la cama por unos minutos, sino que le elevaron el dolor de cabeza que la copas de vino le habían dejado y justo en ese momento, deseó no haberse tomado ninguna.

Desafortunadamente para ella, esa mañana los nervios le impidieron hacer mucho de lo que acostumbraba hacer, como por ejemplo, regar las matas del jardín o salir a trotar, decidiendo en cambio quedarse en casa, limitándose solo a mirar por las ventanas, como si se escondiera de algo o alguien, pues se hallaba asustada, no entendía lo que estaba pasando, sentía que su vida corría peligro, mas no sabía qué acciones debía tomar, en consecuencia, optó por leer algunas revistas y comer un poco de helado para calmar la ansiedad, de esa manera logró un poco de tranquilidad.

Sin embargo, a media tarde, cuando todo aparentaba estar normal, el teléfono sonó y ella contestó pensando que podía ser alguna de sus amigas: *¡hola! ¿Quién es?* Preguntó varias veces.

A juzgar por lo que al fondo se oía, la duda inevitablemente apareció, haciéndola reaccionar de forma defensiva: *Si esto es una broma, es de muy mal gusto. Habla de una vez por todas, ¿quién eres?* Mientras que del otro lado solo se podía escuchar una especie de respiración, suave, pero escalofriante.

Inmediatamente la viuda sintió como la sangre se le comenzaba a helar, como los vellos de los brazos se le ponían de punta, y sobre todo, como el corazón le retumbaba en el pecho, tan fuerte como tambor africano. De manera que optó por respirar profundo para calmarse, asumiendo que se trababa de cosas de ella producto de la imaginación, procuró restarle importancia continuando en cambio con lo suyo.

Por desgracia, el teléfono volvió a sonar, poniéndola nuevamente en ese estado de inquietud, angustia e invasión de nervios que la hizo quedarse paralizada mirando el aparato que se encontraba justo a su lado.

Sin embargo, este no dejó de sonar, haciéndola sentir esa necia sensación de obligación que terminó convenciéndola de contestar, para igual escuchar el mismo respirar escalofriante que no respondía a ninguna de las preguntas que ella eventualmente le hacía: *¡¿Quién eres?! ¡¿Qué es lo que quieres?!*

Esa situación estaba desesperándola, así que llamó a su compañera de tenis, Alice Keaton, para que en buena hora se vieran en algún centro comercial. No obstante, el deseo de salir de su casa era tan intenso que ella, cosa sumamente inusual, se arregló con lo primero que encontró para de forma casi inmediata huir de ahí, aun cuando la cita con su amiga estaba pautada para dentro de dos horas.

En líneas generales, la señora Amanda estaba cundida en pánico, aterrorizada. Ella solía llevar una vida absolutamente despreocupada, tranquila y fácil. Para ella que su estilista no estuviese disponible cuando lo necesitaba era un problema. Que los tacones no le hicieran juego con el vestido o que la comida que ordenó llegara más tarde que la del resto era un problema. Que

el sándwich que dejó en la tostadora se le pasara de dorado o que la cinta de VHS que rentó en la tienda no viniera rebobinada era un verdadero problema, un caos.

Ella no estaba acostumbrada a ningún tipo de presión, mucho menos al psicoterror que aparentemente alguien le estaba endosando, el cual comenzaba a atormentarla, sumergiéndola en una mezcla de inquietud, incertidumbre y miedo que comenzó a devorarla por dentro poco a poco. Aun así, no lucía tan mal. Evidentemente procuraba no demostrar que algo la estaba atormentando.

De manera que ambas se encontraron en el centro comercial donde habían acordado, felices de verse nuevamente. Un encuentro que sin duda la hizo disminuir considerablemente su nivel de ansiedad y estrés, aliviándole la carga emocional.

Oportunamente sacaron provecho de la ocasión para comprarse algunas cosas. Era inevitable no caer ante la tentación de las vidrieras, así como también ante el delicioso helado de café con tarta Sacher que tanto les gustaba a las dos y que solo vendían ahí. Pese a ello, Alice notó algo diferente en su amiga. Le parecía que estaba preocupada. Presenció un par de veces con curiosidad como ella miraba hacia los lados, como si temiera que la vieran, por lo que trató de manifestarle su inquietud e indagar al respecto: *amiga, quiero hacerte una pregunta y espero que me digas la verdad.*

A lo que Amanda respondió con una pregunta: *¿qué quieres saber?*

—*Quiero que me digas si estás bien.* Respondió su amiga sin titubeo.

En eso Amanda la miró y con una suave sonrisa le dijo: *estoy bien, amiga, gracias por preocuparte.* Pero Alice no se quedó conforme con la respuesta e insistió: *no, no es verdad, yo a ti te noto extraña, desde anoche estás así.*

E inmediatamente Amanda le preguntó: *así... ¿cómo? ¿A qué te refieres?* Y sin dudarle, Alice le manifestó: *así, rara. Desde que esos señores nos pagaron la cuenta anoche, estás un poco ida, y hoy te noto como nerviosa.*

—*Pero no es verdad.* La interrumpió Amanda, agregando de inmediato: *yo estoy normal, no sé a qué te refieres.* Aun así, su amiga ni corta ni perezosa le replicó: *sé que algo te está pasando, pero si no me quieres decir nada, te entiendo, cuando te sientas preparada me lo puedes contar, sabes que cuentas conmigo.* Haciendo que la viuda agradeciera las palabras de apoyo e intentara disimuladamente fijar su posición: *por eso es que te quiero tanto, Alice, pero estoy bien, de verdad.*

—*Y yo a ti también, pero ya sabes.* Respondió ella con una agradable sonrisa.

Al instante Amanda le dijo: *si algo me estuviera pasando, sin duda serías la primera en saberlo. Yo estoy fatigada por todo lo que ha pasado desde la muerte de Andrew. He tenido que lidiar con varios papeleos y hasta con esos horribles policías que solo Dios sabe cuánto me repugnan. Y eso ya te lo había dicho, de verdad, no me pasa nada.*

De manera que Alice, confiando en las palabras de su mejor amiga y compañera de tenis, terminó por hacerse la idea de que el estado en el que se encontraba se debía a la muerte de su esposo y sus secuelas, así que decidió darle fin al tema para distraerse en sana paz, apelando a la comprensión y al apoyo confraternal.

En tal sentido, cuando la viuda llegó a la urbanización donde vivía, se detuvo nuevamente en vigilancia para solicitar que uno de los guardias de seguridad la acompañara a su casa y hacerle un recorrido preventivo, encontrándose una vez más con todo en absoluta normalidad.

Como de costumbre, antes de acostarse a dormir la viuda bajó a la cocina para tomarse un vaso con agua. En eso, justo cuando cerraba la puerta de la nevera sonó el teléfono, rápidamente lo miró y se dijo a sí misma: *tranquila, mantén la calma, de seguro es Alice.*

Con mucho sigilo caminó hacia este y al contestarlo, nuevamente escuchó solo el respirar de alguien, por lo que exclamó en tono de molestia: *¡ya basta! ¡¿Quién demonios eres y qué es lo que quieres?! Pero fue en vano, la persona que llamaba no parecía tener intención de hablarle, o por lo menos no en ese momento.*

MIÉRCOLES 29 DE NOVIEMBRE

La mañana había llegado puntual como siempre y con ella un poderoso cansancio emocional que obligó a la recientemente viuda a permanecer en la cama un rato más, pensaba en todo lo que estaba sucediendo, quería encontrar una respuesta o una solución a ello. De repente, una maravillosa idea le vino a la mente, por lo que inmediatamente sonrió al tiempo en el que se sentaba en la orilla de su cama.

Había pensado en irse de la ciudad por un tiempo, quizás a una playa o a las montañas nevadas para esquiar. Pensó en mil posibilidades, incluyendo un tour. Decenas de hipotéticos y placenteros destinos le vinieron a la mente en ese momento, pero lo que jamás llegó a imaginarse fue lo que le ocurriría esa misma mañana.

Así que sacando provecho de la subida de energía y seguridad que le había dado la maravillosa idea de salir de su ciudad, o del país, rápidamente se dio una merecida ducha para luego ir por el desayuno.

Esa mañana se dejó llevar por la emoción, retomando nuevamente su buena actitud, sacando por lo menos cinco combinaciones entre pantalones, camisas, blusas y zapatos, los cuales dispuso en su cama, convenciéndose al final por un jean remangado color azul petróleo que le quedaba ajustado, más una delgada blusa blanca con pequeños detalles incrustados, acompañados con unos tacones cerrados color negro con detalles plateados que le hacían juego con la cartera y sus joyas. En definitiva, el esfuerzo por lucir bien le había dado resultado, el meollo del asunto sería: ¿hasta cuándo?

En tal sentido, al momento de llegar a la agencia de viajes la señora fue atendida por un caballero de aspecto refinado, bien vestido, extremadamente amable y carismático, quien al verla llegar se acercó para abrirla la puerta, invitándola a pasar: *¡buenos días, señora! Pase adelante y póngase cómoda.*

—*Gracias, eres muy amable.* Respondió la señora mientras se acomodaba el cabello detrás la oreja, regalándole a su vez una extensa sonrisa al caballero que, en honor a la verdad, pareció haberle gustado a ella.

En eso, el caballero inició la conversación: *y... ¿en qué puedo ayudarla, señora?*

—*Amanda.* Respondió ella al instante: *mi nombre es Amanda Redman.* Extendiéndole la mano, el caballero respondió: *mucho gusto, Amanda, es un placer, yo soy Mijail Petrov, pero todos me llaman Junior.* Terminando con una sonrisa.

En eso la señora, movida por la curiosidad, le preguntó: *¿por qué te dicen Junior?*

—*Porque mi padre se llama igual que yo.* Le respondió con un tono de gracia. Haciendo que la señora volviera a sonreír con cierta picardía: *mmm, ya veo...*

De manera que el caballero procuró continuar con su trabajo: *bueno, señora Amanda.* Pero al instante fue interrumpido por ella: *llámame Amanda.* Y con una gran sonrisa, este continuó: *bueno, Amanda, al parecer seré tu agente por el día de hoy, así que cuéntame, ¿qué estás buscando?* Al instante ella respondió: *de eso no estoy muy segura, pero sé que me vas a ayudar.*

Por lo que este le respondió: *por supuesto, para eso estoy aquí, para ayudarte.* Haciendo que la señora entrara más en confianza y le dijera sin tapujos: *necesito urgentemente vacaciones,*

pero quiero que sea algo relax, súper tranquilo, con spa preferiblemente, y no importa si es fuera o dentro del país...

Sutilmente, el caballero la interrumpió con una pregunta: *perdón, Amanda, pero... ¿usted planea viajar sola o acompañada?*

Y ella le respondió con una mirada sugerente: *me gustaría que fuera acompañada, pero por ahora no tengo con quien, así que esta vez será sola.*

En definitiva, a la señora solo le faltaba morderse el labio mientras le hablaba o miraba al caballero, quien ignorante de ello le preguntó: *con todo respeto, Amanda, pero... ¿por qué viajará sola? Eso es muy aburrido. Yo creo que debería pensarlo mejor, porque la verdad es que se le nota muy bien, para nada fatigada, más bien se ve radiante, y hermosa.*

Nuevamente la señora se acomodó el cabello detrás de las orejas y le dijo: *¡ay, gracias por el cumplido! Te voy a contar la verdad porque me agradas y porque creo que no me vas a juzgar.*

E inmediatamente el caballero la interrumpió: *¿y quién soy yo para juzgar? El único que puede juzgar es Dios.*

Ante el comentario, la señora sonrió en grande expresando: *¿ves? Por eso me agradas.* Y en seguida le contó: *lo que pasa, Junior, es que hace poco mi esposo murió en un accidente de auto. A lo que el caballero la interrumpió diciéndole: ¡cuánto lo siento!*

Con absoluta tranquilidad, la señora le respondió: *tranquilo, no te preocupes.* Continuando así con su discurso: *desafortunadamente, eso me ha traído muchos dolores de cabeza. Ni te imaginas por lo que he tenido que pasar, Junior. He tenido que lidiar con abogados y también con policías, que no sé por qué, pero me parece que todos huelen a cigarrillo con café, son horribles, inoportunos y necios.* Haciendo que el caballero se riera por el comentario.

... Pero gracias a Dios que ya todo acabó, ya no tengo que firmar más papeles ni volver a ver a esos oficiales. Así que por ahora lo que necesito y con carácter de urgencia es relajarme y dejar todo atrás, aunque sea por unos días, o por unos meses, no lo sé, tú dime, ¿qué me recomiendas?

En eso el caballero, con un gesto de pena por ella, le dijo: *perder a un ser querido no es cosa sencilla. Yo perdí a mi madre hace varios años, ella murió de cáncer y aún no lo he superado por completo, es solo que aprendí a vivir con ese vacío.*

La señora se identificó con las palabras del caballero y le manifestó: *eso es así, Junior, son cosas que duelen mucho pero que deben superarse, por eso quiero viajar.*

—*¿Y a dónde le gustaría viajar?* Preguntó el caballero.

—*Pues, no estoy muy segura, me gustaría viajar a una playa que sea tranquila, o quizás a una montaña a esquiar, pero que tenga spa. ¿Tú qué me recomiendas?*

Y en ese preciso instante, el semblante del caballero cambió por completo, su rostro se endureció considerablemente y una mirada de águila apareció dejando perpleja a la viuda, quien no entendía a qué se debía el súbito cambio de carácter.

Aunque el caballero no dejaba de mirarla como si estuviese conteniendo una inconmensurable ira dentro de sí mismo, la cual se reflejó en la prominente vena que se le marcaba en la frente, ella miraba hacia los lados en busca de algo que le aclarara la situación, estaba completamente confundida y asustada por esa extraña reacción, así que preguntó: *¿qué pasa, Junior? ¿Está todo bien? Me estás asustando.*

Lejos de intentar alivianar la expresión o quitarle de encima esa mirada fulminante que la estaba matando, el joven se acercó a ella y le dijo en un tono absolutamente sentenciador: *lo mejor que puedes hacer es no viajar a ninguna parte. Yo te recomendaría que te quedaras en tu*

casita, tranquilita, pero sobre todo, te recomendaría que te pusieras a pensar en cómo vas a hacer para devolver lo que no es tuyo.

En ese momento la cara de la señora estaba para enmarcarla, pálida, hasta tenía la boca abierta. Ella lo miró casi sin poder parpadear y le dijo: *no sé de qué estás hablando.*

Pero sin perder la seriedad marcada en su rostro, el caballero le contestó: *vayas a donde vayáis, ellos te van a encontrar.*

—*¿Ellos, quiénes?! Exclamó la señora en tono de molestia. Haciendo que el caballero sonriera de una manera casi escalofriante, y le dijera: los jefes.*

Rápidamente la viuda endureció también su rostro, se levantó de la silla tomando su cartera con una poderosa molestia al tiempo en el que decía: *pues, dile a tus jefes que siempre llevo un arma conmigo y que no dudaré en usarla si es necesario.* Y mientras salía del local sentenció: *y no te atrevas a seguirme.*

Inmediatamente, el cuerpo le empezó a temblar casi sin control. Como pudo caminó hacia donde tenía el auto estacionado. En su mente solo había un torbellino de preguntas e inquietudes que le carcomían el cerebro como pirañas a su presa, haciéndola tropezar con la gente que en el camino se encontraba. De modo que apenas entró a su auto, comenzó a deambular por la ciudad, pensando en las palabras que el extraño sujeto de la agencia le había dicho.

Ella no entendía lo que estaba pasando, ni quienes eran esos jefes de los que había hablado el extraño agente, y sobre todo, como era que podían encontrarla a donde fuera. Además, también estaban las cartas en el baño, el caballero con un as de corazones estampado en la franela, la nota en su cama con el escalofriante acertijo, y las llamadas en las que nadie hablaba. En fin, una serie de sucesos que estaban a punto de desquiciarla.

En tal sentido la viuda, bajo la influencia del temor, decidió quedarse en casa de su amiga Alice, quien sin dudarlo, cariñosamente la acogió. Esa vez Amanda se propuso hablar con su amiga sobre lo que le estaba sucediendo, claro, mencionando solo el repentino acoso al que estaba siendo sometida, sin dar detalles de más.

En eso, su amiga inocentemente le manifestó su opinión: *no sé, yo creo que es una de las amantes de Andrew que de seguro quiere molestarte y te está haciendo esas cosas. Deberías hacer la denuncia a la policía, más bien te has tardado demasiado.*

Pero la viuda solo sonrió y le dijo: *es que no me gustan los policías. Esos sitios son feos.*

A lo que su amiga sentenció: *pero debes hacerlo.* En ese instante, Amanda le dijo: *déjame descansar hoy y mañana veremos si hago la denuncia, ¿te parece?*

—*Está bien.* Respondió su amiga, quien inmediatamente aclaró: *igual sabes que te puedes quedar acá todo el tiempo que desees.* Por lo que Amanda la abrazó fuerte en señal de agradecimiento infinito.

Por desgracia, esa noche la recientemente viuda no iba a poder conciliar el sueño; primero, porque no se hallaba en su propia casa, y segundo, porque no quería volver a ella. Tenía miedo.

JUEVES 30 DE NOVIEMBRE

De nuevo la mañana llegó sin retraso y acompañada de un vaivén de cánticos de aves, además del esplendoroso y cálido sol que al son de la brisa convencía a las flores para que salieran a embellecer las calles y los jardines. Una mañana perfecta. Sin embargo, la viuda se levantó con un agotamiento físico y mental que difícilmente podía ocultar. Estaba casi muda, tenía ojeras y un terrible y descuidado cabello que para nada le sentaba bien. Aun así su mejor amiga, Alice, mantuvo la discreción en todo momento, aparentando no notar diferencia alguna en ella, optando más bien por preparar un buen desayuno, tanto para su familia, como para su desdichada amiga.

En tal sentido, luego de que Alice despachara a sus hijos y a su esposo, tranquilamente se sentó con Amanda a comer en paz, sin el estrés de los inquietos hijos que no quieren tomar el desayuno, ni lavarse los dientes, o peor aún, el del marido que no sabe dónde puso la media que lleva puesta.

Esa mañana, ella cuidadosamente procuró tocar temas cotidianos, optimistas, inclusive, se burlaron de algunas personas, a pesar de ello, el ánimo no se le terminaba de recargar a su amiga, quien en algún momento manifestó sentir la necesidad de volver a su casa, aunque el miedo en cierta medida la dominaba. Alice se ofreció a acompañarla hasta que se sintiera cómoda y segura, dispuesta incluso a pasar la noche ahí con ella, pero con la única condición de ir después del mediodía, a lo cual Amanda aceptó.

No obstante, el ineludible compromiso de Alice como madre horas más tarde la obligó a declinar su oferta. La razón de ello se debió a una extraña llamada que recibió del colegio donde estudiaban sus hijos, en la cual le notificaron que debía presentarse con carácter de urgencia en la subdirección a la una y treinta de la tarde. Amanda sin hacerse ningún tipo de drama comprendió la situación y le dijo a su amiga: *tranquila, no te preocupes que yo entiendo. Además, ya he estado varios días así, y sola.*

A lo que su amiga contestó: *si algo raro te vuelve a pasar, no dudes en llamarme o venirte para acá, sea la hora que sea.* Y agradecida con el gesto, Amanda se despidió de su amiga con un fuerte abrazo. Aun así, en cuanto subió a su auto, una extraña sensación la invadió por dentro, fue como un repentino golpe de ansiedad, una mezcla de sentimientos que la obligaron a pausar su retorno a casa, para en cambio dar vueltas por la ciudad en un vano intento de llegar agotada y poder dormir profundamente.

Esa tarde recorrió la zona donde creció, pasó por el parque donde solía jugar con sus amiguitos y hermanos, muchos recuerdos le vinieron a la mente: el olor de la pizzería donde su padre amaba ir a comer, la peluquería, el viejo cine y el teatro; visitó muchos sitios que casi había olvidado. De pronto, como por mera casualidad, pasó justo por el frente del conjunto residencial donde vivió Josephine, además de las inmediaciones del edificio Imperial State donde había trabajado su esposo, para posteriormente terminar en el club donde acostumbraba jugar tenis con sus amigas.

Al regresar a casa, por medidas de seguridad no solo revisó las inmediaciones en compañía de un guardia de seguridad, sino que aprovechó la oportuna compañía para revisar por dentro también. Por fortuna, todo estaba en perfecto estado, razón por la cual la recientemente viuda se

propuso descansar en paz.

Una vez en la cama, completamente relajada y envuelta en sus cobijas, oyó el teléfono repicar, inmediatamente los nervios se le dispararon. Como pudo encendió la lámpara que tenía a un lado, miró el aparato por unos segundos mientras escuchaba ese fastidioso repique que no se detenía, hasta que valientemente contestó: *¡aló!*

Pero al volver a escuchar solo el desagradable respirar de esa persona aparentemente desconocida, la viuda enloqueció: *¡ya basta, malditos! ¡Los voy a denunciar! ¡Ya dejen de molestarme!* Escuchando a cambio, solo el casi repugnante respirar, por lo que insistió: *¡vamos, habla de una vez por todas! ¡Dime quién eres! ¡Qué es lo que quieres? ¡Habla, vamos! ¡Habla!*

En eso escuchó las siguientes palabras, que lejos de aclararle algo, le oscurecieron aún más el panorama e incrementaron el nerviosismo: *mañana a las nueve de la mañana*. Y en seguida le colgaron el teléfono, dejándola más que confundida, aterrada.

VIERNES 1 DE DICIEMBRE

Apenas eran las cinco y cuarto de la mañana cuando la señora decidió salir de la cama. Para nada valía la pena seguir acostada si no había podido conciliar sueño alguno en toda la noche. Solo pensaba en esas escalofriantes y sentenciadoras palabras que le aceleraban el corazón y le helaban la sangre cada vez que retumbaban en su mente: “mañana a las nueve de la mañana”. No podía siquiera imaginar de qué se trataba el asunto, ni cuál era la razón por la que estaba siendo acosada de semejante manera. No sabía qué hacer, o en un caso extremo, cómo defenderse.

Debido a las circunstancias, su aspecto había empeorado considerablemente. Tenía ojeras y una mirada de agotamiento extremo, como si estuviese bajo la influencia de medicamentos. A duras penas se lavó los dientes y se puso algo de ropa decente para bajar a desayunar, controlando en la medida de lo posible esos ataques de ansiedad que de tanto en tanto le apretaban el pecho con intensidad, obligándola a respirar profundamente, como aquel que sale del fondo de la piscina por una bocanada de aire. Era un reflejo involuntario del temor manifestado bajo su propia piel.

De manera que la viuda se pasó las primeras horas de la mañana entre la sala y la cocina, prácticamente con el teléfono en la mano, a la espera de una posible llamada, y cuando menos se lo esperaba, un lento pero sonoro “toc” “toc” “toc” se escuchó en la puerta de entrada de su casa. De inmediato, con una velocidad impresionante dirigió su mirada hacia ese punto, preguntándose al mismo tiempo: *pero quién puede ser, si no me avisaron de vigilancia*. Y cuidadosamente, procurando no hacer nada de ruido se acercó al ojo mágico de la puerta para discretamente observar a quien se encontrara del otro lado. Por un momento pensó que se trataba de alguno de los muchachos de seguridad, sin embargo, al momento de mirar, la decepción fue tal, que sin duda alguna le costó la poca calma que le quedaba.

Desafortunadamente para ella, las personas que se encontraban del otro lado de la puerta, no solo le causaron un tremendo susto, sino que del mismo la hicieron transpirar. De inmediato su respirar se hizo considerablemente profundo y acelerado a la vez, obligándola incluso a encontrar la forma de retrasarlos un minuto para poder recuperarse, por lo que les dijo: *¡un momento, ya voy!*

Rápidamente se miró en el espejo, se acomodó un poco la blusa, el cabello, se secó el sudor y abrió la puerta, encontrándose frente a frente con dos caras peculiarmente conocidas. Una de ellas era la del caballero que la acompañó a trotar el lunes por la mañana, el arquitecto rubio de aspecto extranjero, mismo que también pagó la cuenta en el café esa misma noche. La otra cara conocida era la del caballero de la franela con el estampado de una escalera real, quien acompañaba al arquitecto en el café.

Esa mañana ambos vestían de saco y corbata, elegantes de punta a punta, perfumados, cada quien con su cabello bien peinado. No obstante, la recientemente viuda sacando valor de donde no tenía, les habló a los caballeros sin titubeo alguno: *¿ustedes son los que me han estado llamando?*

A lo que uno de ellos (específicamente Mijail) le contestó: *eso es correcto*. Consiguiendo que se le incrementara aún más el temor a ella, quien tan pálida como un papel solo lo miraba mientras este le seguía diciendo: *y también fuimos nosotros quienes entramos a su casa para dejarle*

algunas cositas.

Por lo que a la señora inmediatamente se le cristalizaron los ojos por las inmensas ganas de llorar que le dieron. Estaba aterrada al ver la cara de sus acosadores frente a ella, como si nada. Aun así, el caballero continuó hablándole: *además, sabemos que se encuentra sola, y no crea que es porque alguno de nuestros vigilantes nos lo dijo antes de venir a tocar a su puerta, no; tenemos cámaras espías en varios espacios de su casa. La hemos estado monitoreando desde hace semanas, así que no nos mienta y déjenos pasar para que hablemos.*

En eso la señora, aunque estaba a punto de romper en llanto por el miedo que tenía, le contestó a los caballeros: *¿pero quiénes son ustedes?*

Y de inmediato, el mismo caballero, el del cabello rubio platino, le respondió: *él es mi socio Vladimir Sokolov y yo soy Mijail Petrov. Ambos somos dueños de los reconocidos casinos Golden Coin del país, y necesitamos entablar una seria conversación con usted. ¿Nos deja entrar, por favor?*

—*¿Pero qué es lo que quieren de mí? Yo ni siquiera he ido a alguno esos casinos.* Le dijo la viuda. Y al instante, el mismo Mijail le aclaró: *Lo que queremos es que nos escuche. Usted quizá no tenga nada que decirnos a nosotros, pero nosotros a usted sí, así que... ¿nos deja entrar, por favor?*

Y sin más remedio, la viuda respondió: *de acuerdo, pasen.*

De manera que los señores se pusieron cómodos en los muebles de la sala, uno en cada uno de los individuales, dejándole a ella el mueble grande. Y sin perder el tiempo, Mijail comenzó a hablar: *¿sabe por qué estamos acá?*

—*No, no tengo idea.* Respondió ella, al tiempo en el que le decía: *pero su acoso me está empezando a molestar, y si siguen con eso voy a tener que denunciarlos con la policía.*

Pero la amenaza de la viuda lejos de espantarlos les causó gracia, por lo que Mijail, luego de mirar a su socio Vladimir, le refutó: *usted no va a llamar a la policía porque usted, al igual que los otros, también es culpable de un crimen, o de dos, o hasta tres.*

A lo que ella exclamó con tono de furia: *¿de qué crimen está hablando usted?! ¡Cómo se atreve a decir semejante cosa! ¡A mí me respeta!*

No obstante, Mijail le contestó en seco: *me refiero al asesinato de su amiga la contadora, al igual que al de su esposo y al de su amante, eso sin mencionar la estafa que le hicieron a nuestro casino, lo cual la convertiría en una genuina criminal.*

Rápidamente la señora negó lo que Mijail acababa de decir, alegando con un nudo en la garganta: *no sé de qué está hablando... ni siquiera sé quién es esa contadora de la que usted habla. A mi esposo lo asesinaron en un estacionamiento dentro de su auto, y a Richard en la cárcel, y él no era mi amante, era mi amigo.*

E inmediatamente Vladimir la interrumpió diciéndole: *a su amigo lo asesinaron por orden nuestra. Pero, dígame algo, ¿a quién le creería la policía, a usted que los odia y piensa que ellos huelen a fritura con cigarrillos, o a nosotros que los financiamos desde la sombra?* Haciendo que la viuda palideciera dramáticamente ante semejantes palabras.

Aun así, el ruso Vladimir continuó con su discurso: *nosotros sabemos exactamente qué fue lo que usted hizo, y cómo lo hizo.* Pero insistentemente la viuda volvía a negarle a los rusos lo que estos le decían: *de verdad, no sé de qué están hablando. Ustedes están equivocados.*

En eso, Vladimir se inclinó hacia ella y le dijo con una sonrisa sarcástica: *nosotros sabíamos que a usted se le iban a olvidar algunas cosas, por eso nos vinimos preparados para recordárselas.* Lo cual hizo que a la viuda se le brotaran los ojos del susto, dándole así más

motivos al ruso para que continuara: *verá, le voy a contar una historia y espero que me preste mucha atención, ya que no pienso repetirle ni una sola palabra.*

A lo que Amanda, mientras agachaba la mirada, en un tono casi sumiso le respondió: *de acuerdo. Y este comenzó: hace aproximadamente once años, una linda amistad surgió entre dos personas. Una linda jovencita de clase alta, deportista y buena estudiante, a la cual llamaré “la chica buena”, más un joven de clase media, atlético, bien parecido pero rebelde y despreocupado, con muy poco futuro, al cual llamaré “el chico malo”.*

... Ambos con el tiempo terminaron siendo más que amigos, sin embargo, la chica buena también había conocido a un joven de buena posición económica y con un futuro garantizado, al cual llamaré “chico prominente”, mismo que estaba perdidamente enamorado de la chica buena, pero a ella, aunque sabía que no le convenía, le gustaba el rebelde despreocupado, tanto así, que acordó con él mantener esa relación en secreto absoluto, por lo que hicieron como una especie de pacto, jurándose entre sí jamás decir una sola palabra.

... De tal manera que la chica buena se hizo novia del chico prominente con futuro, logrando con el tiempo, inteligentemente y con astucia, que ambos, tanto el chico prominente como el chico malo, terminaran siendo mejores amigos.

... Un par de años después, luego de graduarse de la universidad, ambos decidieron dar el siguiente paso de su relación y contrajeron matrimonio. Se casaron en un club privado. La celebración fue algo sencilla pero elegante, solo con la presencia de sus mejores amigos y familiares. Y desde luego, el chico rebelde y despreocupado que no podía faltar, también estuvo ahí.

En ese momento la recientemente viuda tenía literalmente la boca pálida y entreabierta. Estaba absolutamente sorprendida con la similitud del relato. Pero el ruso, sin ánimos de darle tregua, continuaba: *así que los años pasaron y la amistad de los tres se hizo cada vez más fuerte. El chico prominente y con futuro fue absorbido como abogado en una importante firma de la ciudad. Así que rápidamente pasaron de vivir en un pequeño departamento alquilado a comprar una maravillosa casa en una urbanización de lujo, la cual equiparon de una vez. Por fortuna, ella nunca tuvo que trabajar, dedicándose en cambio solo a los quehaceres básicos del hogar y al tenis.*

... A pesar del alza en la calidad de vida de la chica buena, su relación amorosa con el chico rebelde y sin futuro continuaba intacta. A ella no le importaba que él viviera en los suburbios y que literalmente fuese un fracasado. Con el tiempo perfeccionaron sus estrategias para encontrarse y tener relaciones, haciéndose clientes habituales de tres hoteles en las afueras de la ciudad, los cuales eran: Land Castel, Holiday y Marrion Hotel.

... Así que el tiempo transcurrió, y mientras el buen chico se la pasaba metido 14 horas en una oficina de abogados trabajando para escalar de posición hasta llegar a ser alcalde de la ciudad, que era su sueño, y a su vez, para consentir a su querida esposa, que era su vida, el chico malo perdía su tiempo pasando de un trabajo a otro, sin ningún tipo de visión, pero consintiendo de muchas maneras a la mujer de su amigo.

... Hasta que de pronto, encontró un empleo como repartidor de cartas en un casino, el cual le gustó bastante por las propinas que le daban. Pero desafortunadamente para la chica buena, no pasó mucho tiempo para que apareciera una cuarta persona en el grupo, la cual terminó siendo novia de su chico malo.

... Se trataba de una chica proveniente de buena familia, tenía una formación académica y religiosa de primera, cosa que aturdió horriblemente a la chica buena, pues aunque ella estaba

casada, quería que el chico malo le perteneciera solamente a ella. Sin embargo, no le quedó más alternativa que controlar sus celos y aceptarla.

... De manera que con el tiempo todos terminaron siendo mejores amigos. Se divertían juntos, hacían parrilladas, iban de pesca, se llamaban con frecuencia para contarse cosas y hasta iban al cine. Pero el chico malo, como el tomate que pudre la cesta entera, introdujo a la chica religiosa en el mundo de las apuestas, causando en ella el terrible daño de la ludopatía.

... Al principio fue por pura diversión que lo hicieron, sin ánimos de perjudicar a nadie, sin embargo, el prominente chico junto con su querida esposa, notaron la posibilidad de incrementar sus ingresos a través de ella. Por lo que convencieron a su amigo para que la persuadiera a que aprendiera más, para que luego les aceptara un jugoso trato, una especie de sociedad. Ella junto con su novio, el repartidor de cartas, se encargarían de estafar al casino en apuestas fraudulentas y manipulación de equipos, mientras que los casados, administrarían el dinero y lo ocultarían de la vista de los demás.

... Ella se llamaba Josephine Callahan. Inocentemente creía que lo que hacía estaba bien. En ese momento estaba enamorada del repartidor de cartas y creía que era necesario hacerlo, ya que de pequeña le enseñaron erradamente que la mujer siempre debía acompañar al hombre. Desgraciadamente, ella no lo entendió bien y cometió un error: creer en su compañero sentimental. Confió en sus palabras y promesas de amor eterno y hasta que la muerte los separe, cuando en realidad, este repartidorcito de cartas no era más que un promiscuo y mitómano cuasi profesional, oportunista de tercera y adicto al dinero, mas no al ahorro. Un genuino despilfarrador y derrochador de mal gusto, así como también un patético adicto a la cocaína y a las prostitutas baratas. Un personaje repugnante para mi socio y para mí, descarado, vil, falso, sin nada de escrúpulos, pero lindo y carismático, de cuerpo atlético, casi como un modelo.

... Él se llamaba Richard Preston. Y aunque parecía ser el cerebro de la operación, no era más que un peón en el tablero de alguno de sus amigos.

... Ellos eran Andrew Corbin Smith, quien terminó siendo el testaferro y apoderado de la señorita Josephine, y Amanda Redman Smith, la figura más peligrosa del cuarteto, la señora que terminó fungiendo en primera instancia como administradora.

En ese momento, la cara de la viuda era de espanto. Estaba completamente pálida y sudorosa, como si de una baja de tensión se tratara. No podía atreverse tan siquiera a pronunciar palabra alguna. Se le notaba en la mirada lo infinitamente asustada que estaba. En ocasiones le temblaban los labios, como si quisiera romper en llanto. Aun así, el ruso no paró de hablarle: en tal sentido, la señorita Josephine Callahan apegada a uno de los principales puntos que había acordado con sus amigos, hacía su vida de la manera más normal posible, evitando a toda costa cualquier tipo de sospechas. Pero lo que ella jamás llegó a imaginar fue que la pareja de casados junto con su maravilloso novio, el repartidorcito de cartas, gestaban un avaricioso, atroz y desalmado plan para quedarse con todo el dinero que ella ni tan inocentemente había sacado del casino, así como también de las propiedades que previamente habían comprado con parte de ese botín.

... Pero el cuento no termina ahí, ahora viene la mejor parte: básicamente todo fue planificado desde un inicio por la figura más peligrosa del cuarteto, la señora Amanda.

Ocasionando en ese preciso instante en ella, la involuntaria liberación de una lágrima que rápidamente se secó con la mano derecha mientras el ruso Vladimir Sokolov, sin dolor ni pena continuaba hablando: desde un principio, la peligrosa Amanda planificó absolutamente todo.

Primero le contó a su esposo la maravillosa idea de utilizar a la pobre Josephine como señuelo en el casino para la incrementación de sus ingresos, convenciéndolo inmediatamente de hacerlo. Luego fue por su amante, a quien también terminó por convencer. Pero lo que jamás llegaron a imaginar ninguno de sus dos hombres, era que uno de ellos debía asesinar a la señorita, por lo que inteligentemente ideó un plan estratégico para llevarlo a cabo, convenciendo posteriormente al mismísimo repartidor de cartas a que lo hiciera él, en un acto de sacrificio por el grupo, como ella misma lo llamó. Sin embargo, lo que jamás llegó a imaginar su querido esposo, era que sus socios lo inculparían a él colocando estratégicamente algunas de sus pertenencias en el departamento de la víctima, para así enviarlo a la cárcel. Un hermoso lugar en donde un sicario contratado le quitaría la vida. Aparentemente, un plan perfecto según la buena percepción del ingenuo repartidor de cartas, ya que este jamás llegó a imaginar que los próximos planes de su adorada amante eran los mismos para él. Así se quedaría ella con todo, y sin nadie. Un tradicional sacrificio del avaro ciego.

... Pero por desgracia para ella, las cosas no salieron como lo esperaba y su macabro plan se vio interrumpido por el hecho de que al abogado jamás pudieron probarle culpabilidad alguna, ¿sabe por qué? Preguntó en ese momento el ruso con una clara expresión de satisfacción, quedándose fijamente mirándola por unos segundos. Hasta que continuó: porque al asesino novato siempre se le escapan algunos detalles y esta no fue la excepción, ya que no contaban con que el abogado no estaría ni remotamente cerca el día del asesinato. En vista de ello, a la peligrosa Amanda no le quedó otra opción más que convencer nuevamente a su amante para que también asesinara a Andrew, con la única excusa de una posible represalia. Proponiéndole, incluso, llevar el plan más allá.

... De manera que Richard, bajo la influencia de la ingenuidad mezclada con la interminable apetencia carnal hacia Amanda, aceptó todas sus proposiciones. Tenía la gran ilusión de que ambos se irían a Rusia y harían una nueva vida. Claro, él primero debía cumplir con su cometido y se iría inmediatamente. Ella lo alcanzaría una vez arreglados los asuntos legales.

En ese momento Vladimir fue interrumpido por su socio Mijail, quien comentó con una agrandada sonrisa: quién lo diría... ¿eh? La gran señora también mandaría a matar a su amante.

En eso, la recientemente viuda interrumpió al ruso: ¡pero si ustedes mismos dijeron que lo habían mandado a matar! A lo que Mijail respondió con una pregunta: ¿y usted piensa que la policía le creerá que solo dos de las tres muertes fueron responsabilidad suya? Ellos darán por sentado que todas fueron planificadas por usted.

—¡Pero eso no es verdad! Gritó la viuda al tiempo en el que rompía a llorar.

Y sin ningún tipo de dolor, Vladimir en un tono un poco más pausado pero sonoro, le dijo: y lo que jamás llegó a imaginar usted era que nosotros mismos, los dueños del casino al que robaron, la investigaríamos y la haríamos pagar por todo. Ahora bien, como nosotros no somos tan desalmados como usted, hemos decidido por unanimidad ponerla a escoger entre tres opciones:

... La primera de ellas es que regrese el dinero bajo nuestras condiciones y le garantizamos que nadie se enterará de nada.

... La segunda, le entregaremos a la policía todas las evidencia que tenemos en nuestro poder e iría directo a la cárcel por el resto de su vida, donde seguro tendrá que ser la mujer de otra mujer, lavar ropas íntimas que no serán las suyas precisamente, y además de eso, tendrá

que hacer sus necesidades fisiológicas delante de sus compañeras de celda.

... Pero aún tiene una tercera opción, la cual pudiera ser la más fácil para usted: quítese la vida y hágale compañía en el infierno a su esposo, a su amante y a su amiga con quien solía jugar al tenis, que de seguro la esperan con muchas ansias.

En ese momento la viuda se descompuso cayendo a un lado del mueble, completamente desmayada. De inmediato Mijail, en un acto impulsivo, se abalanzó sobre ella, le tomó la cabeza y suavemente le comenzó a dar palmadas en las mejillas al tiempo en el que le decía: *señora, despierte que no hemos terminado*. Hasta que ella reaccionó, estaba estupefacta, completamente inmutada, limitada solo a mirar a los rusos mientras las lágrimas aceleradas corrían por sus mejillas. Parecía que no sabía qué hacer ni qué decir, por lo que apelaba al silencio acompañado del llanto. Razón por la cual, estos decidieron dar fin a la visita.

No obstante, antes de marcharse Mijail tomó una tarjeta de uno de los bolsillos de su saco y le dijo: *como sabemos que usted suele olvidar las cosas, le voy a dejar esta tarjeta para que se comuniquen con nosotros. Ahí tiene nuestra dirección y teléfonos. Tiene hasta el lunes para decidir qué hacer. Recuérdelo bien, solo son tres días. Y le recomiendo algo, señora: no intente hacer nada estúpido como ir a la policía o salir del país, porque la estaremos vigilando en todo momento. Es necesario que entienda que nosotros sabemos, incluso, hasta en qué parte de la casa se encuentra usted y a cualquier hora del día.*

De manera que los rusos, sin hacer mención a nada más, se retiraron de la propiedad, dejando a la viuda inmensamente angustiada, tanto así, que se volvió a desvanecer cayendo de rodillas en el piso para llorar desconsoladamente al tiempo en el que se preguntaba: *¿y ahora qué voy a hacer? Dios mío... ¿Cómo pudieron haberme descubierto?*

Rápidamente trató de recuperarse, se levantó del piso y recorrió toda la casa en busca de las famosas cámaras, pero desafortunadamente no encontró nada. Sin embargo, al cabo de unos minutos, justo cuando se encontraba en la oficina de su difunto esposo, casi resignada en la silla presidencial, el teléfono sonó. Lo primero que le vino a la mente fue su amiga Alice, por lo que rápidamente contestó, aunque en vez de escuchar la voz de ella, escuchó una escalofriante voz que le dijo: *no importa cuánto busques, jamás las encontraras.*

Lógicamente los nervios se le volvieron a disparar al cielo y más allá. La sensación de no estar sola se apoderó de ella con una intensidad inconmensurable. De inmediato salió corriendo hacia su habitación para tomar algunas de sus pertenencias e irse a resguardar a casa de su mejor amiga. Estaba desesperada y asustada. Sentía la imperiosa necesidad de salir corriendo de esa casa.

No obstante, por el camino las sorpresas seguirían impidiéndole a la viuda conciliar ese estado de tranquilidad que tanto demandaba su mente y cuerpo, pues un auto Sedan de color negro, prácticamente idéntico al que tenían los rusos cuando la visitaron, la siguió sigilosamente hasta la residencia de su amiga, donde ella permaneció prácticamente oculta.

Pero al caer la noche, ambas se dispusieron a salir debido a la necesidad de distracción que requería la recientemente viuda, pues para su amiga, lo que Amanda tenía era un claro trastorno de estrés postraumático (TEPT). Así que con la mejor de las intenciones, Alice la llevó a uno de los mejores restaurantes de comida asiática de la ciudad, uno en el que casualmente solía comer la señorita Josephine Callahan.

SÁBADO 2 DE DICIEMBRE

A la mañana siguiente, la recientemente viuda se levantó con sus ya acostumbradas ojeras más el cabello descuidado. Efectivamente no había podido siquiera cerrar un ojo en toda la noche a causa de los repentinos ataques de paranoia que le disparaban los latidos del corazón y la empujaban sin piedad hacia uno de los sentimientos más difíciles con el que alguna vez hemos tenido que lidiar, aquel al que llaman remordimiento de conciencia, que para mal de ella, se le había amplificado considerablemente.

Difícilmente alcanzaba mantener la mente distraída. No le era posible dejar de pensar en los rusos, en sus expresiones, además de la seriedad en cada una de sus palabras, y sobre todo, en ese particular ultimátum que desde el preciso instante en el que lo escuchó, comenzó a desmoronarla por dentro, haciéndola repetirse a cada instante: *entregarlo, ir a la cárcel, o morir, ¿qué hago?* Hasta que de pronto se dijo a sí misma: *pues, lo entregaré, porque a la cárcel jamás, primero muerta.*

En términos emocionales, la viuda estaba a punto de colapsar pero se había autocondenado al silencio. Vivía en carne propia el cruel sentimiento de saber que se hallaba sola, desamparada, sin nada de protección ni opciones alternativas, a la espera de un futuro cercano desconocido que, de seguro, no sería nada bueno.

El único camino que le quedaba era el de asumir las consecuencias de sus actos antes de volverse loca a causa del intenso acoso que le estaban propinando. De manera que se preparó psicológicamente para lo que venía. Bajó rápido a tomar el desayuno en compañía de su amiga, esposo e hijos, para luego irse sin dar mayores explicaciones, alegando únicamente que necesitaba hacer varias diligencias que no requerían de la compañía de su amiga. No obstante, la viuda se fue directamente a su casa para llamar al número de la tarjeta que le había dejado el ruso.

Había comprendido a las malas que desafortunadamente se metió con la gente equivocada, que el poder que tenían ellos no era para tomárselo a juego. Razón por la cual hizo la llamada, pero eso sí, sintiendo su corazón acelerarse a medida que marcaba cada número, como si este se le quisiera salir por la boca. Luego de varios repiques, escuchó una voz decirle: *sabíamos que tomaría la decisión correcta, y sobre todo, que lo haría antes del lunes.*

En eso la señora contestó con un tono de voz que denotaba sumisión: *no me vayan a hacer daño, por favor. Solo díganme qué es lo que quieren que haga, que yo les voy a colaborar.*

A lo que el ruso, específicamente Mijail, le respondió mientras miraba a su socio y le sonreía: *venga mañana en la mañana a nuestro casino y le diremos exactamente qué es lo que hará. La esperamos a las nueve.* Y sin dar tiempo siquiera a que preguntara algo más, la llamada fue cortada.

DOMINGO 3 DE DICIEMBRE

Poco antes de las nueve de la mañana, a través de las cámaras de seguridad los rusos vieron el auto deportivo de Amanda entrar al estacionamiento del casino, por lo que enviaron de inmediato a sendos guardias de seguridad para que la llevaran hasta la oficina de ellos. No obstante, se le veía menos descuidada que la vez anterior, eso sí, ocultando su nerviosismo detrás de sus costosos lentes oscuros que en definitiva, era lo único que le hacía honor.

Mientras tanto, Mijail y Vladimir tomaban café con crema en compañía de sus dos mejores amigos, Smirnov y Vólkov, todos a la espera del impredecible encuentro. Especulaban sobre las reacciones de la viuda e hicieron un par de bromas al respecto. En eso tocaron la puerta, y Vladimir exclamó: *¡adelante!*

Inmediatamente, todos se miraron a las caras. La palidez de los labios de la señora y la forma en como le temblaban las manos la delataban. Estaba asustada, razón por la cual no se quitó los lentes de sol. Aun así, Mijail la invitó a tomar asiento, e inició la conversación: *si usted está acá, es porque ya tomó una decisión, ¿correcto?*

—*Sí, señor.* Respondió la señora con un claro tono entrecortado, tratando incluso de mirarlo a los ojos, aunque involuntariamente, estos se clavaban en el piso cada vez que lo intentaba. Así que Mijail continuó: *y... ¿nos va a decir cuál fue la decisión que tomó?*

De manera que la señora Amanda sacó valor de donde no tenía y le respondió: *no quiero ir a la cárcel, pero tampoco quiero morir, y si vivo, no quiero vivir en la pobreza. Yo les regresaré lo que tengo, pero no me dejen en la calle, se los suplico.*

En ese momento fue interrumpida por el mismo Mijail: *quédese tranquila que nosotros no la vamos a dejar en la calle, nosotros la vamos a dejar solo con lo que es suyo.*

Pero la incertidumbre la obligó a preguntar nuevamente: *¿y qué es lo que piensan hacer?*

Y sin titubeo, Mijail le respondió: *es necesario que entienda que nosotros sabemos mucho sobre usted, así que no se atreva a mentirnos.*

En eso Vólkov sacó su arma de la parte de atrás de su pantalón y la cargó, haciéndola sonar con el único fin de intimidar a la señora. Ella lo miró al instante, pero en cuanto vio la pistola Smith & Wesson MP 9 que portaba ese otro intimidante ruso, la viuda dirigió su mirada hacia Mijail, con los ojos cristalinos y la boca temblorosa, aun así, este continuó hablándole: *usted mañana nos hará un traspaso de la cuenta que tiene en Suiza a una cuenta nuestra que también está allá, además de eso, solicitará cheques de gerencia a nombre del casino de todas las cuentas nacionales que posee por el 90% del monto total que haya en cada una, y nos traerá los documentos de las propiedades que están en Miami y New York, más los documentos de tres de sus cuatro autos. Y como muestra de nuestra generosidad, usted podrá elegir el auto con el que desee quedarse.* Terminó su discurso con una amplia y macabra sonrisa, para darle así espacio a su socio Vladimir, quien de inmediato continuó hablando: *usted no tiene que preocuparse por nada, nosotros tenemos a la gente que nos hace ese tipo de operaciones, solo necesitaremos de su firma y nada más.*

Haciendo que la señora, inevitablemente preguntara: *¿y qué va a pasar después de esto?*

—*¿A qué se refiere?* Preguntó Vladimir. Por lo que la señora respondió: *a mí, me refiero a mí,*

¿ustedes me van a dejar en paz?

A lo que Mijail le respondió en un tono medianamente pausado y determinante: *le doy mi palabra de que usted podrá descansar, descansará en paz de nosotros sobre todo, pero después de que haga exactamente lo que le pedimos. Por ahora, solo váyase a su casa y medite, que mañana le espera un largo día.* Dando así por concluida la reunión.

De manera que la señora fue acompañada hasta su auto por los mismos hombres de seguridad que la habían recibido, un viaje largo e incómodo, en silencio casi absoluto, escuchando solo los sonoros tacones de ella, más las enormes botas de seguridad de los guardias.

Por el camino solo trató de procesar las inquietantes palabras que le había dicho el ruso antes de salir de su oficina, confusas, ambiguas por demás, que lejos de aliviarle la carga, se convirtieron en un torbellino de dudas en su mente: *“usted descansará en paz”*.

LUNES 4 DE DICIEMBRE

A pesar de haber podido dormir un poco más que las noches anteriores, la energía de la señora era escasa, se le notaba el agotamiento a distancia, su lenguaje corporal insistentemente la delataba, con bostezos involuntarios cada tanto más una lentitud inaguantable. Aun así, fiel a su ritual matutino, se preparó café y lo acompañó con un sándwich de queso. No obstante, por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en esas inquietantes palabras, la cuales eran como un grillo en un ducto de aire acondicionado.

Y tan puntual como el sol, a las nueve en punto de la mañana un auto Sedan color negro aparcaba justo en frente de la casa de la señora. Rápidamente se bajó un caballero desconocido, igual de elegante que los rusos, el cual se presentó como William Fletcher, asesor jurídico, mismo que la acompañaría a todos los bancos para la obtención de los famosos cheques, pero para mal de ella, quien iba de chofer era nada más ni nada menos que Vólkov, el caballero de la pistola Smith & Wesson MP 9, solo que en esa ocasión, este la recibió con un poco más de tacto. De igual manera, a la señora no le quedó más opción que controlar los nervios y la ansiedad. Sabía que las cosas cambiarían drásticamente para ella, aunque también sabía que sería para bien. El solo deseo de vivir en libertad la motivaba, le daba esperanza. Hasta que las horas transcurrieron y culminaron con la tarea encomendada.

Rápidamente se dirigieron a la oficina de los rusos, quienes sin pudor alguno se dispusieron a revisar detenidamente todos los documentos de los bienes más los cheques de gerencia junto con el asesor, sin siquiera invitar a la señora a tomar asiento, dejándola en cambio, ahí parada, justo a un lado de la entrada de su oficina.

Luego, como siempre, Mijail se dispuso a notificarle a la señora cuáles serían los siguientes pasos que daría: *a partir de hoy usted vendrá todas las noches a nuestro casino, jugará un par de horas en nuestras máquinas y apostará en nuestras mesas. Solo tiene que dirigirse a cualquiera de las taquillas que ahí le darán algunas fichas, y juegue como si fuera una más entre todos lo que estén ahí, pero sobre todo, jamás...* en ese momento Mijail se acercó tanto a la señora, que ella prácticamente echó su cabeza un poco hacia atrás, asustada, y le dijo en un tono serio y pausado: *¡jamás se atreva a mirar las cámaras!* Retirándose lentamente de ella pero hablando: *porque si las llega a ver, se le pudrirá todo... solo límitese a jugar, y en cuanto se le acaben las fichas podrá irse a su casa. Y recuérdelo bien, usted hará exactamente esto cada día, hasta que nosotros le digamos que ya es suficiente, ¿le quedó claro?*

—*Sí, lo entiendo.* Respondió la señora.

Con una mediana sonrisa, el ruso puso final a la visita diciéndole: *por ahora váyase a su casa, tome una ducha, coma algo y regrese en la noche.* Haciendo que los segundos se convirtieron en minutos y los minutos en horas desde ese momento para ella, quien tan pronto como salió del sitio se dispuso a recorrer las calles de la ciudad, tratando de aceptar que todo lo que le estaba sucediendo era real, además de merecido.

Apenas comenzaba a comprender la magnitud del asunto, estaba literalmente sola, sin nadie con quien poder hablar o escudarse, ya que todos estaban muertos, y la culpa era suya. Por otra parte, nunca encontraría apoyo ni comprensión en ningún ser humano.

Inevitablemente la nostalgia triunfó y las imágenes de ellos aparecieron, no le daban descanso y aparecían una tras otra en su mente. Seguía conduciendo y seguían lloviendo los recuerdos: los viajes a la playa, las celebraciones de cumpleaños en familia, los torneos de tenis, los juegos de boliche, las anécdotas y las eventuales reconciliaciones, el día que contrajo matrimonio, el primer beso de su amado Richard, y el religioso abrazo amoroso que su amiga Josephine le regalaba cada vez que se despedía de ella.

En eso las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, sin posibilidad alguna de poder detenerlas, al igual que los sollozos, que necios como ellos la obligaron a orillarse de inmediato, golpeó repetidas veces el volante del auto mientras desconsoladamente gritaba: *¿por qué? ¿Por qué? Yo no quería hacerlo. ¡Lo siento mucho! ¡Lo siento tanto!*

En ese momento no sabía cómo había podido ser capaz de cometer semejante acto, cómo pudo haber planificado la muerte de su mejor amiga y también la de su propio esposo. Se hallaba completamente arrepentida, sumergida en el poderoso dolor que le causaba el remordimiento de conciencia. Razón por la cual decidió regresar a casa para tomarse unos cuantos calmantes más. Hasta que se hizo la hora de regresar al casino en calidad de apostadora.

La señora procuró cumplir a cabalidad con las peticiones de los rusos. Al llegar fue directo a una de las taquillas en busca de sus fichas, las cuales eran suficientes como para pasar un buen rato jugando. Aun así, la estadía se le hizo por demás incómoda, eterna, estresante, una experiencia abrumadora, no solo por la presión que ya llevaba consigo, sino por el humo de las decenas de cigarrillos encendidos a lo largo y ancho del casino, sumado a la algarabía y a las interminables melodías de las máquinas que no cualquiera logra tolerar.

No obstante, la combinación de pastillas que llevaba en su organismo junto con las copas de vino que a cada tanto ingería, definitivamente la estaban comenzado a afectar. En ocasiones se le veía cómo sacudía la cabeza en un intento natural por reaccionar o quizás, para no quedarse dormida, sin embargo, las órdenes eran claras.

En tal sentido, un par de horas más tarde, cuando a la señora solo le quedaban un par de fichas, un señor de mediana edad, bien vestido, se le acercó para hablarle al oído. Ella lo miró y asintió en señal de aprobación. Jugó un par de manos y discretamente se levantó de la silla para irse, aparentando en lo posible ser una visitante más del sitio.

Y así, los siguientes tres días transcurrieron casi de la misma manera, con una única diferencia: la señora comenzó a desmejorar en su aspecto físico. Se le notaba considerablemente la falta de sueño en su forma de andar, en su mirada casi siempre perdida, aletargada. Además de mal peinada y con la ropa a medio planchar. Parecía otra persona. Ya no hablaba con su amiga Alice, ni con nadie. Se había aislado por completo.

VIERNES 8 DE DICIEMBRE

Desafortunadamente para la señora Amanda, ya no había pastilla que le valiera, ni leche tibia que la ayudara dormir. Para ese entonces, ella hasta escuchaba las voces de sus amigos en su cabeza. Por momentos creía que la llamaban, de hecho, en ocasiones volteaba para ver si en efecto había alguien, luego comenzaba a llorar precisamente al notar que todo era producto de su imaginación, y sobre todo, que ellos estaban muertos por su culpa.

En línea general, su comportamiento era inusual, relativamente desvariado. Se encontraba fuertemente afectada por todo lo que le estaba sucediendo. Cualquiera diría con absoluta facilidad que ella estaba loca, pues esa era la impresión que daba.

Esa noche ella no pudo dormir ni tan solo una hora. A pesar de haber salido el sol, permaneció en su cama mirando el techo. Solo deseaba terminar con el enfermizo juego. Pero desgraciadamente, las cosas no saldrían como ella lo esperaba, ni ellos...

A eso de las nueve de la noche la señora volvió al casino. En esa ocasión estaba más temblorosa de lo normal. Rápidamente se acercó a uno de los guardias que se encontraba en la entrada para pedirle ver a Mijail y a Vladimir. Minutos más tarde fue llevada a la oficina de ellos y sin rodeo, Mijail le habló apenas la tuvo de frente: *antes de que diga alguna palabra, déjeme decirle primero que usted hoy quedará en paz con nosotros.*

En eso la señora le dijo: *le ruego, por favor, que no me hagan nada malo.* E inmediatamente Mijail le contestó: *estos últimos cuatro días usted ha venido apostando todo su dinero entre los juegos de mesa, las máquinas y demás. Sus visitas han estado siendo grabadas. De esa manera nadie podrá pensar mal de nosotros, sino todo lo contrario, con ese registro podrán observar como usted misma apuesta su fortuna en nuestro casino. Lo único que le queda por perder son las dos propiedades y los tres autos, por eso hoy no apostará con fichas, hoy apostará con los papeles de los bienes, porque queremos que sea usted misma la que los ponga en la mesa de juego y sienta como pierde todo.*

En eso se le volvió a acercar a la señora y le dijo pausadamente: *tome la mesa que tome, usted perderá todo hoy.* Haciendo que la señora agarrara los papeles con un poco de ira. Estaba verdaderamente frustrada, influenciada por las emociones del momento y también por las pastillas que venía ingiriendo. Aun así, le preguntó a los rusos antes de salir: *ustedes... ¿después de esto me dejarán en paz?*

A lo que Mijail le contestó: *como le dijimos antes, usted descansará en paz, de nosotros y del casino. Ahora vaya y termine con esto de una vez.*

Inmensamente afectada por la circunstancia, salió de la oficina secándose las lágrimas con las manos mientras caminaba con el guardia hacia el área de apuestas. Y aunque sabía que en tan solo unos minutos se liberaría de ellos, el miedo le recorrió el cuerpo entero y sintió el corazón acelerársele obligándola a respirar más profundo de lo normal antes de ingresar a la sala.

De inmediato se dirigió a la barra en busca de un coctel para calmar la ansiedad y esos latidos en el pecho que le incrementaban el agobio. Dio varias vueltas por el casino, con dudas, inquieta, tenía la mirada perdida, las manos le temblaban, transpiraba, estaba casi dominada por el temor. Una parte de ella no deseaba renunciar a los bienes, sentía que no iba a poder vivir sin sus lujos.

Aun así, hizo lo que tenía que hacer.

Luego de varios cocteles y de recorrer el establecimiento entero un par de veces, la señora se decidió por una mesa donde jugaban ruleta y había poca gente, razón por la cual le pareció ideal, sin embargo, había algo con lo que ella no contaba: el elemento atracción.

De inmediato se sentó para jugar. Miró al croupier que se encontraba del otro lado de la mesa, el cual la saludó con una sonrisa pero sin ser correspondido, ya que la señora tenía la mirada perdida en la mesa. Recordaba a sus amigos, en especial a la señorita Josephine, porque sabía que ella no merecía morir así.

Recordó como planificó la muerte de ella y sobre todo, el día que ejecutaron su macabro plan. Un sábado once, definitivamente un once negro para la pobre Josephine. El recuerdo hizo que una lágrima se deslizara por su mejilla en compañía de un silente sollozo, al tiempo en el que colocaba los documentos en la mesa y le decía al croupier: *no tengo fichas, pero quiero apostar con estos títulos al once negro.*

En eso el croupier tomó un walkie talkie que tenía debajo de su mesa, el cual usó para solicitar asistencia. Algunas personas que se encontraban ahí no lograban entender qué era lo que pasaba, mientras que otros sí se emocionaron al instante por saber el significado de dicha apuesta.

De pronto apreció un hombre de saco y corbata que se acercó a la mesa para revisar los documentos, miró a la señora y le dijo: *¿está segura de que desea apostar estos bienes?* A lo que ella respondió: *por supuesto.*

En ese momento las personas comenzaron a manifestarle apoyo y aprobación: *¡vamos! ¡Eso es! ¡Suerte a la dama!* Algunos hasta aplaudían. Entretanto, el mismo caballero que revisó los documentos hacía que la señora le firmara otros para poder continuar con el juego.

De manera que la mesa comenzó a llenarse de curiosos, era demasiado atractivo lo que acontecía como para no darle importancia, sobre todo para aquellos que disfrutaban más ver a otras personas apostar y perder su dinero que el propio.

En tal sentido, para cuando la señora terminó de firmar los papeles, la mesa estaba abarrotada de gente emocionada, a la expectativa. Pero ella se hallaba más pálida y sudorosa, respiraba como si le faltara aire. Sin embargo, a nadie parecía importarle el estado de salud de la extraña apostadora, quien para ese entonces ya no tenía escapatoria. Desafortunadamente para ella, su futuro estaba sellado.

Sonriente, el croupier la miró y le dijo: *¿está lista?* A lo que ella respondió con un rotundo: *sí.*

—*¿Apostará al once negro?* Preguntó nuevamente el caballero para cerciorarse. Por lo que esta contestó: *exacto, al once negro.*

Haciendo que las personas que se encontraban aglomeradas alrededor de la mesa aplaudieran nuevamente: *¡vamos!*

Luego de mirar detenidamente a todos los que ahí se encontraban, el caballero de la mesa giró la ruleta tan duro como pudo. Y mientras esta giraba una y otra vez, haciéndose en cada vuelta más y más lenta, en la cabeza de la señora solo resonaban las palabras: *usted ha venido perdiendo todo estos últimos días... después de esto descansará en paz... juegue en la mesa que juegue, va a perderlo todo... le dejaremos solo lo que es suyo... usted descansará en paz... ha venido perdiendo... descansará en paz... descansará en paz...* Haciendo que su corazón latiera a cada vuelta más fuerte.

De inmediato su rostro comenzó a cambiar de color de una manera casi espantosa, la dificultad para respirar se hizo considerablemente notoria, pero como todos a su alrededor tenían

la mirada puesta en la ruleta, ignoraron por completo el fulminante paro cardiorrespiratorio que anunciaba la muerte de la señora. Hasta que de pronto, una poderosa puntada en el pecho la hizo recoger involuntariamente sus brazos al mismo tiempo en el que el croupier de la mesa decía en voz alta: *¡veintiuno rojo!*

HORAS ANTES

Como todos los días en el Departamento de Homicidios de la Policía, la actividad no solo era constante, sino que la acostumbrada dosis de sorpresa dejó en esta ocasión a varias personas boquiabiertas, sin palabras, pues por orden directa del fiscal general se estrenaba a un nuevo jefe, dejando atrás mas no en el olvido al destacado y respetable detective Jim Doggett, quien orgullosamente cedió su cargo a quien a partir de ahora sería el cabecilla del grupo, el Capitán James Stewart. Un sobresaliente hombre con una larga carrera como detective. Destacado en operaciones tácticas y también piloto de aviación, ingeniero en telecomunicaciones y enfermero. Un ejemplar de oficial que por su trayectoria fue acogido con considerable respeto por todos en el departamento.

Sin embargo, el detective Jeremy Scott, a diferencia de la mayoría, aguardó con calma hasta que encontró el momento ideal para darle la bienvenida al nuevo Capitán.

De manera que se acercó a él en cuanto estuvo solo y mientras le estrechaba la mano, le dijo: *la buena espera siempre vale la pena, ¿cierto, James?*

Haciendo que el nuevo Capitán, con una mediana sonrisa, le respondiera: *pues, la papa no nace de un día para otro, JJ.*

En eso, Jeremy oportuna y graciosamente le preguntó: *¿y cómo van los preparativos para la muerte de esta noche?* A lo que James, con una clara expresión de gracia, le contestó: *van, pero con tus padres hay que estar preparados para lo que sea.*

PÁGINAS DE AUTOR

Facebook personal:

[J.r. La cruz](#)

Facebook página literaria:

[Entremeses Literarios](#)

Instagram:

[Jr_lacruz](#)